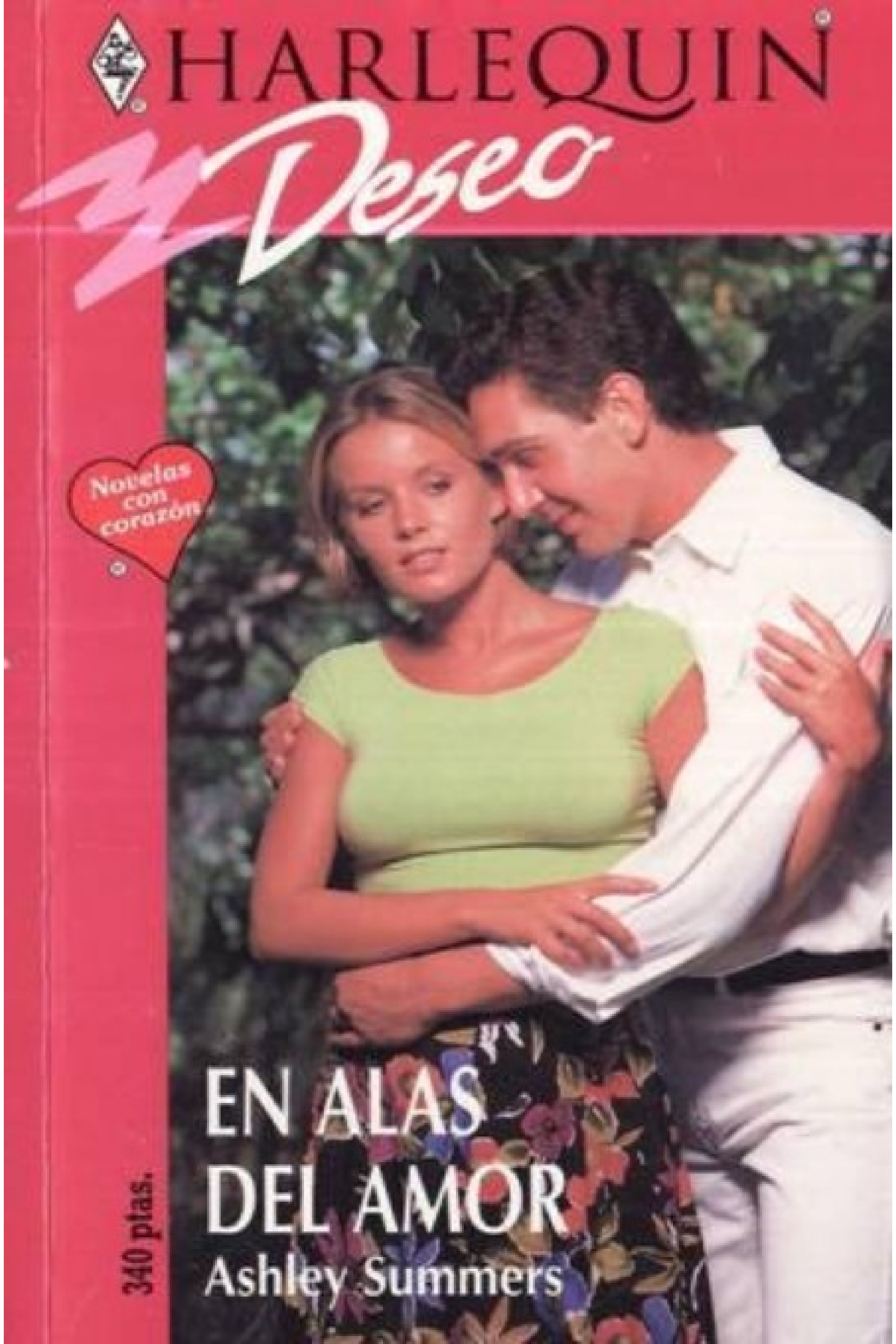

HARLEQUIN
Deseo
Novelas con corazón
EN ALAS DEL AMOR
Ashley Summers
340 ptas.

Ashley Summers

En alas del amor (1997)

Título Original: On wings of love (1997)
Editorial: Harlequin Ibérica.
Sello / Colección: Deseo 686
Género: Contemporáneo.
Protagonistas: Thomas Logan y Kathy Lawrence.
Argumento:

Kathy Lawrence no era el tipo de mujer que se prestara a una frívola aventura, pero su corazón herido necesitaba alguna distracción. Y Thomas Logan estaba dispuesto a proporcionársela; era poderosamente persuasivo y no aceptaba un no por respuesta.

La primera vez que vio a Kathy, Thomas descubrió su carácter apasionado.

Pero aunque se convirtió en una amante apasionada, todavía se guardaba

para sí un aspecto secreto de su vida. Y de repente, él comprendió que no podía dejarla marchar… no sin antes averiguar la verdad.

Capítulo Uno

Kathy Lawrence aparcó su coche a la sombra del viejo manzano y salió lentamente. Despreocupada de la grava que pisaba con sus pies descalzos, contempló maravillada y estremecida la casa que sería su hogar durante las siguientes semanas.

El edificio de estilo Victoriano, pintado de un blanco inmaculado, se erguía en medio de la neblina como un dulce y vago recuerdo procedente de un lejano pasado. Era una sensación extrañamente cautivadora e inquietante.

Con la mirada fija en la casa, Kathy se calzó las sandalias mientras contemplaba admirada el sendero de baldosas cubiertas de musgo que llevaba a la puerta principal. Y de nuevo volvió a experimentar un leve escalofrío.

—Por el amor de Dios, sólo es una casa vieja, Kathy —se dijo a sí misma.

Habitualmente no era proclive a las fantasías.

Apresuró el paso y subió los escalones de la entrada. Sobre la vieja aldaba de la puerta vio una nota escrita a mano que decía: *Entre, estay aquí al lado*. Vacilante, abrió la puerta y entró en el fresco y sombreado zaguán.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien en casa?

Nadie respondió. Kathy esperó por un momento y, al entrar en el salón, experimentó una extraña sensación de reconocimiento. Mordiéndose el labio, contempló la espaciosa habitación. Había visto aquella casa antes; cada uno de los objetos en los que posaba la mirada le evocaba la misma sensación de familiaridad.

Las palabras «¡Por supuesto!» resonaban en su mente. Por supuesto, había cortinas de encaje en las ventanas. Por supuesto, había flores de colores brillantes, y el mobiliario de mimbre tenía un inconfundible color miel. Incluso las frescas flores le resultaban familiares, al igual que la cesta de manzanas verdes que había sobre la mesa de café.

A su lado había tres piedras perfectamente redondas, de color blanco y negro, cuyas pulidas superficies tentaban a Kathy a acariciarlas. Resistiendo el impulso, volvió a contemplar la habitación con su mirada crítica de escritora viajera. Dado que se

trataba de una pensión y no de un hotel, la primera impresión era la de un hospedaje verdaderamente estupendo, de una categoría de tres estrellas.

Quienquiera que viviese allí tenía buen gusto para los pequeños detalles, lo que hacía a la casa acogedora para un viajero.

Se preguntó quién viviría allí, y dónde estarían los demás huéspedes. Silencio.

El calor veraniego de la isla entraba por las ventanas abiertas, con el fragante aroma del césped recién cortado y el penetrante olor del mar. Recogiéndose los mechones dorados de su cabello, Kathy vio una bandeja con una jarra de limonada fría sobre una mesa de mimbre. ¿Sería para los huéspedes? Decidiendo que sí, se sirvió un vaso y lo saboreó con deleite. Limonada fría en un caluroso día de verano. Con una dolorosa sensación de vacío, repentinamente Kathy descubrió por qué aquella cálida y elegante habitación la conmovía tanto. Le recordaba la casa de su abuela en Spokane.

—¡Dios, hacía años que no pensaba en la abuela! —Murmuró, estremeciéndose cuando aquel lejano recuerdo abrió una estrecha brecha en el dique mental con que se había protegido; el espectro de la pérdida se deslizó por ella, y Kathy se vio asaltada por una aterradora sensación de vulnerabilidad—. ¡No! —se dijo, cuadrando los hombros y obligándose a concentrarse en las fotografías que había sobre la repisa de la chimenea.

Su expresión se suavizó al ver que se trataban de retratos familiares: niños, abuelas y abuelos. Había también dos jóvenes parejas en variadas poses, con y sin los niños; un guapo adolescente sosteniendo con una mano una caña de pescar, y con la otra el producto de su pesca. Al ver aquellas escenas familiares, Kathy no pudo evitar un sentimiento de nostalgia.

Volvió a fijarse en el joven pescador. Encima de la repisa había un gran cuadro enmarcado del mismo hombre; Kathy pensó que, cuando lo pintaron, debía de tener unos treinta años. De tez bronceada, su cabello era tan negro como el carbón, y en el retrato lo llevaba despeinado de una forma encantadoramente atractiva. Kathy concentró la mirada en su rostro; tenía una nariz aquilina, y un prominente mentón que expresaba un carácter terco. Pero fueron sus ojos lo que más cautivaron su atención; aquellos ojos azules como el cielo parecían mirarla directamente. En cuanto a su

expresión, tenía cierta franqueza que Kathy encontraba muy agradable.

Se sobresaltó al escuchar un sonido; alguien estaba silbando. Se asomó por una puerta interior y, al mirar por unas ventanas que daban al jardín trasero, descubrió que había un prado detrás de la casa. Fue entonces cuando vio al hombre del cuadro, avanzando a grandes zancadas por el césped.

Silbando mientras andaba, llevaba un pequeño cubo de metal en cada mano, lleno de frambuesas. Iba vestido con una camiseta, unos vaqueros desteñidos y unas viejas zapatillas. Kathy se quedó sin aliento; incluso a aquella distancia, aquel hombre era deslumbrante.

Irguiéndose, dio un paso hacia adelante sólo para volver a detenerse, indecisa.

¿Debería esperar a que él la descubriera o dirigirse a su encuentro? Y mientras Kathy permanecía allí, titubeando, él atravesaba ágilmente el prado acercándose cada vez más a la puerta trasera. La chica se recordó que tenía veintinueve años y ya era demasiado mayor para dejarse cautivar de esa manera por un hombre atractivo. Sin embargo, ¡aquel hombre era impresionante! Tan fuerte, con un cuerpo musculoso que era producto del trabajo duro y no de las sesiones de gimnasio…

Kathy pudo ver cómo abría más sus ojos azules cuando entró en la casa y descubrió su presencia.

—Hola —la saludó sonriendo—. Ésta es una de las mejores sorpresas que me he llevado hoy —dejó los cubos en el suelo y le tendió la mano—. Soy Thomas Logan.

¿Y usted es…?

Kathy ya se disponía a estrecharle la mano cuando se dio cuenta de que todavía llevaba el vaso vacío, y tuvo que dejarlo a un lado.

—Kathy Lawrence —respondió—. Acabo de llegar ahora mismo. En el ferry —

continuó, viendo que sacudía la cabeza con gesto burlón.

«Idiota, por supuesto que has llegado en el ferry», se recriminó. «¿Cómo si no podrías haber venido? A excepción, claro está, del avión… y tú acabas de hacerte todo el camino en coche desde California sólo para evitar subirte a un avión».

—Señor Logan, había hecho una reserva con antelación. Por cinco semanas…

una mujer se puso al teléfono…

—Debió de ser Maddie. Habitualmente es la que se ocupa de las reservas.

—¿Maddie? ¿Se trata de la dueña?

—No, es mi ama de llaves. Yo soy el dueño.

—¿Usted administra la pensión?

—Sí. ¿Por qué no? —preguntó, esbozando de nuevo una sonrisa burlona.

—Sí, claro —repuso Kathy, ruborizada—, yo sólo… señor Logan, ¿puedo disponer de una habitación o no?

—Sí, señorita Lawrence, tiene usted una habitación —su tono se hizo más profundo—. Porque es usted señorita, ¿verdad?

Nerviosa, Kathy asintió bruscamente, y él esbozó una encantadora sonrisa.

—Bienvenida a la granja Tumbling Brook, señorita Lawrence.

—Gracias. ¿De verdad es una granja?

—No. Pero me gustaba el nombre, así que decidí conservarlo —sacó un pañuelo rojo de un bolsillo y se enjugó el sudor de la frente —. ¡Hace calor aquí fuera! ¿De dónde es usted?

—Del sur de California. De San Diego, para ser exacta.

—¿Y ha venido conduciendo hasta aquí?

—Sí, me gusta conducir —consciente del tono defensivo de su respuesta, Kathy levantó la cabeza con expresión desafiante.

—Bien, le garantizo que podrá descansar en este lugar —dijo Thomas mientras se volvía para salir por la puerta trasera—. Es ideal para eso. ¿Tiene el equipaje todavía en el coche? Ha dicho usted cinco semanas, ¿verdad?

—Sí —Kathy lo siguió al exterior de la casa—. ¿No habrá problema?

—Ninguno en absoluto.

Thomas se volvió para mirarla con una sonrisa en los ojos. Kathy le calculaba unos treinta y cinco años, aproximadamente. Pensó que, indudablemente, debía de tratarse de un experimentado seductor. ¿Por qué no le había hablado nadie de él? Su amiga, Patsy Oalmer, vivía en la isla y le había recomendado la granja Tumbling Brook; pero no le había dicho nada de su atractivo dueño. Con tantas charlas como había tenido con ella por teléfono, no había mencionado su nombre ni en una sola ocasión.

—¡Esa pequeña picara! —musitó irónica.

Thomas ya había llegado a su coche, y Kathy se apresuró a abrirle el maletero.

Levantó sin aparente esfuerzo las dos grandes maletas, dejándole a ella el maletín de su cámara fotográfica y el cojín que siempre se llevaba de viaje.

Justo cuando se inclinaba sobre el maletero para recoger sus cosas, Kathy oyó un sonido que la tensó de inmediato. Era un pequeño avión que pasaba sobre ellos, haciendo un gran ruido. La chica se tensó, siguiendo mentalmente su vuelo. Estaba a punto de gritar; el avión estaba volando demasiado bajo! Se estremeció, esforzándose por dominarse, pero de repente fue como si la realidad se desvaneciera, y se vio atrapada por la férrea telaraña de los recuerdos.

Durante un instante de desolación, Kathy se sintió incapaz de liberarse de aquel claro y diáfano recuerdo que la había dejado paralizada. La mezcla de dolor, horror y rabia impotente era tan abrumadora que incluso podía sentir su amargo sabor en la boca…

—¿Señorita Lawrence? ¿Se encuentra usted bien?

Aquella ronca voz masculina tuvo el mismo efecto que una leve caricia sobre su piel desnuda; había una increíble ternura en ella. Kathy volvió a la realidad, dejando escapar el aliento contenido, y vio a Thomas en el sendero que llevaba a la puerta principal, esperándola. Se ruborizó al advertir su mirada de preocupación y explicó, forzándose a reír:

—¡Sí, por supuesto que estoy bien! Sólo estaba… —aspiró profundamente, rió de nuevo y sacudió la cabeza—. No es que me sorprenda ver un avión volando por encima de mi cabeza, pero éste hacía tanto ruido… y volaba tan bajo!

—Es un amigo mío. Imagino que se dirigirá a recoger a alguna pareja de turistas —explicó Thomas—. Siento que la haya molestado.

—Sólo me ha sobresaltado un poco. Déjeme tomar mi cámara y mi almohada, y ahora mismo estoy con usted.

Mientras recogía el maletín de su cámara fotográfica, Kathy se dijo que había conseguido disimular muy bien. El ruido del avión había desaparecido. El recuerdo también, pero había dejado su tarjeta de visita. Sacó el cojín, cerró el maletero y se volvió para

mirar a Thomas con una radiante sonrisa.

—¡No puedo dormir sin mi cojín especial! Lo uso desde que iba a la universidad.

Al oír su vibrante risa, Kathy experimentó una sensación de calidez por todo el cuerpo; luego aceptó su invitación a que lo precediera y echaron a andar por el sendero de baldosas. Mirando a su alrededor entre curiosa e interesada, pudo ver unos perales jóvenes a un lado, y al otro un lecho de enormes peonías rosas, con una fila de margaritas detrás. Pensamientos y otras flores flanqueaban los escalones de la entrada.

—¿Quién es el jardinero? —preguntó.

—Yo. Es un trabajo estupendo para olvidar los problemas.

Kathy deseó preguntarle qué tipo de problemas tenía, pero se contuvo. Pasó al lado de un gato que dormía plácidamente y llegó a la puerta, precediendo a Thomas.

Una vez dentro, fue él quien la precedió. La ancha escalera llevaba a un rellano con ventanas; después giraba en un pronunciado ángulo y continuaba hasta la primera planta. Thomas se detuvo ante una puerta abierta y la hizo pasar a la espaciosa habitación que sería su refugio durante las siguientes semanas.

Una cama de dosel ocupaba el centro del espacio, y cerca de la ventana había una preciosa mecedora. Sobre la cómoda, un florero con jazmines. «Encantadora», pensó Kathy, preguntándose quién habría decorado la habitación.

—¿No hay baño privado?

—No —respondió Thomas—. Pero hay uno al final del pasillo, y usted es la única huésped —dejó sus maletas en el suelo y se apoyó en una jamba de la puerta—.

¿Le gusta?

—Sí, mucho —contestó Kathy mientras dejaba su cámara sobre la cómoda—.

¿Vive usted solo, señor Logan?

—Creo que podemos tutearnos, ¿no le parece? llámame Thomas, por favor. Sí, estamos solos. Pero no te preocupes, soy muy conocido en la isla Oreas, y tienes cerradura en la puerta —sonrió, con un cierto brillo de malicia en sus ojos azules—. Y

nunca he tenido necesidad de forzar a ninguna mujer.

—Sólo pretendía… —repuso Kathy, ruborizada tanto por el

efecto de su mirada como por el de sus palabras—…hacerme alguna idea del lugar en el que me encuentro. ¿No has mencionado antes a un ama de llaves?

—Sí, es Maddie. Viene a las ocho y se queda aproximadamente hasta las cinco.

Bueno, entonces… te dejo sola para que te instales a gusto. ¿Alguna pregunta?

—No, ninguna.

—Pues yo tengo una —sonrió Thomas—. ¿Cómo es que has escogido mi pensión? No tengo puesto ningún anuncio.

—No fui yo quien la escogió, sino una amiga mía. Vive en la isla, así que naturalmente le pedí que me encontrara alojamiento —respondió Kathy, experimentando de nuevo una extraña y cálida sensación al verlo sonreír.

Desconcertada por la rapidez de sus reacciones ante aquel desconocido, se apoyó en una de las columnas de la cama para tranquilizarse. Se preguntó qué era lo que le sucedía; primero la casa, y ahora el hombre… luego, dándose cuenta de que le había preguntado por el nombre de su amiga, contestó—: Patsy Palmer. ¿La conoce? Es ceramista, y está relacionada con la colonia de artistas de la isla.

—Claro que conozco a Patsy. Tengo que acordarme de darle las gracias por este favor.

Thomas colocó una maleta en un estante del armario, aprovechando ese momento para estudiar a su huésped con mayor atención. De todas formas, tuvo que admitir que eso era lo que había estado haciendo desde que apareció de repente, deslumbrándolo. Tenía su imagen grabada con nitidez en la mente: sus mechones de cabello dorado asomando por debajo de su gorra de béisbol, sus mejillas sonrosadas, sus finas cejas y los suaves y dulces labios que lo incitaban a saborearlos.

Sonrió al verla colocar su cojín favorito sobre la cama. Sus ojos tenían un color increíble, entre púrpura y azul. «Violeta», concluyó. Era pequeña y delgada, pero fuerte. Thomas lanzó una mirada apreciativa a su blusa blanca de seda, a sus pantalones de color tabaco, al diamante solitario que pendía de su garganta y al fino reloj de oro que llevaba en la muñeca. Llevaba las uñas pintadas de rosa, y resultaba evidente que aquellas manos nunca habían

realizado un trabajo físico. Como calzaba sandalias, pudo ver que también llevaba pintadas las uñas de los pies, unos pies pequeños, preciosos. Nunca había sido fetichista con eso, pero… Thomas se pasó una mano por el cabello con gesto inquieto. Por alguna razón, aquella mujer le ponía nervioso.

Su huésped era bonita, eso era evidente, pero él no podía evitar preguntarse por la sombra que oscurecía aquellos encantadores ojos. ¿Cuál era la causa de aquella tristeza que se distinguía en sus profundidades? ¿Quién la había herido? ¿Un hombre? Sobreponiéndose a su curiosidad, comentó:

—Como te dije antes, cualquier cosa que necesites… Oh, dejaré una llave en la mesa que está al lado de la puerta principal. Puedes tomarla cuando quieras. Y

también podrás registrarte más tarde.

—Sí, lo haré. Gracias.

—Bienvenida a esta casa.

Con cierto resentimiento, Kathy pensó que parecía deseoso de marcharse.

Mordiéndose un labio, lo observó mientras se marchaba. Tenía el cabello levemente rizado en la nuca, como el de un niño. «Pero no es ningún niño», se apresuró a recordarse. Era un hombre, y muy atractivo. Se dijo que debía de volver locas a las mujeres de la isla… ¿A Patsy también? Con expresión melancólica, Kathy se dispuso a deshacer su equipaje. Experimentaba una extraña sensación al pensar que iba a estar allí sola con él.

—¡Oh, Kathy, pero si es el dueño de la pensión, por el amor de Dios! —se dijo para tranquilizarse—. No empieces a pensar cosas raras.

La brisa de las primeras horas de la tarde entraba por la ventana y, con ella, el sonido de la voz de Thomas Logan. Le estaba hablando al gato, reprendiéndolo en tono de broma, con la misma ternura que ella había observado antes cuando le preguntó si se encontraba bien.

—Cuando estuviste a punto de ponerte en órbita sólo porque un avión voló más bajo de lo normal, Kathleen, idiota —musitó para sí.

Sonrió al darse cuenta que era la segunda vez que se llamaba a sí misma

«idiota». Ese insultante calificativo se había convertido en una

palabra afectuosa entre las dos hermanas. Kathy incluso podía recordar la primera vez que la habían usado: Karin, con nueve años de edad, roja de ira, le lanzaba huevos de Pascua mientras gritaba: «¿Sabes que eres idiota, Kathy? ¡Idiota! ¡No me gusta ese horrible Bryant Hurst!»

El castigo fue leve, por supuesto. Nell, su niñera, no toleraba ese comportamiento en nadie, y menos aún en sus jóvenes señoritas. De repente, Kathy sintió un nudo en la garganta al recordar a su hermana: «¡Oh, Karin, te echo tanto de menos!», exclamó en silencio. Presa del dolor y de la soledad, se abrazó hasta que pudo tranquilizarse un tanto. Con un esfuerzo casi físico, se sobrepuso a sus recuerdos. Estaba muy cansada después de un viaje tan largo. Eran las seis de la tarde, demasiado tarde para dormir la siesta y demasiado pronto para acostarse, así que decidió dar un paseo. Desde su ventana podía ver árboles y prados de aspecto invitador.

Se cambió de ropa, eligiendo una blusa de algodón, unos pantalones cómodos y unas zapatillas, y se echó un suéter sobre los hombros. Después de cepillarse su melena rizada y de dejársela suelta sobre los hombros, se apresuró a bajar las escaleras.

Thomas Logan no estaba a la vista. Kathy cruzó el comedor y salió a la terraza trasera; unos rosales separaban el patio de los prados. Impulsivamente decidió tomar un sendero de grava que ascendía por una cuesta, siguiendo el sonido del agua. Justo como sugería el nombre de la pensión, descubrió un arroyo que bajaba por entre unas rocas; más allá, el sendero subía colina arriba antes de bifurcarse. Kathy se desvió a la derecha hacia un cenador, situado cerca del borde de una ladera que casi descendía en vertical hacia el mar.

Fue entonces cuando vio a Thomas Logan, pintando la pequeña estructura de piedra. Sintiendo un escalofrío, se detuvo indecisa entre seguir o dar media vuelta, pero ya era demasiado tarde; él la había visto.

—Hola otra vez —lo saludó.

—Bonita vista, ¿eh?

—Sí —respondió Kathy, pensando irónicamente que esa no era una palabra que hiciera justicia a aquel paisaje. A sus pies, a semejanza de esmeraldas sobre un lienzo de terciopelo, las islas de San Juan dormían bajo el sol, y la costa de Washington era una

mancha oscura en la lejanía. En seguida lamentó haberse dejado la cámara fotográfica en la habitación.

—Es maravillosa.

—Sí, en efecto —bajando la brocha, Thomas se colocó a su lado —. Siempre me ha encantado.

—¿Siempre? ¿Es que siempre has vivido aquí?

—No, esta era la casa de mis abuelos. Yo me crié en Baltimore, pero me encantaba pasar los veranos aquí cuando era niño.

Kathy había vuelto a concentrar su atención en el paisaje y, mientras hablaba, Thomas aprovechó esa oportunidad para admirar el tono de color miel de su tez, y la forma en que su melena rizada flotaba al viento.

—Supongo que piensas que Tumbling Brook es un nombre ciertamente extravagante para este lugar —comentó él, ya que en realidad significaba «Arroyo Saltarín».

—Sí, supongo que sí —con expresión juguetona, Kathy levantó las manos en un gesto que recordaba al aleteo de uña mariposa—. Y no te va bien, como si no encajara contigo —añadió con franqueza.

—Ah, no, ¿eh? —Rió entre dientes—. De hecho, el nombre se lo puso mi abuela, pero como el abuelo estaba tan enamorado de ella, se quedó así: Tumbling Brook.

Kathy sonrió. Obviamente, su abuelo debía de haber adorado a su esposa.

Debía de ser hermoso ser amada de esa forma, pensó con nostalgia.

—Bueno, nadie puede negar que el arroyo salta —dijo, y ambos se echaron a reír—, ¿Eres tú quien cultiva las rosas? Son preciosas.

—Sí. Cultivo las rosas, las flores, el huerto… y abastezco a los comerciantes de la localidad con productos frescos —sonrió—. Es más un hobby que un medio de ganar dinero.

Era tan fácil conversar con él, pensó Kathy. Tenía la extraña sensación de que lo conocía de otro tiempo, de otro lugar. Estremecida, se recordó que prácticamente seguía siendo un desconocido para ella.

—Necesito hacer una llamada de teléfono, una conferencia. Tengo que ponerme en contacto con… mi familia.

—Por supuesto —repuso Thomas—. El teléfono está en la cocina.

—Gracias —disculpándose, Kathy volvió a la casa.

Después de llamar a Nell, bostezó de cansancio y pensó que quizá dormiría una siesta, después de todo.

Kathy se despertó desorientada. Soñolienta, vio que el sol se estaba poniendo y se preguntó por qué Nell la había dejado dormir cuando estaba tan hambrienta.

Luego, al tomar conciencia de dónde se encontraba, se sentó. Aquella no era su casa y su antigua niñera no estaba allí. Suspirando, se preguntó dónde cenaría aquella noche. Odiaba la idea de vestirse para salir.

Se quedó en la cama durante unos minutos más; todavía estaba cansada y soñolienta, pero si no se levantaba, no dormiría aquella noche. Y ese era el objetivo de su viaje: descansar, relajarse, desentenderse de todo sin permitir que su mente analizara ese «todo». Posó la mirada en su cámara y en los rollos de película que había dejado al lado. Escritora y *fotógrafa freelance*, había aprovechado aquellas vacaciones para realizar un encargo de una revista de viajes para la que había trabajado antes de la muerte de Karin. Había dudado antes de aceptarlo. Aunque siempre le había gustado su trabajo, en aquellas especiales circunstancias más le parecía una carga que un placer. Pero tanto su psicólogo como su editor la habían convencido de que lo aceptara.

«Bueno, quizá tenían razón», reflexionó. Quizá trabajando en aquel lugar recuperaría el entusiasmo y el gusto de vivir. Con la intención de ducharse, se puso una bata, abrió la puerta de la habitación y a punto estuvo de chocar contra Thomas.

—¡Oh, lo siento! —exclamó él, dejando caer las toallas que llevaba y sujetándola de los brazos para que no cayera.

El contacto de sus manos sobre su piel desnuda fue eléctrico. Ella misma se sorprendió de su intensidad, de la maravillosa sensación que le había provocado, una sensación que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Debajo de la bata, sus pezones se endurecieron contra el duro pecho de Thomas, que sólo llevaba una fina camiseta. Podía sentir el calor de su cuerpo. Y el suyo propio.

—¿Estás bien? —le preguntó él con voz ronca.

Reacia a mirarlo hasta ese mismo momento, Kathy no tardó en descubrir el motivo. Algo alarmantemente intenso y magnífico

parecía brillar entre ellos, algo que no era puramente físico.

—Sí, estoy bien, de verdad —estremecida, se apartó de él y se pasó una mano por el cabello; al ver que se agachaba para recoger las toallas, añadió casi sin aliento

—: Oh, me alegro de que me las hayas traído… me he olvidado la mía.

—No estaba seguro de que tuvieras suficientes. La experiencia me dice que las mujeres necesitan muchas toallas —comentó Thomas.

Kathy tuvo que morderse la lengua para no preguntarle a qué tipo de experiencia se refería; luego tomó las toallas y le dio las gracias.

Al levantar la mirada hacia ella, a Thomas se le aceleró el corazón. Desde su posición, todavía de rodillas en el suelo, tenía una inmejorable vista de su esbelta figura; de sus muslos de piel satinada, de sus caderas. Vistos desde abajo, sus senos resaltaban aún más, erguidos. Maravillosos senos, pensó, pequeños pero perfectos, que colmarían el ansia que sentía de acariciarlos.

Se levantó, sonriéndole, y ella correspondió a su sonrisa. Thomas se preguntó qué sabor tendría su boca, y cuánto tiempo había pasado desde que sintió un deseo semejante por una mujer. Cuando la chica ya se apartaba de él para dirigirse al cuarto de baño del fondo del pasillo, le dijo bruscamente:

—Espera un momento, Kathy. Hay varias cosas que tengo que decirte. Una es que el salón está a tu disposición, y también la cocina, para prepararte té o café cuando gustes. Hay una televisión en el piso de abajo… veamos, ¿qué más? La puerta principal no se cierra con llave hasta las once. Después de esa hora, necesitarás utilizar la llave. Ah, una cosa más… ¿qué planes tienes para cenar esta noche?

—Bueno, yo… —titubeó, sorprendida por aquella pregunta—. Había pensado en salir a cenar fuera, esto es, si tú me recomendabas algún restaurante —rió suavemente—. ¿Tienes algún mapa de la isla?

—Sí. Pero había pensado que… bueno, obviamente has tenido un día muy ajetreado, así que si quieres, puedes cenar conmigo.

—Pero… —repuso sorprendida—…dar de cenar a tus huéspedes no es una de tus tareas, ¿verdad?

Thomas pensó en lo hermosos que eran sus ojos: grandes, oscuros, tiernos. Y

respondió con tono suave:

—Habitualmente, no. Pero ahora me voy a tomar esa libertad. La cena no es nada del otro mundo; judías con jamón y pan de maíz, con pastel de frambuesa de postre. En cualquier caso —añadió al ver la duda reflejaba en su rostro—: me encantaría que la compartieras conmigo.

Kathy se mordió el labio, tentada de aceptar a pesar de su proverbial prudencia.

«Guarda las distancias», se recordó.

—Gracias, pero acabo de dormir una siesta y necesito salir a dar un paseo —su sonrisa fue espontánea, cálida—. Pero te agradezco mucho la invitación.

—En otra ocasión será —repuso él, aparentemente nada molesto por su negativa.

Kathy se dirigió al cuarto de baño, cerró la puerta y se apoyó sobre ella. Podía sentir la presencia de Thomas incluso a través de la madera.

Al cabo de un momento, se dio cuenta de que había olvidado el champú.

Después de abrir la puerta, asomó la cabeza y escuchó los pasos de Thomas bajando las escaleras. Se apresuró a dirigirse al dormitorio, pero se detuvo justo en el umbral al fijarse por primera vez en la galería de retratos fotográficos que decoraban el pasillo. Se trataba de más escenas familiares: bebés, graduaciones, bodas… todas las ocasiones especiales en que se reunía una familia. Pero fueron dos fotografías de Thomas Logan lo que más cautivó su atención.

En una de ellas, Thomas saludaba a la cámara desde la carlinga de un avión que ostentaba el nombre de *Líneas Aéreas T. L.* y el emblema de Pegaso, el mítico caballo alado. En la segunda fotografía, estaba al lado de un pequeño reactor en el que podía verse la misma orgullosa insignia. Llevaba una gorra de capitán y un uniforme con el inconfundible logotipo.

Kathy retrocedió. Así que ese era su verdadero oficio, pensó con dolorosa decepción. Era piloto. Consciente de su tensión, intentó tranquilizarse diciéndose que aquello era absurdo. ¿Qué le

importaba a ella la forma en que Thomas Logan se ganara la vida?

Estremecida, entró apresurada en el dormitorio.

Momentos después volvió al cuarto de baño. Cuando cerraba la puerta, lo escuchó en el piso de abajo, riendo mientras reprendía al gato. El sonido de aquella risa ronca le provocó una sensación tan turbadora que tuvo que apoyarse en el lavabo. Era consciente de que ningún otro hombre le había suscitado antes una reacción tan intensa e inmediata. Y sabía, estaba segura de que esa sensación era recíproca; eso la asustaba y confundía al mismo tiempo. Si quisiera empezar una relación íntima, ningún obstáculo se lo impediría. De hecho, una breve aventura de verano podría ser una experiencia nueva y excitante.

Pero de repente se preguntó qué ocurriría si esa aventura se transformaba en algo más profundo. «Es piloto», se recordó, estremeciéndose cuando una multitud de imágenes asaltó su mente. Para Kathy, el avión junto al que tan orgullosamente había visto posar a Thomas en la fotografía, era el símbolo de una pérdida devastadora.

Volar era sinónimo de muerte. Se enjugó las lágrimas que asomaron a sus ojos.

Durante todo el día había intentado no pensar en aquella fecha: el triste aniversario de la muerte de la persona a la que más había amado en el mundo. Ese mismo día se cumplían nueve meses de la muerte de su hermana Karin.

Karin, su hermana gemela, su otro yo. El amor, para Kathy, se había convertido sencillamente en otra palabra para nombrar la pérdida, la muerte. El destino se había llevado a toda su familia: padres, abuelos, hermana… incluso había perdido al hombre al que había amado. O él se había deshecho de ella, se corrigió a sí misma. Y

quizá tampoco lo había querido. Fuera lo que fuese, ya no importaba, decidió de repente. Amor, deseo, ilusión… todo era desoladoramente doloroso cuando terminaba. Por eso se había vuelto tan prudente y recelosa.

—Me he construido una defensa contra el amor —dijo en voz alta con tono cansino. Sabía que todavía estaba convaleciente de la destrucción de esperanzas y sueños en que había acabado su matrimonio.

Ya había sufrido demasiados traumas en su vida. Ningún riesgo más equivalía a ningún dolor más. «Es la actitud más razonable», se dijo enérgicamente mientras se enjugaba las lágrimas. De repente deseó que alguien la abrazara. Pero, como de costumbre, tuvo que conformarse con sus propios brazos.

Capítulo Dos

Thomas Logan bajó las escaleras todavía resentido de su encuentro con Kathy Lawrence. No estaba acostumbrado a que le rechazaran sus invitaciones a cenar.

Además, no tenía sentido que saliera a comer cuando, evidentemente, estaba agotada.

Una fina lluvia había empezado a caer, y Thomas se abatió aún más. No le importaba comer solo; ni siquiera pensaba en ello la mayoría de las veces. Pero le habría encantado cenar aquella noche con ella. Habrían hablado, y habría encontrado una respuesta para los cientos de preguntas que revoloteaban en su cabeza. Quería saberlo todo acerca de ella.

Suspirando, fue a la cocina y revisó la olla de judías que estaba calentando. Para Thomas, no había comida más sabrosa que las judías pintas. Sonrió al pensar que esa opinión procedía de un hombre que solía cenar en los mejores restaurantes de Nueva York. Justo en ese instante sonó el teléfono; alguien quería hacer una reserva para el fin de semana. Por un momento estuvo a punto de negarse, pero luego el sentido común se impuso. Odiaría tener que explicarle a su madre por qué no podía facilitarles una habitación a sus mejores amigas, especialmente cuando sobraban. La casa era grande: cuatro dormitorios y dos cuartos de baño en el piso superior; las habitaciones del dueño y el salón en el inferior.

Después de colgar el teléfono, sacó el pan de maíz del horno. Al inclinarse, un dolor sordo le atravesó la cadera, recuerdo del accidente de coche que a punto había estado de matarlo.

Antes de aquella terrible experiencia, había sido un genio de las finanzas cuyo principal interés en la vida consistía en lo que había denominado con arrogancia «el juego del dinero fácil». Hasta que su deportivo tomó una curva con demasiada rapidez y se cayó por un profundo barranco. Durante los días siguientes, en medio de su dolor y confusión, tomó conciencia de lo que había hecho con su vida hasta ese momento. Debido a aquel radical cambio de actitud, abandonó Nueva York para volver a las islas y ayudar a sus abuelos con su pensión. Al evocar aquellos recuerdos, sacudió la cabeza con expresión irónica. Nadie podría creer que había dejado su anterior

tren lujoso de vida por la dura sencillez de la isla Oreas. Y aún habrían dado menos crédito al hecho de que fuera tan feliz allí. Había conseguido su licencia de vuelo nada más establecerse, y había descubierto la maravillosa, arrebatadora sensación de volar. Podía, y a menudo lo hacía, pasar horas en su avión, solo o transportando pasajeros en vuelos chárter.

Por otro lado era cierto que, desde que sus abuelos se trasladaron a Florida, a veces se sentía solo allí, sobre todo en noches como aquélla. Pero, en general, estaba contento. O lo estaría si viera satisfechas sus restantes necesidades, se dijo con un suspiro. Tenía treinta y cinco años y todavía le quedaba mucha vida por delante, pero no había encontrado a nadie con quien compartirla, reflexionó mientras abría una lata de jamón cocido. Tenía muchas amigas, pero sólo se quedaban en eso: en amigas. A veces se preguntaba si existían los amores apasionados, intensos. El amor ciertamente sí, la pasión también, pero… ¿juntos? Y si existía, ¿lo encontraría él alguna vez?

Un sonido procedente del piso superior lo inquietó. Era Kathy. Un bonito nombre, una bonita mujer que no debería salir esa noche de la pensión. Decidido, tomó una bandeja y puso en ella un plato de judías con unas rebanadas de jamón y un pedazo de pan; al lado colocó el pastel de frambuesa, un postre de verdadero lujo, en su opinión. Luego dedicó unos segundos a pensar en los motivos que le impulsaban a subirle la bandeja con la cena, y concluyó que probablemente se debiera al hecho de que tenía tres hermanas. Recordaba claramente las palabras de su madre: «Cuida bien a tus hermanas, Thomas. Cuida bien de ellas».

Riendo entre dientes al evocar ese recuerdo, subió las escaleras con la bandeja y llamó a la puerta de Kathy. La joven abrió, con el cabello húmedo y envuelta en un bata larga, y lo miró fijamente. Al verla, cualquier otro pensamiento se desvaneció de la mente de Thomas.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. ¡Oh! —Kathy abrió mucho los ojos al reparar en la bandeja.

—No tenía sentido que salieras esta noche sólo para comer algo —explicó él—.

Así que te he preparado esta bandeja.

—¡Bueno! Dios mío, no deberías haber hecho esto. Quiero decir… has sido muy amable, pero no había ninguna necesidad. ¡Oh, cielos, huele verdaderamente bien! —

suspiró, deleitada con el aroma.

—Y sabe tan bien como huele. Ahora podrás quedarte aquí y disfrutar de una buena noche de sueño, en lugar de vagar por la isla de noche.

Kathy lo miró estrechando los ojos, desafiando de inmediato su razonable sugerencia o, más bien, su orden.

—Estoy segura de que la comida es deliciosa —dijo, tomando la bandeja—. Sin embargo, creo que al final saldré.

—Está lloviendo y las carreteras son estrechas, con pocos carteles señalizadores

—repuso él, frunciendo el ceño.

—Creo que no me perderé. Después de todo, vivo en una gran ciudad.

—Bueno, en cualquier caso, que disfrutes de la cena —dijo él, volviéndose para marcharse.

—¿Thomas? —lo llamó con voz suave, haciéndolo detenerse en el rellano.

—¿Sí?

—Gracias —murmuró.

—Ya sabes que eres bienvenida aquí —repuso él, conmovido por la suavidad de su tono de voz, y terminó de bajar las escaleras.

El teléfono estaba sonando de nuevo. «No más huéspedes», pensó irritado. Pero era del aeropuerto. Tenía un vuelo programado para las once de la mañana. Thomas apuntó el nombre del cliente y luego se quedó quieto, mirando sin ver por la ventana de la cocina. Su pensamiento ya había volado otra vez a la mujer de la habitación de arriba. Había visto brillar aquellos ojos de color violeta; había visto la forma en que apretaba la boca, disgustada. Parecía tan fría como el hielo, pero aquellos labios jamás podrían besar a un hombre con frialdad. Se habría entregado toda ella en un ardiente, apasionado beso, haciendo estragos en los sentidos de un hombre, envolviendo su corazón con sus finos dedos…

Con una mueca de disgusto, Thomas se esforzó por volver a la realidad. ¿En qué diablos estaba pensando? Esa mañana ni siquiera sabía que existía aquella mujer, y allí estaba, fantaseando con besos,

pasión y otras locuras…

—Ya está bien, Logan —se reconvino.

Pensó que quizá debería limpiar la cocina, pero no estaba de humor para ello.

Estaba de humor para… esbozando otra mueca de disgusto, decidió sentarse un rato en el porche y dejar que la fría brisa del atardecer atemperara la fiebre que latía en su interior.

Kathy se despertó sobresaltada, gritando. Había estado soñando; aquella recurrente pesadilla había vuelto a atormentarla. Exhaló un largo, tembloroso suspiro. Se incorporó para apartar los visillos de la ventana; todavía eran las cuatro y media de la madrugada, pero ya había luz en el cielo, una luz suave y neblinosa.

Se estiró, bostezando, y se tocó los párpados. No los tenía rojos, ni hinchados.

No había vuelto a llorar aquella noche. Tampoco había salido; se había conformado con disfrutar de la apetitosa cena y luego se había acostado con una novela romántica. Ese tipo de novelas de amor y pasión, con finales felices, constituían su debilidad.

En ese momento recordó el brillo de los ojos azules de Thomas cuando ella se opuso a la sugerencia que le había hecho de no salir aquella noche. Había pecado de prepotente, por supuesto. ¿Quién era Thomas Logan para decidir si habría debido o no salir?

Thomas. Le gustaba ese nombre, pensó mientras se levantaba para dirigirse al cuarto de baño. Para su disgusto, no podía evitar un fastidioso sentimiento de culpa.

Prepotente o no, Thomas se había comportado muy amablemente y ella se había mostrado un poco… ingrata.

—Eso no ha sido nada inteligente, Kathy —murmuró mientras se aplicaba un poco de crema en la cara—. Después de todo, vas a pasar varias semanas en la casa de este hombre, así que lo menos que puedes hacer es mostrarte amable.

«Amable sí, pero eso es todo», se advirtió de inmediato. Satisfecha con esa pragmática resolución, se secó la cara y volvió al dormitorio para acostarse de nuevo y terminar de leer su novela. A las seis en punto, se asomó al pasillo; podía oír ruidos procedentes de la cocina y reconoció el aroma de café recién hecho, una tentación que no podía resistir. Después de ducharse rápidamente, se puso unos vaqueros y una camisa amarilla de lino, y se recogió el

cabello. Contempló por la ventana el cielo, de un intenso color azul, y los prados con árboles. Sintiéndose, por primera vez en muchos meses, ansiosa de disfrutar de lo que pudiera depararle aquel día, corrió escaleras abajo hacia la cocina.

A excepción del gato que dormitaba en el alféizar de la ventana, nadie había en la cocina. Miró la mesa, dispuesta con un mantel blanco y unas tazas de porcelana china, y la cafetera humeante al lado de un plato de beicon recién frito. ¿Pero dónde estaba Thomas?

Supuso que estaría fuera, disfrutando de aquella hermosa mañana. Y en ese momento lo vio por la ventana, cruzando el patio con un cubo de fresas recién recogidas. La invadió un frágil sentimiento de bienestar. Kathy dejó escapar el aliento, inconsciente de que lo había estado conteniendo hasta ese instante, cuando Thomas entró en la cocina. Se detuvo al verla, sonriéndole con los ojos brillantes. Se saludaron al mismo tiempo y Kathy, echándose a reír, comentó:

—Esas fresas tienen un aspecto maravilloso. Thomas… quiero darte las gracias por la cena de ayer. Fue verdaderamente una bendición para mí, y realmente no tenía ganas de salir —le confesó —. Me doy cuenta de que tal vez me mostré algo desagradecida — se interrumpió.

—¿Por qué? —le preguntó mientras la hacía sentarse a la mesa.

—Supongo que porque no me gusta que me den órdenes. Fuiste un poquito…

autoritario.

—Lo siento —se disculpó Thomas, aunque no lo parecía en absoluto—.

Supongo que será la fuerza de la costumbre.

—¿Ah, sí? ¿A tus mujeres les gusta recibir órdenes? —le preguntó Kathy, para en seguida arrepentirse.

—Algunas veces —respondió sonriendo, mientras lavaba las fresas—. Cuando soy yo quien las da.

Kathy reprimió una sonrisa, pensando que aquel hombre era imposible.

Desdoblando su servilleta, volvió a preguntarle:

—¿Yo soy tu único huésped?

—No. Una pareja mayor vendrá este fin de semana. Son amigos

de mi familia, así que no pude negarme.

—¡Oh! —Intrigada, inquirió—: ¿Querías negarte?

Aparentemente su pregunta lo tomó por sorpresa. Thomas la miró y después sacudió lentamente la cabeza, como si estuviera perplejo.

—Supongo que a veces los huéspedes pueden ser una carga —comentó ella.

—A veces —sonrió Thomas—, exceptuando la presente compañía. Sírvete tú misma —puso sobre la mesa un plato lleno de fresas lavadas—. En cuanto caliente estos bollos, podremos desayunar. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, gracias. Me encanta el dormitorio. De hecho, me encanta toda tu casa —suspiró observando cómo Thomas sacaba los bollos del microondas y los volcaba en una cesta con rapidez y habilidad—. Parece que tienes experiencia en estas cosas.

—Oh, me he cocinado mis propias comidas durante años. Incluso antes de llevar la clásica vida de soltero en Nueva York, de hecho.

—¿Vivías en Nueva York?

—¿Por qué pareces tan sorprendida?

—¡Oh! Bueno, de Baltimore a una pequeña y agreste isla hay un gran trecho, para no hablar de la ciudad de Nueva York —Kathy libró en vano una breve batalla contra su propia curiosidad—. ¿Ya eras piloto antes de trasladarte aquí? He visto las fotografías del pasillo —se apresuró a explicarle—. ¿Son tuyas las líneas aéreas T. L.?

—Sí. Y sí, ya volaba antes, pero sólo por placer. Cuando decidí establecerme de manera permanente aquí, necesitaba mantenerme ocupado. Ya había un pequeño servicio chárter en la isla, así que lo compré, le añadí dos aviones más y… ¡voilá!

Líneas aéreas T. L. ofreciendo servicios de ida y vuelta entre las islas San Juan y SEA-TAC tan buenos como los de los chárter privados.

Kathy sonrió al advertir el orgullo que se reflejaba en su voz.

—¿Cuántos aviones tienes?

—Cinco en total.

—¿Y también te encargas de administrar esta pensión? ¡Oye, eres un hombre muy ocupado! —Exclamó, y bebió un sorbo de café

—. Dijiste que tus abuelos eran los propietarios de la casa…

—Se trasladaron a Florida, donde hace calor y luce el sol durante todo el año.

Yo estaba harto de Nueva York y ellos estaban cansados de la lluvia y del frío, así que les compré este sitio, ¡y volaron de la jaula como dos tortolitos enamorados!

Kathy rió deleitada. Algo cálido y vibrante flotaba en el ambiente. Su corazón, su cuerpo, incluso su alma respondían a aquella magia.

—¿Te gusta de verdad esta casa? —le preguntó Thomas.

—Sí.

—A mí también. ¿Has vivido alguna vez en una granja?

—Sí —respondió ella, risueña—. Un verano entero, de hecho. Y me encantó.

—¡Estás de broma! —la miró atónito—. ¿Trabajaste en una granja de verdad y te encantó?

—Sí. Ordeñaba vacas, empacaba heno, conducía un tractor… —mordió un bollo untado de mantequilla—. Mmmm, qué bueno está esto. Y también la mantequilla.

Thomas la miró fijamente, sorprendido por su anterior revelación. Le resultaba imposible creer que aquellas elegantes manos hubieran ordeñado una vaca. Pensó que no debía de ser tan frágil como parecía… la examinó atentamente mientras comía un puñado de fresas. Su boca de labios llenos contrastaba delicadamente con su pequeña y aristocrática nariz.

—¿Qué estás haciendo en California? —le preguntó él mientras le servía otro bollo y dos lonchas de beicon.

—Soy escritora y fotógrafa… hago libros de viajes, colaboraciones para revistas… ese tipo de cosas.

—Fascinante. Pero yo habría apostado a que eras actriz.

—Difícilmente —repuso Kathy, arrugando la nariz.

—¿Cómo empezaste con la fotografía?

—Supongo que fue algo natural. De niña me encantaba hacer fotos. Tenía una de esas cámaras tan baratas que sacan fotos horribles, pero a mí me parecían maravillosas —Kathy removía una y otra vez su café mientras los recuerdos la asaltaban con una fuerza sorprendente—. Eres muy afortunado por tener una relación tan estrecha con tus abuelos —le comentó con tono suave.

—¿Tú no la tienes?

—No. Mi padre se casó con mi madre contra los deseos de su familia, así que siempre hubo muy poca comunicación entre ellos. Realmente, es irónico —dijo Kathy, reflexionando en voz alta—. Me refiero a que se hicieran cargo de nosotras.

Después de la muerte de nuestros padres vivimos con la abuela Rose, la madre de mamá, durante tres años. Era una mujer encantadora y adorable… luego murió, y la familia de mi padre se encargó de nosotras, en Boston. No estábamos nada contentas con nuestra situación —Kathy se interrumpió, algo avergonzada—. Lo siento; no era mi intención que esta conversación se volviera tan personal…

—¡No! No lo sientas —protestó Thomas. Era consciente de su incomodidad, pero necesitaba saber más sobre su pasado—. ¿Por qué no eras feliz? ¿Qué edad tenías?

—Siete años —respondió con voz débil—. Nuestros abuelos eran… bueno, muy mayores. Aunque en aquel entonces sólo tuvieran sesenta años eran mayores, incapaces de adaptar su estilo de vida a la nueva situación, al tener que hacerse cargo de dos niñas pequeñas.

—Ya veo —de repente, Thomas tuvo una terrible sospecha—. ¿Y qué es lo que hicieron?

—Recurrieron a los internados. A los mejores, por supuesto. Pero pasábamos las vacaciones en casa.

—Eso debió de haber sido duro.

Por un instante, Kathy creyó sentir en la piel la caricia de su voz, tan cálida y suave. Tensándose, tomó un sorbo de café. Para su asombro, estaba luchando por controlar la urgencia de contarle la historia entera de su vida.

—No tan duro —repuso, encogiéndose de hombros—. Teníamos todo lo que necesitábamos.

«Excepto amor», pensó Thomas, sombrío. Pero el instinto le aconsejaba no expresar sus sentimientos; ella podría confundirlos con la piedad.

—Has hablado de dos niñas —le recordó—. ¿Quién era la otra?

—Karin, mi hermana gemela.

—¡Dios mío! ¿Quieres decir que hay dos como tú? —le preguntó adoptando burlonamente una expresión horrorizada.

—No, ya no.

—¿Qué sucedió? —inquirió poniéndose serio de repente, vislumbrando un brillo de tristeza en sus ojos antes de que bajara la mirada.

—Falleció el año pasado.

La crudeza de su respuesta la sorprendió tanto a ella como a Thomas. Kathy se preguntó por qué diablos le había hablado de Karin; aquello era demasiado personal, demasiado íntimo. Echando un vistazo a su reloj, se levantó de repente.

—¡Qué tarde es! Tengo que irme… voy a verme con Patsy dentro de unos minutos, para que me enseñe algunos sitios de la isla. El desayuno estaba riquísimo, Thomas. Gracias.

Thomas le respondió algo con tono cortés, pero ausente; estaba pensando en lo mucho que le habría gustado enseñarle él mismo la isla.

—¿Volverás tarde?

«Has cometido un error, Logan. Ella es una huésped, ¡y no es asunto tuyo cuándo vuelva o deje de volver!», se amonestó. Kathy lo miraba con los ojos entornados.

—Bueno, eso no importa —continuó él—. Tienes una llave, así que… que te lo pases bien, Kathy.

—Tú también —repuso ella y se marchó, dejando una nueva y extraña sensación de vacío en el corazón de Thomas.

Kathy encontró el camino que llevaba al puerto, y no tardó en localizar la casa y la tienda de su amiga. Al verla, Patsy salió a buscarla y la recibió con mucha efusión; aunque habían seguido en contacto, habían transcurrido cuatro años desde que abandonó California. Las dos habían sido compañeras en la universidad, y su amistad había sobrevivido a través de los buenos y de los malos momentos.

—¿Te gusta la pensión que te recomendé? —le preguntó Patsy mientras se dirigían hacia la casa.

—Claro, es encantadora.

—Oh, bien —Patsy esbozó una astuta sonrisa—. ¿Y el dueño?

—También es encantador —respondió Kathy secamente—. Es muy extraño que te olvidaras de mencionármelo.

—Hum… ¿Qué piensas de él?

—Es bastante bueno, aunque de modales autoritarios.

—Ya. La culpa la tienen todas esas mujeres que le persiguen por todas estas islas —comentó Patsy.

—¿Incluida tú?

—No. Por alguna oscura razón, no ha habido ninguna química entre ese hombre tan magnífico y yo. Mis hormonas deben de estar fallando —Patsy arqueó una ceja—. ¿Qué tal les va a las tuyas?

—La última vez que las revisé, mis hormonas estaban bien. ¿Vamos a quedarnos hablando aquí, en la calle, o ya podemos entrar?

Riendo, Patsy la hizo pasar. La casa era pequeña; sólo dos habitaciones y un baño. Una habitación para dormir, comer y cocinar, y la otra para exponer sus cerámicas y otros artículos de la tienda.

—Por esto no te invité a que te quedaras en mi casa —explicó Patsy—. Quería hacerlo, de verdad, pero como puedes ver, no tenemos espacio.

—¿Tenemos?

—Sí. Ahora tengo un compañero de piso, que se llama Ken. En la repisa de la chimenea puedes ver su retrato —explicó mientras se apartaba un mechón de cabello rojizo de la cara.

—Es muy atractivo, Patsy —comentó Kathy al examinar el retrato—. ¿La cosa va en serio?

—Todavía no. Estamos en un periodo de pruebas, como si dijéramos —

respondió, arrugando la nariz—. Si lo haces con un coche nuevo, ¿por qué no con una relación? Eso puede evitar que una persona cometa otro error. Y que, en mi caso, fracase por tercera vez —dijo con acerbo humor—. Pero tú sigues manteniendo el récord de los matrimonios de corta vida. ¿Nueve meses, Kathy? ¿Qué tipo de matrimonio ha sido ése, por el amor de Dios?

—Uno muy malo. Era un donjuán irrefrenable —explicó la joven con una mueca irónica—. Muy parecido al papel de la última fotonovela que está representando ahora —sirviéndose de su humor amargo como escudo contra aquel doloroso recuerdo, le hizo un resumen de su matrimonio, que había terminado cinco años atrás—. Todo el mundo menos yo parecía saber qué tipo de hombre era. Bueno, menos yo y Karin; incluso ella se había dejado engañar por su encanto. Era un actor, y tan guapo y cariñoso… que estaba loca

por él, a pesar de lo autoritario que se mostraba insistiendo en controlar cada uno de mis movimientos —rió con amargura

—. ¡Pero entonces, todo el mundo quería a Rhys! Y Rhys quería a todo el mundo. O

al menos lo intentaba. Cuando tuve la osadía de echarle en cara sus infidelidades, me abandonó. En cualquier caso —concluyó, tensa—, ya no estoy dispuesta a intentarlo otra vez, con o sin periodo de pruebas.

Patsy la escuchaba con atención. Dando por zanjado el tema, Kathy tomó una de las obras de cerámica que estaban expuestas y le comentó:

—Esto es precioso, Patsy. Realmente has mejorado desde que te marchaste de California.

—Es la vida que llevo aquí, en la isla. Cuando pongo las manos sobre el barro es como si la serenidad me inspirara, y me salen obras como ésta —Patsy vaciló, y luego le preguntó con tono suave —: Kathy, ¿todavía sigues teniendo problemas? Quiero decir, bueno, ¿todavía te dan miedo los aviones, y volar?

—Sí. Cada vez que recuerdo aquel accidente de avión, yo… no puedo superarlo, Patsy. ¡Verlo fue como vivirlo! ¡Lo sentí todo, todo! —Kathy se detuvo, suspirando—. Lo siento, no quería ponerme así. Mira, sé que todavía no hemos hablado de Karin, y también sé que está presente en tu pensamiento. Pero no he venido aquí a llorar sobre tu hombro. Estoy aquí para reírme y pasármelo bien. Para olvidar, aunque sea por poco tiempo. Divirtámonos juntas, como antes. Así que…

¿estas lista para enseñarme el pueblo?

—Eso no nos llevará mucho tiempo —repuso Patsy—. Pero hay muchas tiendas, y el pueblo no deja de ser pintoresco, especialmente en esta época del año, con tantas flores como hay. ¿Todavía te gustan las rosas amarillas? Hay unas preciosas en el Café Putte.

—Claro que sí —declaró Kathy.

Las dos amigas se abrazaron de nuevo y se dirigieron al todo terreno de Patsy.

De camino al pueblo se detuvieron para contemplar la vista, y Kathy salió del vehículo con la cámara en la mano, diciéndole:

—Ponte ahí, que voy a hacerte una foto.

Pensó que Patsy, con su cabello rojo flotando al viento, arrodillada en el césped salpicado de flores, constituía un inmejorable anuncio para la isla. Poco después, mientras paseaban por el pueblo, Kathy sacó una serie de fotografías aparentemente al azar. Era el primer trabajo que había aceptado desde la muerte de su hermana, y le apasionaba su oficio. Karin y ella habían planeado abrir una galería dedicada principalmente al arte de la fotografía…

—Casi es mediodía —la voz de Patsy la sacó de su ensueño—. Vamos a comer, y te lo contaré todo sobre mi nuevo compañero…

—¡Estupendo! —Exclamó Kathy, sobreponiéndose a sus dolorosos recuerdos—.

¡Me estaba muriendo de hambre!

Era ya entrada la noche cuando el coche de Kathy entró en el sendero de la casa.

Thomas, que había estado esperando su llegada, sintió un inmenso alivio que no dejó de molestarlo. En todo el día, no había sido capaz de quitársela de la cabeza. Sabía que era una locura preocuparse tanto de una mujer a la que acababa de conocer, como lo era estar a la espera de escuchar sus pasos en el porche. A pesar de todo, la sangre le ardía de expectación. «¿Y qué es lo que estás esperando, Logan?», se preguntó, burlón. Volvió a mirar su reloj; eran casi las diez. Kathy había tenido otro largo día.

—Hola —lo saludó Kathy al entrar y ver que se dirigía a su encuentro.

—Hola. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Estupendo. Nunca he estado mejor —respondió Thomas y empezó a reír, sorprendiéndola.

—¿No me habrás estado esperando, verdad? —inquirió ella.

—No, ahora mismo estaba leyendo. Te oí llegar y pensé en hablar contigo para asegurarme de que te encontrabas bien. Bueno —añadió como para justificarse—, es tarde…

—Sí, en efecto —repuso ella con frialdad.

—Muy tarde —Thomas frunció el ceño; la irritación que sentía contra sí mismo iba en aumento. ¿Por qué se estaba comportando de aquella forma? Conteniendo el súbito impulso de abrazarla, añadió con exagerada dignidad—: Creo que de nuevo me he extralimitado en mis funciones. Sólo estaba preocupado por si

tenías alguna dificultad en encontrar el camino de noche. Las carreteras están bastante mal señalizadas.

Kathy se esforzaba por mostrarse cortés y considerada, pero la preocupación de Thomas le producía el mismo efecto que un latigazo sobre la piel desnuda. ¡Era como si tuviera que darle cuentas de lo que hacía siempre que salía de aquella casa! Ya se había hartado de aquello en su matrimonio; Rhys había sentido la necesidad de controlar cada uno de sus actos…

Pero se recordó que se encontraba ante Thomas, no ante su marido. Y él tenía razón.

—Lo siento, Thomas; aprecio tu interés —suspiró. Se preguntó por qué tenía la sensación de estar rindiéndose a él al pronunciar aquella disculpa—. Bueno, ¿no te quedarán frambuesas de esas que trajiste ayer, cuando llegué? No he tomado postre en la cena y me gustaría subirme algunas a mi habitación.

—Quedan unas pocas —respondió Thomas antes de guiarla a la cocina.

Kathy permaneció a su espalda mientras abría la nevera y, de repente, se encontró atrapada entre el mostrador y él. Se tensó cuando se encontraron sus miradas, y un calor ardiente invadió su cuerpo. Thomas bajó la mirada hasta sus labios y se acercó un poco más, acelerándole el corazón.

No la tocó, pero fue como si lo hubiera hecho. La sensación estaba allí, en la piel de ella, en las palmas de las manos de él. No la besó, pero Kathy pudo saborear ese beso, imaginar el encuentro de sus labios, el encuentro de sus cuerpos. El color de sus ojos se profundizó mientras la miraba con ardor, y la joven se preguntó si los suyos también se habrían oscurecido, nublados por su propio deseo. Si ese era el caso, nada podía hacer para evitarlo.

Estaba furiosa con Thomas por ser tan atractivo, y furiosa consigo misma por dejarse arrastrar por él. Se negaba a refugiarse detrás del mostrador. En vez de eso se quedó donde estaba, mirándolo desafiante.

Fue esa mirada de desafío lo que conmovió profundamente a Thomas. Ella parecía tremendamente frágil, pero al mismo tiempo levantaba la barbilla con gesto valiente. «Logan, pedazo de bestia, eres el peor caso de lujuria de todo este maldito mundo», se amonestó avergonzado. Suspirando profundamente, desvió la

mirada, terminó de sacar las frambuesas y cerró la puerta de la nevera. Para consolarse, se dijo que al menos había puesto nombre al problema que lo aquejaba: deseo. Eso siempre hacía que un hombre se sintiera mejor. Se apartó de ella y tomó un pequeño cuenco.

—He estado a punto de besarte —dijo con total naturalidad.

—Lo sé —repuso ella después de aclararse la garganta.

—¿Qué habrías hecho en ese caso?

—Detenerte.

—¿Habrías podido? —Thomas la desafió con la mirada.

—Sí —Kathy se apoyó en el mostrador y le lanzó una fugaz y traviesa mirada

—. Pero pelear unos cuantos *rounds* con el donjuán de la isla no figura en mi agenda para esta noche.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó, divertido—. Se trata de Patsy,

¿verdad? Apostaría a que esa mujer está convencida de que tengo un harén en la isla.

—¿Y no lo tienes? —le preguntó ella, arqueando una ceja.

—No. Creo en la calidad, y no en la cantidad —replicó Thomas, encogiéndose de hombros—. Sus frambuesas, *madame* —le indicó una silla—. Siéntate aquí a comerlas —la invitó gentilmente.

Alarmada por la cálida, fácil intimidad que crecía entre ellos, Kathy se sintió alarmada.

—Gracias, pero si no te importa, preferiría comérmelas en mi habitación.

—Como quieras —repuso él, entregándole el cuenco con las frambuesas.

—Gracias de nuevo, Thomas, por las frambuesas, y por la preocupación que has demostrado por mí —tomó el cuenco, esbozando una tímida sonrisa—. De verdad, te estoy muy agradecida, incluso aunque… —arrugó la nariz—…a veces no te lo parezca. Supongo que no me gusta tener que dar cuenta de mis actos ante nadie.

Buenas noches.

—Buenas noches, Kathy —dijo él con voz ronca.

Controlando su urgencia por escapar de aquella mirada turbadora, Kathy subió las escaleras con bastante premura. No

quería que la afectara todo aquello: Thomas, el beso que ella misma había implorado a pesar de sus palabras, la excitación que todavía le corría por la sangre, el tierno anhelo que sentía en su corazón.

—¡Imposible! —musitó.

Se preguntó si Thomas habría volado aquel día. «Imagínatelo allí arriba, con su hermoso cuerpo confiado a la frágil estructura de un avión, arriesgando la vida…», pensó con un estremecimiento. Poco a poco el silencio de aquella noche la fue envolviendo. Se sentó cerca de la ventana y cerró los ojos, maravillada de la complejidad de sus sentimientos. Antes de llegar allí o, mejor dicho, antes de conocer a Thomas Logan, podía precisar con absoluta exactitud sus emociones. Pero en aquel momento estaban tan terriblemente mezcladas como un ovillo de lana al que un gato jugara a enredar.

Capítulo Tres

Al día siguiente Kathy volvió a levantarse temprano para desayunar con Patsy.

Pero en aquella ocasión, a diferencia del día anterior, el sonido de sus pasos al bajar la escalera llamó la atención de Thomas que, procedente de la cocina, fue a buscarla.

—Espera un minuto, Kathy —le dijo, tomándola de un brazo.

La chica sintió en la piel el calor de sus dedos, acelerándole el corazón. Por un instante, se sintió indignada; simplemente no estaba acostumbrada a reaccionar con tanta intensidad ante un hombre.

—Buenos días, Thomas. Perdona por no haberte saludado antes —le dijo, tranquilizándose.

—Buenos días, Kathy —repuso él, riendo.

La excitación que a la joven le producía su cercanía la dejaba sin aliento. La conciencia de lo mucho que le gustaba Thomas era otro problema. «Al fin y al cabo, también me gustaba mi ex marido», se recordó a sí misma. Rhys, un actor consumado, había representado muy bien el papel de hombre tierno y cariñoso; pero Kathy no había tardado mucho tiempo en descubrir el engaño. Tenía que admitir que se había comportado como una estúpida, pero incluso una estúpida podría reconocer el peligro de aceptar a alguien sólo por su apariencia exterior. Ese momento de reflexión le permitió recuperarse y, apoyando una mano en el vano de la puerta, sonrió y le dijo:

—Tendrás que excusarme, pero esta mañana tengo prisa.

—¿Ni siquiera tienes tiempo para desayunar?

—Me temo que no.

—De acuerdo, ¿qué me dices de quedar para comer juntos en el pueblo?

—Eso suena muy bien —respondió Kathy exhalando un involuntario suspiro.

«Pero es imposible. Ya has aceptado una invitación de Patsy para comer con ella, y cancelarla sería una grosería», pensó antes de añadir—: Pero ya he hecho otros planes.

Thomas no replicó nada. Kathy levantó la mirada hacia sus ojos

azules y sintió que le temblaban las rodillas. Una ola de resentimiento la invadió al recordar que Rhys había sido un maestro en conmover a las mujeres. Thomas todavía seguía agarrándola de un brazo, y la chica bajó la mirada a su mano de manera intencionada. Al fin la soltó, mirándola con cierta frialdad.

—Ya veo. Bueno, entonces, que pases un buen día, Kathy.

La chica vaciló, consciente de que había malinterpretado sus palabras. Al cabo de un momento añadió, tocándole una mano:

—Tú también, Thomas —lanzándole una rápida sonrisa, se apresuró a salir de la casa para dirigirse hacia su coche.

Le parecía extraño que últimamente pensara tan a menudo en su ex marido. Y

siempre lo hacía en los momentos en que alcanzaba mayor intimidad con Thomas.

«Bueno, al fin y al cabo simplemente utilizas la única vara de medir que tienes», pensó. Desafortunadamente, su pragmática conclusión poco podía hacer para atenuar la confusión que sentía. Para cuando llegó a la casa de Patsy, su ánimo había decaído mucho.

Pero el humor de la pelirroja era contagioso, y Kathy no tardó en reír otra vez.

Mientras desayunaban, le habló con total confianza de su vida, de su trabajo y de sus esperanzas para el futuro. Y con mayor dificultad, le habló del precioso apartamento que Karin y ella habían compartido.

—Lo pondré en venta cuando vuelva. Nell está de acuerdo conmigo; es demasiado grande para las dos. Y, además, ese lugar me trae demasiados recuerdos de Karin —forzó una sonrisa mientras Patsy le acariciaba una mano, con gesto compasivo—. Pero seguramente lo peor ya ha pasado —añadió—, excepto esos sueños… todavía me asaltan, algunas veces relativamente agradables, y otras, sencillamente aterradores.

La mirada de Patsy la invitaba a continuar y las dos amigas siguieron hablando durante buena parte de la mañana, interrumpidas solamente por la ocasional entrada de algún turista interesado en comprar cerámica. De repente, y con demasiado retraso, Patsy recordó los planes que habían hecho para ese día.

—Primero bajaremos al horno y recogeremos unas piezas. Luego

iremos a comer con Ken, en su restaurante. Después de eso, tú y yo saldremos por ahí, para que hagas unas buenas fotografías…

Durante el corto trayecto en coche, Kathy llegó a la conclusión de que la vida nocturna brillaba por su ausencia en la isla. Recientemente Ken había abierto un club-restaurante, un negocio arriesgado en una zona tan tranquila.

—Aquí disfrutamos de una vida muy relajada —le comentó Patsy.

—Ya lo he notado. Con Thomas, quiero decir. Parece un hombre relajado, de trato fácil.

—Ahora sí. Pero deberías haberlo visto cuando se vino a vivir aquí: tenso, nervioso… lo contrario que ahora. Y lo mismo me ha sucedido a mí. Creo que deberías quedarte durante unos meses aquí, Kathy. Quizá perderías tu extrema delgadez… —suspiró Patsy —. Cada vez que intento ponerme a dieta, me pongo a pensar en la comida.

Kathy se echó a reír. Sabía que estaba bromeando, ya que Patsy tenía una espléndida figura. Y también Ken, según pudo observar más tarde durante la comida. Evidentemente Patsy lo adoraba, e incluso Kathy no podía evitar sentirse cautivada por un hombre tan encantador.

Su club se hallaba en un viejo edificio restaurado. Era cómodo, y la comida era muy buena. Sinceramente Kathy deseaba que Ken tuviera suerte en sus esfuerzos. A eso de las cuatro, volvió a la pensión para tomar un baño y cambiarse para la cena.

No vio por ninguna parte a Thomas y no pudo evitar sentirse algo decepcionada cuando se marchó de nuevo para cenar con Patsy y con Ken. Después de la cena, se quedaron en el club a charlar un rato.

Durante el trayecto de vuelta a la pensión, Kathy pensó en lo rápido que había pasado el tiempo; sólo llevaba dos días allí, y le parecía que habían sido años. Se preguntó si Thomas habría llegado ya. Cuando entró en la casa, experimentó la excitación nerviosa de costumbre. Había abandonado temprano el club, aduciendo que se encontraba agotada, lo cual era verdad; estaba tan cansada que le temblaban las piernas. Pero no era la fatiga psíquica, vital, que había padecido durante tanto tiempo.

Se quedó inmóvil, escuchando; sólo el tic-tac de un reloj

interrumpía el silencio.

Aparentemente, se encontraba sola. Fue a la cocina para tomar un refresco. Al mirar por la ventana del comedor advirtió que el garaje estaba vacío, y se preguntó con creciente curiosidad dónde estaría Thomas.

Se sentó en el sofá a hojear una revista, diciéndose que no tenía intención de esperarlo. Pero su mirada se vio atraída por el retrato que estaba colgado encima de la chimenea. Thomas, al igual que en la pintura, conservaba aquel aire de franqueza e integridad. Era un seductor por naturaleza, pero no presumía de ello. Aceptaba su propio encanto con la misma naturalidad con que las mujeres se le rendían por una sonrisa, pensó Kathy esbozando una mueca.

Volvió a la cocina para dejar el envase vacío del refresco. La habitación estaba muy limpia, como el resto de la casa; supuso que sería fruto del trabajo del ama de llaves. Todavía no había conocido a Maddie, ya que salía muy temprano por la mañana, y volvía muy tarde por la noche. Cada vez más inquieta, salió al porche.

Hacía suficientemente fresco para que se pusiera un suéter, pero se lo había dejado dentro, y se abrazó para entrar en calor. De repente vio luces en la carretera, y el corazón le dio un vuelco; tenía que ser él. Thomas metió el coche en el garaje y, por un momento, Kathy se imaginó que tenía derecho a estar allí, esperándolo; el derecho de darle la bienvenida a casa con los brazos abiertos. Pero cuando Thomas salió del coche, la joven desechó aquel pensamiento tan sugerente y seductor.

—Hola —la saludó—. ¿Qué estás haciendo aquí, en plena oscuridad?

—Disfrutando de la noche —le respondió ella, frotándose los brazos.

—Y congelándote —se colocó a su lado—. Toma mi chaqueta; llevo un suéter debajo.

Kathy se quedó perfectamente inmóvil cuando él le echó la ligera prenda sobre los hombros, y al reconocer su aroma en ella, la invadió una oleada de placer.

Delicadamente, Thomas le deslizó el sedoso cabello fuera del cuello de la chaqueta y, después de aspirar deleitado su perfume a rosas, se apoyó en una columna para contemplar la luna. Había intentado convencerse de que había exagerado la poderosa

atracción que sentía hacia Kathy y, evidentemente, se había equivocado. Sintió la urgente necesidad de abrazarla y saborear aquella magia que hervía entre los dos, pero era un hombre sensible y sabía que se encontraba muy cansada.

—He cenado esta noche con Patsy y con su amigo Ken —Kathy rompió el tenso silencio.

—Conozco a Ken.

—Supongo que conocerás a todo el mundo en la isla.

—A casi todos.

—¿Has tenido una cita esta noche? —le preguntó ella, sin amilanarse por su laconismo.

—Sí.

—¿Es algo serio?

—No —con expresión ausente, Thomas le acomodó la chaqueta sobre los hombros—. ¿Por qué me has estado evitando? —le preguntó con brusquedad.

Kathy se tensó, y respondió suspirando:

—Tú sabes por qué, Thomas.

—Quizá. Pero me gustaría que me lo dijeras tú.

—Es por lo que sucede cuando estamos juntos —le explicó ella sin alterarse.

—¿Y qué es lo que sucede? —inquirió Tomas, acercándose más.

—No juegues conmigo, Thomas. Sabes de lo que te estoy hablando; tú también lo has sentido.

—Sí. Pero no le tengo miedo.

—Yo tampoco.

—¿Ah, no? —la desafió Thomas con voz ronca y la mirada fija en aquella suave y deliciosa boca.

—No. Simplemente soy reacia a… seguir con eso hasta llegar a su natural conclusión.

—Ya veo.

La tensión hervía entre ellos, ardiente y excitante. «Demasiado excitante», pensaba Kathy, inquieta por la cercanía de Thomas.

—Bueno, al menos admites que esa sería la natural conclusión de lo que nos sucede —comentó él después de una pausa, sujetándole un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Mantienes alguna relación seria en California?

—No —contestó con demasiada rapidez—. Quiero decir, sí. Eh…

la decisión está todavía pendiente.

—Lo que quiere decir que no es serio. Si lo fuera, ahora mismo estarías allí con él, y no aquí, conmigo —sonrió Thomas, irónico—. Quizá él no sea adecuado para ti.

—Es perfectamente adecuado —replicó Kathy. Después de haberse inventado a un pretendiente imaginario, se sentía impulsada a defenderlo—. Es un hombre maravilloso y tenemos muchas cosas en común.

—Quizá, pero sigo manteniendo mi opinión. Ese hombre es un loco por haber permitido que lo abandonaras y te separaras de él.

—Bueno, Thomas —Kathy esbozó una juguetona sonrisa—, yo no recuerdo haberle pedido permiso alguno.

Él se echó a reír, sin esforzarse por disimular el placer que le producía su despreocupada recriminación.

—Ah, reconozco mi error. ¿Le quieres?

—No —respondió ella, suspirando; aquella pregunta le había quitado el aliento

—. En realidad, no tengo ningún amor, ni en California ni en ninguna otra parte —le confesó, sincera.

—¿Por qué?

—Quizá la culpa sea de un instinto o una prevención inconsciente… —levantó la mirada hacia él con una expresión dulce, pero a la vez muy seria—. Quizá esté equivocada, pero creo que estás llegando a interesarte por mí y eso me inquieta.

Bueno, yo no puedo corresponder a ese interés, Thomas. Maldita sea, sé que esta es una situación violenta —suspiró—. Mira, pareces un buen tipo, pero yo… yo no quiero que nadie sufra, eso es todo.

—¿Así que hace un momento te inventaste a un pretendiente serio para pararme los pies, por decirlo así? —le preguntó Thomas, con un brillo divertido en los ojos.

—Sí, en efecto —Kathy se alegraba de que no se lo hubiera tomado a mal—.

Quiero ser completamente sincera contigo, ¿de acuerdo? Me gustas, te encuentro atractivo, pero no estoy dispuesta a empezar ninguna relación, por muy corta que pueda ser —se estremeció de frío, subiéndose el cuello de la chaqueta—. ¿Te parece que entremos? Tengo frío.

Una vez que entraron en la cocina, Kathy le devolvió la

chaqueta murmurando unas palabras de agradecimiento y se dispuso a subir a su habitación.

—¿Sabes? Creo que tienes razón —le dijo Thomas apoyándose en la reluciente barandilla de madera—. Estoy interesado en ti. Muy interesado. Y no creo ni por un minuto que tú no correspondas a ese interés.

Kathy se quedó muy rígida y Thomas pudo ver cómo asumía una postura altiva, orgullosa. «Ah, el eterno miedo al encanto», pensó. ¿Acaso desaparecería alguna vez? La manera en que se volvió para mirarlo con aquel gesto tan aristocrático fue sencillamente estimulante. Le encantaba.

—Ya te he dicho —los ojos de color violeta de Kathy registraron todos sus rasgos, con aparente tranquilidad— que te encuentro atractivo. Sexy, para ser más precisa. Hasta ese nivel, sí correspondo a ese interés que demuestras por mí. Pero ese no es un nivel muy alto, Thomas. Todo lo que quiero es paz y tranquilidad.

Su rechazo había producido su efecto sobre Thomas, pero no demasiado; podía leer entre líneas. Cuando sus miradas se encontraron, tuvo que dominar el ardiente impulso de aceptar el reto que le transmitían sus ojos, de besar aquellos labios que le desafiaban, de saborear su dulzura. «Cuidado», se advirtió. Sabía que se estaba moviendo en aguas profundas, aguas en las que podría ahogarse. Y lo peor de todo era que sabía que le encantaría.

—Mensaje recibido, Kathy —respondió con tono suave, sonriendo.

La joven asintió y subió apresurada las escaleras. No confiaba lo bastante en sí misma ni para quedarse un solo instante más en su compañía. No se molestó en cerrar con llave la puerta; todavía no lo había hecho desde que llegó, así que suponía que se trataba de una muestra de confianza. Con una sonrisa, se dio cuenta de que no tenía ningún miedo de que Thomas la violentara.

Pero la diversión desapareció cuando se desnudó y se miró en el espejo. Tenía las mejillas ruborizadas y le brillaban los ojos de deseo. La piel todavía le ardía en aquellas zonas donde había ansiado que la tocara. Suspiró al tomar conciencia del verdadero mensaje que le había transmitido a Thomas, y que él había recibido. Sabía perfectamente que ella lo deseaba. Confusa, se metió en la cama.

—No te hagas esto a ti misma, Kathy —se ordenó, aunque de nada le servía.

Cerrando los ojos, bostezó y se colocó en su posición favorita. California estaba llena de hombres atractivos, pensó adormilada. ¿Por qué Thomas tenía que ser diferente? Tan diferente de todos los hombres que había conocido.

En medio de su sueño, empezó a tensarse y a dar vueltas en la cama. Abrió la boca en un silencioso grito cuando los recuerdos invadieron su cerebro.

«Era Karin, y a la vez ella misma. Era ambas, sintiéndolo todo, el horror en las entrañas, la sensación de caer, caer, la tierra acercándose, el sonido del frágil metal al chocar contra ella, destrozando el pequeño avión al estrellarse contra el suelo. La parte de ella que era Kathy corría por la pista, salvaje, desesperadamente sabiendo que nunca llegaría a los restos del avión a tiempo para salvar a Karin, sabiendo que iba a…

Y entonces ocurrió, ¡una columna de fuego elevándose contra el cielo! La poderosa explosión la derribó como una muñeca rota… sentía terror, dolor… pero tenía que levantarse, llegar al avión, ¡tenía que ayudar a su hermana! ¡Karin! ¿Dónde estaba Karin?»

—¡Karin!

El silencioso grito de su sueño se hizo realidad, con una angustia que la hizo despertarse, sobresaltada de terror. Al oírlo, Thomas saltó de la cama y subió corriendo las escaleras antes de darse cuenta de lo que sucedía. Cuando corría por el pasillo, tuvo tiempo para un único pensamiento… afortunadamente solía dormir en pijama. Pero a aquella idea siguió de inmediato otra: Kathy. Podía escuchar sus sollozos a través de la puerta y la abrió sin vacilación alguna.

A la luz de la luna pudo verla en la cama, llorando. Encendió la lámpara, se sentó a su lado y la abrazó con ternura. La apretó emocionado contra su pecho, reconfortándola, consolándola con cariñosas palabras.

—No pasa nada, tranquilízate —murmuraba Thomas una y otra vez; la sentía tan pequeña en sus brazos, tan frágil… se preguntaba qué era lo que la había aterrado tanto—. Sssh, ya ha pasado todo.

Al fin cesó de sollozar, aunque todavía temblaba. Cuando Thomas aflojó su abrazo, ella le echó los brazos al cuello.

—Ya ha pasado todo… —musitó él contra su pelo, aspirando su limpio y fresco aroma.

El silencio se extendió sobre ellos. Thomas se las arregló para alcanzarle unos pañuelos sin apartarse de ella. Podía sentir cómo se enjugaba las lágrimas, y sonrió cuando la oyó sonarse la nariz. En silencio, esperó. Sus propias emociones eran demasiado intensas y desconcertantes.

Seguían en silencio. Cuando Kathy se refugió más en sus brazos, Thomas se encontró en una violenta situación. Al principio sólo había querido consolarla, pero en ese momento era plenamente consciente de que estaba abrazando a una mujer atractiva, apenas vestida con una breve prenda de satén. En el momento en que ella le tocó el pecho desnudo con los labios, se estremeció intensamente.

Thomas había perdido incluso toda capacidad de razonar, y apenas fue consciente del intento que hizo Kathy de besarlo en los labios. Sabía que ella sólo estaba reaccionando ante la situación, pero tendría que haber estado muerto para no responder. Y se apoderó de sus labios con una pasión arrebatadora.

Kathy emitió un gemido, y él se preguntó si sería de protesta. La besó en las mejillas, en los párpados, y después volvió a apoderarse con urgencia de sus labios.

Ella gimió de nuevo; estaba medio echada sobre Thomas, con los senos apretados contra su pecho desnudo, y su vientre contra sus muslos. El deseo conmovía todo su cuerpo obligándola a apretarse más contra él, como si quisiera fundirse con su piel.

Aquellos besos la enloquecían. Toda precaución quedaba olvidada; quería más y más…

Thomas seguía sembrándole el rostro de besos, en los párpados, en los labios.

Ella murmuró su nombre sólo una vez, pero fue suficiente para hacer que tomara conciencia de la situación. La apartó de sí y los dos se miraron fijamente. Kathy estaba estupefacta ante su propia respuesta y, confundida, se sentó en la cama. Se preguntó si Thomas se habría sentido tan abrumado por la pasión como ella, después de aquellas caricias. Su expresión se mantenía impasible, pero sus ojos eran intensamente azules, oscurecidos por el ardor de su abrazo. Kathy le sostuvo la mirada, esperando que comprendiera.

—Ahora mismo soy muy vulnerable, Thomas.

«¡Yo también, Kathy!», estuvo a punto de replicarle él mientras se abismaba en sus enormes ojos de color violeta, y suspiró profundamente. Luego tomó la caja de pañuelos que estaba sobre la mesilla y se la entregó.

—Gracias. Parece que siempre te estoy agradeciendo algo —dijo ella con una temblorosa sonrisa.

—No te preocupes —Thomas le acarició una mejilla húmeda con las puntas de los dedos—. ¿Cuál ha sido la causa de estas lágrimas?

—Una pesadilla.

—Lo suponía. ¿Cómo era?

—Oh, sólo era un sueño…

—Cuéntamelo.

Kathy bajó la mirada y se apoyó en la almohada. Con lo que le pareció un esfuerzo sobrehumano, Thomas se levantó y la cubrió con el edredón.

—Cuéntamelo, Kathy.

—Eres muy persuasivo —sonrió.

—Eso dicen —Thomas se sentó en el borde de la cama—. ¿Te gustaría que me quedara un rato contigo?

—Sí. Es estúpido, pero por dentro todavía sigo temblando.

—No es nada estúpido, es humano. ¿Con qué soñaste?

—Hace unos nueve meses tuve un accidente de avión, y en el sueño volví a ese avión —explicó, y un temblor hizo estremecer todo su cuerpo—. El avión cayendo del cielo, aterrizando sobre un ala, dando vueltas, estrellándose… en la pesadilla reviví el accidente, reviví la sensación de absoluta indefensión, reviví… —se interrumpió de repente.

—Dios mío —exclamó emocionado, al tiempo que le acariciaba el cabello—.

¿Resultaste herida?

—Sí —respondió con voz débil—. Pero tuve suerte: sobreviví.

—Gracias al cielo —musitó, impresionado. Ahora comprendía la angustia que había visto desde el principio en su mirada; todavía se estaba recuperando de aquel horrible trauma—. ¿Te encuentras bien? —le preguntó bruscamente.

—Sí; al menos físicamente —por un momento pareció que iba a continuar, pero después se limitó a sacudir la cabeza.

Thomas se preguntó qué era lo que había estado a punto de

decirle; tenía la sensación de haberse perdido algo. Al fin, preguntó:

—¿Qué tipo de avión era?

—Uno pequeño. Parecido al que vi en la fotografía que tienes en el pasillo.

—Por eso viniste aquí en coche, en lugar de en avión.

—Sí. No he vuelto a acercarme a un avión… desde que sucedió aquello.

No añadió nada a ese comentario, pero sus manos entrelazadas con fuerza eran suficientemente elocuentes.

—Oh, Kathy, eso es perfectamente comprensible —se apresuró a decir Thomas

—. Viviste una experiencia única. Las estadísticas dicen…

—¡No me interesan las estadísticas! —Exclamó Kathy, para en seguida disculparse—. Lo siento, Thomas. Sé que estás intentando ayudarme.

—En efecto. Quiero ayudarte, Kathy, y creo que puedo hacerlo —repuso con un tono de urgencia en la voz.

Pero Kathy lo negó inmediatamente con un enérgico movimiento negativo de cabeza.

—Mucha gente ha intentado ayudarme, y ha fracasado. Tengo demasiado miedo incluso de pensar en volar —dijo como dando por cerrado el tema, y esbozó una sonrisa—. Supongo que te habrá despertado mi grito. Perdóname; no me sucede a menudo. Habitualmente soy capaz de despertarme antes de que el sueño se vuelva peor. De cualquier forma, está claro que eres mi héroe salvador. Gracias de nuevo, héroe —añadió en un valeroso intento de adoptar un tono desenfadado.

—Así que héroe, ¿eh? Tendré que tragarme eso.

Quería seguir hablando de su pesadilla, pero ella lo miraba con una advertencia en los ojos. Le estaba diciendo que se retirara, algo que Thomas no estaba dispuesto a hacer.

—Dijiste que el avión cayó. ¿Qué quieres decir? ¿Qué perdió velocidad, que falló el motor…?

—Un fallo mecánico, eso es lo que dijeron. Yo no estaba allí cuando… —se interrumpió, entristecida.

—¿No estabas allí? —Thomas le lanzó una penetrante mirada—. ¿Qué no estabas allí? No lo comprendo.

Kathy se mordió el labio al darse cuenta de lo que había hecho.

Se había identificado tan completamente con su hermana gemela que había llegado a sufrir su trauma. Mentalmente, había estado a bordo de aquel avión.

—Thomas, yo… lo que te dije no era exactamente lo que sucedió. Quiero decir que… no era yo la que estaba a bordo de ese avión, pero podría haber estando,

¡porque puedo revivir cada segundo de aquel accidente! —Bajó la cabeza—. Es muy difícil de explicar.

—Inténtalo —la animó con tono suave.

—Fue mi hermana la que murió en aquel avión. Pero yo… yo estaba esperándola cerca de la pista de aterrizaje, esperando para recogerla y llevarla a casa

—Kathy estalló en lágrimas—. Éramos gemelas y, bueno, siempre había existido una relación especial de comunicación entre nosotras dos. En una ocasión ella se cayó rompiéndose un brazo y yo lo sentí, Thomas. El brazo me dolió tanto que tuvieron que sedarme hasta que su dolor desapareció. Así que cuando te digo que experimenté el accidente, te estoy hablando completamente en serio. Sentí su miedo, su horror. Y mientras tanto yo estaba corriendo, intentando llegar al avión antes de que explotara.

—¡Oh, Dios mío! ¿Explotó?

—Sí. Recibí las heridas de la onda expansiva de la explosión. Gracias al cielo, en ese instante perdí el conocimiento —Kathy bajó la cabeza—. ¡Oh, Dios mío, Thomas, debía haber estado con ella! Intenté tomar ese vuelo… habíamos planeado pasar la noche en Reno, y divertirnos un poco. Pero surgió una emergencia y tuve que cancelarlo. Así que murió sola. Y yo sigo viva.

—Y te sientes culpable, ¿verdad? —le preguntó él, sacudiendo la cabeza.

—Muchísimo —intentó sonreír, encogiéndose de hombros—, pero intento sobrellevarlo lo mejor que puedo. Gracias, Thomas, por la paciencia que has demostrado al escucharme.

—Cuando quieras —levantándose, le preguntó—: ¿Estás bien ahora?

—Sí, estoy bien —levantó la cabeza—. De verdad.

—Bueno —repuso Thomas—. A dormir —«lo cual no va a ser fácil», añadió para sí cuando apagó la luz y salió de la habitación.

Más tarde, cuando descansaba en su cama sumido en un mar de

confusiones, su predicción se vio confirmada. Constantemente revivía la escena que había tenido lugar, pensando en lo que le había contado Kathy; con razón había visto desde el principio aquella mirada de angustia en sus ojos.

Tenía que intentar ayudarla, por supuesto. La llegada de Kathy a la isla, a su casa, no había sido accidental; estaba seguro de ello. Al día siguiente se lo diría. La convencería de que él podía ayudarla, si le dejaba… ¡Tenía que aceptar su ayuda! Lo invadió una oleada de ternura al recordar su llanto desesperado.

¡Y la forma en que se había abrazado a él! La sensación de su cuerpo entre sus brazos, increíblemente suave, su sabor, su aroma… en ese momento recordó las palabras que ella había pronunciado aquella tarde: «no estoy dispuesta a empezar ninguna relación, por muy corta que pueda ser. No me interesa, Thomas». Porque temía que llegara a resultar herida, pensó sonriendo al recordar su expresión, tan seria y a la vez tan vulnerable…

Decididamente, no podía dormir. Resignado, encendió la luz y tomó un libro.

Aquella mañana gris, asomada a la ventana, Kathy experimentaba una agradable sensación de ligereza. Su tristeza había menguado un tanto. Aunque le encantaban los días lluviosos como aquél, algo mucho más elemental le había levantado el ánimo. Cada vez que pensaba en la ternura que le había demostrado Thomas la pasada noche, la invadía una sensación de calidez. Había sido tan amable, tan considerado… era una tentación revivir cada una de las sensaciones que había experimentado en tan poco tiempo, explorar cada una de sus facetas.

Pero se resistió a esa tentación. Ya iba a ser bastante incómodo tener que enfrentarse a Thomas esa mañana. ¿Habría comprendido la necesidad que había sentido de refugiarse en sus brazos la pasada noche? ¿Se habría dado cuenta de que, de alguna forma instintiva, estaba reafirmando su propia vida simplemente sintiéndose viva?

Cambió de opinión respecto al tiempo; ese día quería dedicarlo a hacer fotos. Y

como si el cielo quisiera favorecerla, un rayo de sol bañó su rostro. Seguía lloviendo y lucía el sol. Riendo entre dientes, Kathy salió apresurada de la habitación para ir al cuarto de baño. Después de ducharse se puso unos vaqueros, una blusa blanca y una

chaqueta, y bajó a la cocina.

El gato, que se llamaba Trouble, se hallaba descansando al lado de la mesa. «Al menos éste está domesticado», pensó al ver la alta figura de Thomas frente al fregadero.

—Buenos días —se volvió para saludarla—. El café está caliente.

—Oh, estupendo —Kathy se detuvo en el umbral de la cocina para calmar los latidos de su acelerado corazón: Thomas tenía una apariencia maravillosa con su camisa y sus pantalones de color azul marino.

—No entiendo cómo has podido llamar Trouble a tu gato, cuando lo único que hace es dormir —comentó.

—Eso durante el día. Por las noches… —Thomas sacudió la cabeza, con un brillo divertido en los ojos—. Recorre montañas y valles en busca de su amor.

Kathy rió deleitada, y él le entregó una taza de café.

—Me temo que tendrás que prepararte tú misma el desayuno. Tengo una cita esta mañana. Hay huevos y beicon en la nevera.

Kathy asintió, tomando un sorbo de café y preguntándose cuál sería esa cita a una hora tan temprana. ¿Pilotaría un avión ese día? No quería saberlo.

—¿Quién pintó el retrato? —le preguntó con tono despreocupado—. El que está colgado sobre la chimenea.

—Mi abuela. Es bastante conocida por sus retratos. ¿Te suena el nombre de Nina Logan?

—Lo siento, no lo reconozco. Es muy bueno.

—Y también muy valioso —comentó él—. Si quieres esperar media hora, Maddie estará aquí para prepararte el desayuno. Siento lo de la lluvia; te va a estropear las vacaciones.

—Puedo prepararme mi propio desayuno —repuso Kathy mirándolo con un destello de humor en los ojos, por encima del borde de su taza—. Y me gustan los días lluviosos. Me encanta las sensaciones acogedoras que evocan.

Thomas apretó con fuerza su taza al imaginarse abrazando a Kathy, transmitiéndole las sensaciones acogedoras de las que hablaba. Se dio cuenta de que las cosas habían cambiado entre ellos, definitivamente. Que fuera para peor o para mejor, eso estaba por ver. Al acordarse de repente de su cita, se rascó la cabeza, preguntándose qué pensaría Kathy de que él fuera piloto…

—Thomas, te pido disculpas por lo de anoche.

—¿Cómo? —le preguntó él, ya que se había distraído.

—Que te pido disculpas por los problemas que te causé, y por haberte despertado. Estoy tan avergonzada…

—No seas ridícula.

—¿Qué?

—He dicho que no seas ridícula.

—No he sido consciente de que estaba siendo ridícula; sólo estaba disculpándome por haberte molestado la pasada noche —le espetó, molesta.

—¡Otra vez! —La miró fijamente, tensando la mandíbula—. No fue ninguna molestia. Tendría que ser un verdadero imbécil para encontrar en aquello algún tipo de molestia.

Kathy se preguntó sonriendo por qué estaban discutiendo de esa forma.

—Lo siento, yo sólo… —se encogió de hombros.

—Yo también. Habitualmente no estoy de este humor por las mañanas, pero no he dormido mucho esta noche.

—Por eso exactamente te estaba pidiendo disculpas.

—¡Kathy! —exclamó, riendo—. De acuerdo, acepto tus disculpas.

—Ya era hora —repuso ella riendo, mientras se servía otra taza de café—. ¿A dónde vas esta mañana? —le preguntó.

—Al aeropuerto. Tengo que volar a Portland. Un vuelo chárter.

«Por supuesto», pensó Kathy al darse cuenta de que la ropa de color azul marino que llevaba era un uniforme. Aturdida, lo observó mientras se ponía la chaqueta, y se preguntó qué se sentiría al ser la mujer de un piloto. «Terror y angustia cada vez que tuviera que salir al aeropuerto», se contestó. Ninguna mujer podría vivir con eso; al menos, ella no. Sintió un doloroso nudo en la garganta.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Thomas mientras tomaba su gorra de capitán.

—Oh, no sé, iré donde me apetezca, supongo. Donde me lleve mi humor…

—Asegúrate de que te lleve de vuelta aquí —Thomas vaciló por un momento, y luego cuadró los hombros—. Kathy, tengo algún tiempo libre. ¿Por qué no vas a buscarme al aeropuerto a eso del mediodía y así ves mi avión, y quizá montas incluso en él?

Capítulo Cuatro

Kathy lo miró fijamente con el corazón acelerado. No podía creer que Thomas diera tan poca importancia a sus miedos como para despreciarlos de esa forma. No podía creer lo mucho que aquello le dolía.

—Así de sencillo, sin más. Salto a tu avión y adelante, ¿verdad?

Thomas se estremeció. Había pensado que el riesgo merecía la pena, pero ahora ya no estaba tan seguro.

—No —replicó—. Yo te ayudaré, Kathy.

—Tú no puedes ayudarme —levantó la barbilla, desafiante—. Además, yo no te he pedido ayuda alguna. Mis problemas no te conciernen. ¿Así que por qué te tomas la confianza de meterte en mis asuntos personales…?

—Dios santo, Kathy, te despertaste chillando y llorando en la madrugada; no tenías necesidad de pedirme que te ayudase. Te abracé y te consolé, y por eso me concierne lo que te pase, me importa mucho, ¡maldita sea! —Después de tranquilizarse un poco, añadió—: Y realmente puedo ayudarte.

—Seguro que sí —repuso Kathy; a pesar de su calma exterior, se sentía desgarrada por dentro—. ¿Simplemente agitarás tu varita mágica y todos mis miedos desaparecerán, Thomas? Porque, por supuesto, sólo se trata de unos pequeños y estúpidos miedos.

—No, ni son pequeños ni estúpidos.

—Eso es lo que tú crees.

—¡Maldita sea, Kathy! —Exclamó furioso al detectar la frialdad de su voz—. No era mi intención que lo interpretaras así. Sólo quería decir…

—Sé lo que querías decir. Ya lo he oído muchas veces —comentó con amargura

—. Oh, vamos, Kathy, no hay nada que temer… —se burló—… ¡la posibilidad de sufrir otro accidente es de una entre un millón!

—Hay algo de verdad en eso —replicó Thomas—. Volar es mucho más seguro que conducir. Se producen quinientas veces más accidentes mortales de coche que de avión. Comparando un promedio de noventa accidentes de avión al año con cien por día en las carreteras nacionales…

—Otra vez con las estadísticas, ¡como si eso supusiera alguna diferencia para mí! —Kathy apuró de golpe su taza de café—. ¿Sinceramente crees que puedo superar lo que meses de terapia intensiva no han podido?

—¿Te has sometido a alguna terapia?

—Sí. Horas y horas de terapia, pero no funcionó. Cada vez que intento volar, siento verdadero pánico —lo fulminó con la mirada —. ¿Sabes lo que es el pánico, Thomas? Es una intensísima y abrumadora sensación de inminente peligro —a cada momento aumentaba su dolor, y su tono de voz era desesperado—. ¡Y yo tengo todo el derecho a sentirme así!

—Lo sé, Kathy —Thomas levantó las manos en actitud de súplica—. Sólo escúchame, déjame que te diga por qué…

—¡No, escúchame tú! —exclamó, irguiéndose—. Tus preciosas estadísticas también demuestran que hay al menos veinticinco millones de personas que tienen miedo de volar, así que no estoy sola. Pero en mi caso, mi miedo está basado en un hecho real, el accidente que sufrió mi hermana. Que sufrí yo, Thomas. No en ningún periódico del día o en el telediario de la noche. No puedes imaginarlo… —añadió con voz estrangulada por la emoción—. ¡No puedes imaginar lo que significa asistir impotente a la muerte de un ser amado, y ver cómo arde hasta morir! Así que puedes guardarte tus estadísticas y tus consejos… ¡y dejarme sola!

Giró sobre sus talones y salió corriendo de la cocina para subir a su habitación.

Oyó cómo Thomas la llamaba por su nombre con tal tono de urgencia que se habría detenido de no haber estado a punto de llorar. Pero ya había terminado con él, pensó furiosa.

—¡Oh, Kathy, eres una completa idiota! ¿Cómo puedes haber terminado con él, cuando ni siquiera has empezado? —gruñó.

Ahogando una risa histérica, se sentó en la mecedora y empezó a llorar; parecía como si le resultase más fácil en aquellos días. Durante meses después del accidente, había retenido las lágrimas en un doloroso nudo en la garganta, hasta que creyó que se había tragado un nudo de hielo. Entonces se había sentido helada, vacía, sin alegría. Pero ahora…

—Bueno, al menos ahora no me siento helada —murmuró irónica: incluso la piel le ardía.

Tranquilizada por el rítmico movimiento de la mecedora, pudo pensar con mayor claridad. ¿Pensaría Thomas que ella disfrutaba sintiendo ese miedo?, se preguntó desconsolada. Porque además de tratarse de un comportamiento cobarde, era una enorme inconveniencia. El trabajo de Kathy la obligaba a menudo a hacer largos viajes, y el avión era el medio de transporte más razonablemente eficaz.

El problema radicaba en que ella no se mostraba razonable con respecto a volar en avión. La terapia le había dado una clara comprensión de su problema y una gran dosis de paciencia para consigo misma. Pero incluso así, no era fácil vivir con aquellas auto impuestas limitaciones. De repente, un suave golpe a la puerta la hizo tensarse.

—¿Kathy? —la llamó Thomas.

—¿Sí? —instantáneamente se vio envuelta de nuevo en un tempestuoso remolino de emociones.

—Me gustaría terminar lo que te estaba diciendo. Por favor, ¿puedes abrir la puerta?

Kathy se levantó de la mecedora, cruzó la habitación y abrió la puerta con expresión desconfiada. Cuando Thomas entró, ella volvió a sentarse y entrelazó las manos en el regazo.

—No me lo pones fácil —comentó él. No le gustaba el silencioso mensaje que le estaban transmitiendo sus ojos—. Kathy, la razón por la que «me he tomado la confianza de meterme en tus asuntos personales» es que tus problemas me afectan.

Creo que tú estás aquí por una razón.

—Oh, vamos, Thomas…

—Por favor, ¿quieres escucharme? —Le pidió, al tiempo que se pasaba una mano por el cabello—. Siento que tu decisión de venir a las islas, a mi casa, no es una coincidencia. Una coincidencia es algo accidental, pura casualidad, y yo no creo en nada de eso. Yo creo en la sincronización, en un orden natural de las cosas —suspiró

—. Y para mí, nada puede ser más natural que el hecho de que hayas entrado en mi vida en este momento. Porque puedo ayudarte, Kathy. Estoy convencido de ello.

—Oh, Thomas —exclamó la joven, levantando la mirada hacia él —. Sé que lo estás, y sé que eres sincero. Pero yo me conozco a mí misma. Mi propósito al venir a estas islas es exactamente el que te

conté, ni más ni menos. Eso es todo —esbozó una leve sonrisa—. De todas formas, aprecio tu interés, y te doy las gracias.

—Ya sabes que eres bienvenida aquí —Thomas volvió a pasarse una mano por el pelo, suspiró y miró su reloj—. Tengo que marcharme ahora, pero estaré en casa a eso de las cinco y media. Seguiremos entonces con esta conversación.

—No tengo por qué seguir hablando de esto contigo —repuso tensa. Luego se levantó y abrió la puerta de par en par, en evidente invitación a que saliera del cuarto.

—Yo creo que los dos debemos hacerlo —se dirigió hacia la salida—. Te veré sobre las cinco y media.

—Todavía no sé qué planes voy a hacer para la tarde, pero probablemente la pasaré con Patsy. Adiós, Thomas —y cerró la puerta detrás de él.

Frustrado, Thomas apretó los labios; le dolía su rechazo. Le dolía mucho más de lo que debería. «Dios mío, estoy encaprichado de esa mujer», pensó cerrando los ojos.

Parecía un adolescente enamoradizo, a su edad…

—Bueno, si estás aquí, bien, si no… —dijo a través de la puerta.

Como ella no contestó, Thomas se volvió y bajó los escalones de dos en dos.

Para cuando Kathy llegó a casa de Patsy, estaba de un pésimo humor. Cada vez que recordaba la escena que había tenido con Thomas, se sentía como si hubiera fracasado en una importante prueba. La idea de que había estado destinada a ir a las islas, con él, le parecía poco seria, pero Thomas la había expresado muy seriamente.

Cada vez más impaciente consigo misma, se olvidó de él y se concentró en la tarea que tenía entre manos, que consistía en arreglar la sala de exposición de la tienda de Patsy para que las cerámicas tuvieran una imagen más atractiva. Se echó a reír al oír la maldición que soltó Patsy, al pillarse los dedos con una tabla de madera.

—Maldita cosa —gruñó, frunciendo el ceño.

—Patsy, déjame eso a mí. Vamos a organizar bien todo esto —dijo Kathy.

«¡Ojala Thomas no vuele hoy!», exclamó para sí. Disgustada por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos, concentró su

atención en las cerámicas de su amiga, cambiando cada pieza de lugar hasta que quedó satisfecha con el resultado final.

Patsy no tardó en retirarse a la cocina para preparar una ensalada de marisco.

Kathy comió sin apetito; se preguntaba si estaría en casa esa tarde, cuando volviera Thomas. «No es tu casa», se recordó con severidad. «Y tampoco es tu hombre».

Se acordó de que la había llamado «cariño»; era curioso que un tópico semejante la hubiera conmovido tanto. Y ella le había hecho daño; de eso estaba segura, pero no había sido ésa su intención.

Después de dejar los platos en el fregadero, Kathy se quedó por un momento mirando por la ventana; la niebla se cernía sobre las cumbres de las colinas, refugiándose en los valles. No pudo evitar preguntarse si sería peligroso volar con ese tiempo, y sintió un escalofrío. Frunció el ceño; se estaba preocupando por un hombre al que apenas conocía.

—¿Thomas siempre vuela cuando hace este tiempo? —le preguntó a Patsy con aire indiferente.

—Sí. Le encantan los desafíos.

—¡Oh, Dios mío! Así que es un temerario…

—Hey, vamos —Patsy la miró con ternura—, cariño, anímate. Thomas no es nada temerario, sino un excelente piloto. Y también muy responsable. De verdad, Kathy.

—No quería afirmar que era un temerario, simplemente… me lo preguntaba.

—Te tiene preocupada, ¿verdad? —Le dijo suavemente Patsy—. Me refiero a que sea piloto.

—Bueno, no es algo con lo que me sienta muy cómoda —respondió ella—. Pero difícilmente puede preocuparme, Patsy. No voy a quedarme aquí el tiempo suficiente para que me preocupe seriamente por Thomas o por cualquier otro hombre…

—Kathy, él es el hombre adecuado para ti; puedo intuirlo —afirmó muy seria.

—¡Ambas sabemos lo infalibles que son tus intuiciones! —Exclamó la joven para después dirigirse a la sala de exposición, que estaba toda revuelta—. Bueno, dame esas piezas pequeñas, a ver si arreglamos esto.

A regañadientes, Patsy la obedeció. Las dos mujeres continuaron

trabajando hasta que Kathy quedó satisfecha con el aspecto de la sala. Luego sacó una fotografía de cada pieza, prometiéndole a su amiga que le entregaría copias.

—¡Estupendo! Enviaré algunas a la tienda de mi amiga, en Friday Harbor. Hey, esta noche podríamos cenar todos juntos, con Ken y Thomas —le sugirió Patsy—.

¡Nos lo pasaremos muy bien!

—Sí —Kathy fingió divertirse con la idea—. Pero… ¿qué te hace pensar que quiero cenar con Thomas?

—¿De verdad no te gusta?

—Bueno, claro que me gusta, es una persona agradable. De acuerdo, de acuerdo, muy agradable —concedió—. Pero yo, bueno, creo que sería mejor que no lo tratara mucho…

—Yo no diría que es «mejor». En todo caso es más seguro —se burló Patsy.

—O prudente.

—¿Prudente? Oh, por el amor de Dios, Kathy, el hecho de que hayas tenido un mal matrimonio no tiene por qué convertirte en una mártir. Mírame, yo he pasado por dos, y sinceramente no me preocupa la prudencia.

—Bueno, quizá yo no me tome las cosas tan a la ligera como tú, Patsy.

—Bueno, pues quizá deberías hacerlo —replicó ella.

—De acuerdo, quizá sí, pero… —Kathy se echó a reír y sacudió la cabeza—. No estoy hecha para eso. De todas formas, esta discusión es puramente teórica. Thomas y yo hemos tenido una discusión esta mañana, así que dudo que quiera salir conmigo a cenar.

—Seguro que querrá.

—¿No has oído lo que he dicho? —le preguntó la joven, exasperada.

—Claro que sí. Pero Thomas no es rencoroso. Además, le gustan las buenas discusiones.

—¿Sí? Pues a mí no —replicó Kathy—. Además, tiene la extraña idea de que me enviada aquí por el destino, así como suena. Porque él puede ayudarme a resolver mis problemas —añadió, fingiendo una actitud divertida.

—Quizá pueda. Nuestro Thomas es tan sagaz como sexy.

—Bueno, lo de sexy no puedo discutirlo. ¿Sabes? Quizá ya ha hecho planes para esta noche.

—Dile que los cambie —repuso Patsy con tono razonable.

Consciente de la inconsistencia de sus propios argumentos, Kathy replicó con tono cortante:

—Dudo que Thomas Logan reciba órdenes de nadie.

Patsy simplemente adoptó una expresión desconfiada. Mordiéndose el labio, Kathy se dio cuenta de que estaba perdiendo aquella discusión. Sin darse cuenta, sonrió al pensar que Thomas se había mostrado tan amable con ella, que podría considerar su invitación a cenar fuera como un sencillo detalle de agradecimiento.

—De acuerdo, se lo pediré —suspiró—. Supongo que será mejor que hacer de carabina con Ken y contigo otra vez.

Patsy le lanzó una mirada sesgada, pero se mordió la lengua. Convinieron en verse en el club de Ken a las siete, con o sin Thomas.

—Será divertido —se aventuró a comentar Patsy.

—¡Ya lo creo! —riendo, Kathy dio un fuerte abrazo a su amiga antes de dirigirse apresurada hacia su coche.

Era tal la distracción de Kathy mientras conducía, que fue un milagro que no equivocara el camino de vuelta a la casa de Thomas. El ama de llaves estaba a punto de marcharse cuando ella llegó; era una mujer alta y corpulenta, de cabello rizado y ojos negros de mirada penetrante que parecían leerle el alma.

—Así que tú eres Kathy —dijo—. Yo soy Maddie Wills. He oído hablar de ti…

realmente eres muy guapa.

Kathy se preguntó quién le habría contado eso sobre ella, y qué más le habrían dicho. ¿Habría sido Thomas? Ese pensamiento la hizo estremecerse de emoción.

—Te gusta ese chico mío, ¿no? —le preguntó Maddie.

—¿Se refiere a Thomas? —inquirió Kathy, confundida.

—Sólo tengo un chico. Lo conozco desde que era un niño, cuando venía aquí con sus abuelos. Era el niño con más mal genio que he visto en mi vida —explicó, y un brillo asomó a sus ojos negros—. Aunque se ha convertido en una bellísima persona, ¿no te parece?

—Sí. Bueno, me alegro de haberla conocido al fin, Maddie —dijo

Kathy con tono ligero—. Si me disculpa, tengo que vestirme para la cena.

Cuando entró en la casa, esbozó una sonrisa al recordar lo que había dicho Maddie de Thomas cuando era un niño. Vio flores frescas en el aparador, y supuso que las habría colocado allí el ama de llaves, quizá siguiendo órdenes de Thomas…

sentándose en la cama para quitarse las zapatillas, se puso a rememorar lo sucedido la pasada noche, y la invadió una deliciosa sensación de calidez. Distraída con esos pensamientos, se puso la bata y fue al cuarto de baño.

Media hora más tarde, ya en su dormitorio, se puso una falda de lino y una blusa blanca, sin mangas, con un cinturón azul lavanda. Cuando se miró en el espejo, las dudas la asaltaron de nuevo, y volvió a hacerse las preguntas que antes había desechado. ¿Y si Thomas no quería salir a cenar con ella? ¿Y si realmente tenía otros planes?

—¡Oh, por el amor de Dios, Kathy! —Exclamó para darse ánimos—. No es algo tan grave.

Si Thomas no quería salir con ella, iría sola sin problemas; su rechazo no la mataría. ¿Pero y si Thomas volvía a la casa con la idea de hacer lo que le había prometido que haría: hablar con ella? No se sentía con ánimo para hablar, y menos de eso. Miró su reloj; eran las seis y media. De nuevo sintió otro estremecimiento de ansiedad. ¿Dónde estaría Thomas? ¿Sería puntual o se retrasaría? ¿Se habría cancelado su vuelo debido al tiempo? ¿Habría tenido un vuelo sin problemas? La última pregunta le provocó un escalofrío, y se esforzó por no pensar en ello.

De repente, cuando oyó acercarse su todo terreno suspiró aliviada. Intentando dominar el acelerado latido de su corazón, salió y bajó las escaleras. Al llegar abajo, lo vio entrando por la puerta trasera, y se encontraron en el comedor.

—Te has puesto muy elegante —comentó Thomas, admirado de su apariencia

—. ¿Vas a salir?

—Sí.

—¿A dónde?

—Voy a sacarte a cenar.

Su tono era ligero y sus maneras reflejaban una gran confianza,

pero la expresión vacilante que él podía ver en sus ojos la traicionó. El propio Thomas estaba asombrado de la confusa mezcla de sentimientos que agitaba su cuerpo.

—¿A dónde me vas a llevar? —preguntó, sonriendo estúpidamente.

—Primero al restaurante de Ken, donde nos encontraremos con Patsy, y luego iremos a un lugar que conoce ella, donde sirven un salmón estupendo. Tienes veinte minutos para ducharte y vestirte —dijo con decisión.

Thomas quedó encantado con la firme mirada de advertencia que ella le dirigió.

Repentinamente, se inclinó para darle un leve e impulsivo beso en los labios.

—Gracias —repuso ella, aspirando profundamente; luego, apartándose de él, señaló su reloj indicándole que tenían prisa.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías? —riendo, Thomas se encaminó hacia su habitación. Se sentía maravillosamente feliz, y todo a causa de ella.

Se preguntó por qué aquella mujer le cautivaba y conmovía tanto. Pero más tarde intentaría encontrar una respuesta; tenía que darse prisa. Mientras se estaba duchando, pensó en la discusión que había mantenido con Kathy esa mañana. Había llegado a la conclusión de que había cometido un error al enfrentarse con ella de esa manera. Kathy había malinterpretado su actitud, pensando que él había querido burlarse de sus terrores.

Thomas amaba tanto volar que le había resultado difícil concebir que algunas personas sintieran miedo de hacerlo; por eso había intentado sofocar sus protestas a base de razonamientos y estadísticas, y había vuelto a cometer otro error. Mientras se secaba, se dijo que más tarde se explicaría con ella, quizá incluso le pediría disculpas.

Pero en aquel momento tenía una velada entera por delante, en su compañía. ¿Y

quién sabía cómo podría terminar?

En su habitación, decidió ponerse una camisa blanca, unos pantalones grises y una chaqueta ligera de color azul pálido. Primero se puso una corbata, pero después cambió de opinión y se la quitó. Delante del espejo se echó a reír; ¡se estaba comportando

como un adolescente en su primera cita! No, peor que eso. Nunca había sido tan quisquilloso con su ropa, pero el caso era que quería agradar a Kathy.

Le habían gustado muchas mujeres en su vida, y había querido agradarlas, pero Kathy era la única importante. ¿Por qué? ¿Acaso estaba enamorado? Se contestó que aquello era un absurdo; nadie se enamoraba tan rápido. Pero por otro lado tenía la sensación de conocerla desde hacía años, muchos años. «Cálmate, Logan», se amonestó. Nunca había creído en el amor a primera vista, a pesar de las sensaciones que había experimentado cuando vio a Kathy por primera vez. Pero creía en el amor verdadero. ¿Con sus padres y abuelos como ejemplos, cómo podía no creer? Sin embargo, a la edad de treinta y cinco años, dudaba seriamente que eso pudiera sucederle a él. Y, de hecho, no le había sucedido. Se trataba simplemente de un caso de puro deseo, mezclado con un intenso apasionamiento.

—Puede que sea doloroso, pero no te matará —se aseguró a sí mismo con tono reflexivo.

Luego bajó al comedor, donde lo esperaba Kathy hojeando una revista.

—¿Lista? —le preguntó, tendiéndole la mano.

—Lista —repuso sonriendo encantada al fijarse en su apariencia, y un brillo travieso apareció en sus ojos cuando aceptó su mano—. Estás fantástico, Thomas.

—Gracias —sonrió, halagado—. Tú también estás fantástica—. ¿Amigos, Kathy? —le preguntó con tono suave, expectante.

—Amigos, Thomas —respondió ella con un dulce sentimiento de alivio; luego se puso un chal de lana y salieron de la casa.

Caballerosamente, Thomas le abrió la puerta del otro coche que guardaba en el garaje, un deportivo, y se sentó al volante. Durante el corto trayecto, la conversación giró en torno a temas intrascendentes. Thomas tenía un millón de preguntas que hacerle, pero se contuvo. Kathy había bajado la guardia, y él estaba decidido a no darle motivos de que se arrepintiera. El club de Ken ya estaba lleno cuando llegaron.

—Dios mío, cuánta gente —comentó Kathy cuando se reunieron con sus amigos.

—Turistas. ¡Que Dios los bendiga! —exclamó Patsy, y luego se

dirigió a Thomas, sonriendo—. Estás muy guapo.

Thomas se echó a reír y la besó en las mejillas. Kathy no pudo evitar sentir cierta envidia, e incluso algunos celos mientras los veía saludarse con la intimidad de dos viejos amigos. Una camarera les sirvió un exquisito vino blanco de la bodega de Ken.

—Es delicioso —comentó Kathy mirando a la camarera, después de probarlo.

Empezó la música. Kathy intentaba mirar a la orquesta, pero una u otra vez su mirada volvía a Thomas. La súbita visión de su cuerpo desnudo, con su brillante piel bronceada, asaltó su imaginación provocándole un estremecimiento de placer.

—¿Más vino? —le preguntó Ken.

—Por favor —respondió ella, sonriendo. El vino la ayudaba a templar la inquietud que le atenazaba la garganta.

Patsy dirigió con soltura la conversación, pero Kathy estaba demasiado distraída. Cuando la orquesta ejecutaba una balada, Thomas le tomó una mano con naturalidad. En ese instante se le aceleró tanto el pulso que se quedó desconcertada y, delicadamente, tuvo que retirar la mano. Para cuando terminaron sus bebidas se sentía como embriagada, pero no era a causa del vino. Thomas era tan atractivo, tan sexy… y Kathy no era indiferente a las femeninas miradas de admiración que suscitaba.

En cierto momento Thomas buscó su mirada y le hizo un guiño; ella se sintió como si un fino dardo de plata le hubiera atravesado el corazón. Ya había oscurecido cuando abandonaron el club y se dirigieron al restaurante. Normalmente, en verano hasta las diez no anochecía, pero en el cielo podían verse unas nubes negras que presagiaban tormenta.

La cena fue tan deliciosa como les había dicho Patsy. Dado que se le había abierto el apetito, Kathy dio buena cuenta de su plato de salmón, mientras que varias veces Thomas vio interrumpida su cena por gente que se acercaba a saludarlo, estrechándole la mano o besándolo en las mejillas. Al final se vio obsequiado por tantas mujeres que Kathy no pudo menos que sentir algo parecido a los celos, pero sobreponiéndose a esa emoción, tomó nota mental de asegurar sus propias defensas.

Ya había comenzado a llover y el viento soplaba con fuerza cuando salieron del restaurante. Kathy estaba inquieta y callada; el

largo día que había tenido estaba empezando a pesarle. Ya dentro del deportivo, se apoyó cansada en el respaldo de su asiento. Thomas estaba concentrado en la carretera y el silencio que mantenían se estaba cargando de tensión. De repente, los dos dijeron al unísono:

—Thomas, yo…

—Kathy, yo…

Se echaron a reír. Divertido, Thomas la invitó a hablar primero.

—Sólo quería darte las gracias por esta velada tan agradable —explicó ella, sonriendo.

—El placer también es mío.

Volvieron a quedarse en silencio. Suspirando, Kathy entrelazó las manos y se puso a mirar por la ventana. Cada vez llovía menos, y amainó del todo para cuando entraron en el sendero de grava que llevaba a la casa.

—Kathy, acerca de lo de esta mañana…

—Oh, Thomas, por favor, no volvamos a eso.

—Oh, Kathy, volvamos, por favor.

—¿Es que no comprendes el significado de la palabra «no»? —le preguntó con tono irónico, mirándolo divertida.

—Depende de la ocasión —repuso con expresión grave—. Siento haberte hecho enfadar. No era esa mi intención… Dios sabe que ya has tenido bastantes problemas en tu vida como para que yo añada uno más —dijo con brusquedad—. Pensé que podría ayudarte, y estaba tan convencido de ello que me porté como un estúpido sin sentimientos.

—Yo también siento haberme comportado como lo hice —suspiró Kathy—. Me sentía dolida y furiosa y, desgraciadamente, fue así como reaccioné.

—Detesto haber sido la causa y no quiero volver a molestarte otra vez. Pero, de verdad, siento que puedo ayudarte a superar tu miedo a volar. Kathy, ven al aeropuerto conmigo…

—¡Oh, maldita sea, Thomas! No puedo, ¿vale? Te juro que no puedo, así que renuncia ya —le tocó una mano—. ¿Lo harás?

—No soy el tipo de hombre que renuncia fácilmente, Kathy —repuso él.

Un instante después frenó bruscamente; el viejo manzano de su jardín se había caído, y sus ramas obstaculizaban el paso por el

sendero. Lentamente dieron un rodeo y se dirigieron al garaje.

—Qué desastre —exclamó Kathy mientras Thomas aparcaba el coche con expresión preocupada.

Temblando bajo el frío de la noche, lo precedió al entrar en la casa. Thomas fue directamente a su contestador automático, y ella se dirigió por el pasillo al cuarto de baño. No pudo comprender lo que decían las voces grabadas, pero sí las reconoció.

Una de ellas era femenina. Antes de salir, esperó a que los mensajes terminaran.

Thomas se encontraba en la cocina después de haberse cambiado de ropa. Se estaba poniendo un impermeable.

—¿Por qué no te tomas una taza de hierbas antes de acostarte? —Le sugirió mientras se subía la cremallera—. La tila te ayudará a relajarte —y abrió la puerta.

—¿Vas a salir? —le preguntó Kathy, incrédula. Soplaba un fuerte viento que hacía temblar los cristales de las ventanas.

—Sí, necesito hacer una cosa —le dio un leve beso en la mejilla —. Buenas noches, Kathy, que duermas bien.

Y desapareció en la húmeda y negra noche.

Capítulo Cinco

Por un momento Kathy se quedó allí, quieta, impresionada por su marcha repentina, pero luego la asaltó la curiosidad. ¿Qué tipo de misión podía haberlo obligado a salir en una noche como aquélla? Recordando la voz femenina que había oído en el mensaje grabado en el contestador telefónico, se puso a pasear nerviosa por la cocina; luego se preparó un té y subió a su habitación.

Vestida con una bata, se sentó en la mecedora mientras sus sentidos lentamente se iban poniendo en sintonía con aquella noche de tormenta. Se sentía excitada, invadida por una profunda necesidad que buscaba refugio en los recuerdos.

Recordó que a Karin también le habían gustado las tormentas; la habían excitado de la misma forma, haciéndola sentirse viva hasta que parecía brillar con aquella energía… pero Karin nunca volvería a revelarse en la belleza de una tormenta.

La desolación hizo presa en Kathy. A una temprana edad, había asumido el papel protector de hermana mayor. «Mayor por sólo diez minutos», reflexionó, sonriendo. Incluso en vida de sus padres, Kathy siempre había protegido a Karin. Y

después, cuando perdieron a su familia, fue Kathy quien se hizo cargo de todo, quien la cuidó con todo su cariño. «Pero no la cuidé muy bien. Ella se ha ido y yo sigo aquí», pensó con una punzada de dolor. Invadida por la culpa, lloró.

En el piso de abajo, el reloj dio la medianoche. Enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano, impulsivamente pensó en Thomas. Al recordar sus palabras pronunciadas en tono muy serio, cuando le hablaba de superar su miedo a volar, se avergonzó.

—Lo intenté, de verdad que lo intenté —musitó con tono suplicante.

Pero al parecer no lo intentó lo suficiente en opinión de Thomas, añadió en silencio sintiéndose repentinamente furiosa. La pregunta que hasta ese momento había permanecido latente afloró a la superficie. ¿Dónde se encontraba Thomas en ese momento? ¿Estaría con otra mujer? «No es asunto tuyo», se recriminó. Sin embargo, por otro lado, creía tener derecho a saberlo.

No sabía por qué se preocupaba tanto por Thomas. Sólo había

tenido una relación seria, su matrimonio fracasado, y ahora esa experiencia no le servía de nada.

Había creído estar enamorada, e incluso lloró cuando sucedió la ruptura; pero aquellos sentimientos le resultaban lejanos y superficiales en ese momento. En cambio, la creciente intensidad de sus sentimientos por Thomas era un continuo trastorno para su sistema nervioso.

«¡Pero si ni siquiera hace una semana que lo conozco!», pensó con renovada furia. Le parecía ofensivo que él pudiera haberla afectado tanto y en tan poco tiempo.

Fatigada, se metió en la cama sólo para conciliar un sueño ligero. En lo más profundo de su corazón, sabía que estaba esperando a que Thomas volviera a casa.

Cuando Kathy oyó llegar a Thomas, el dial fluorescente del reloj de su mesilla marcaba la una de la madrugada. Poco después pudo oír el ruido de la puerta trasera al abrirse y cerrarse. Se tensó, atenta a cualquier sonido del piso de abajo. ¿Se habría ido a la cama?

Entonces lo oyó en la cocina. Negándose a cuestionarse su decisión, Kathy encendió la luz, saltó de la cama y se puso la bata. Nada más salir al pasillo en penumbra, se apresuró a bajar las escaleras antes de que pudiera arrepentirse. Se prometió a sí misma que no le preguntaría dónde había estado; no lo haría bajo ningún concepto.

Conteniendo el aliento, se detuvo en la puerta. Con el pelo mojado y despeinado, Thomas se encontraba de pie, apoyado en el mostrador mientras bebía un vaso de leche. Al verla, arqueó las cejas.

—Tengo hambre —explicó Kathy, para justificar su presencia allí—. Me prepararé unas tostadas. Esto es, si no te importa.

—Por supuesto que no.

Thomas le quemaba la piel con la mirada. Intensamente consciente de la electricidad que le generaba su cercanía, Kathy metió el pan en la tostadora y sacó la mermelada de manzana de Maddie.

—Parece que la tormenta ha pasado —comentó para romper el incómodo silencio.

—¿Sí?

Con aquella simple palabra la pregunta parecía dotarse de otro sentido, pero Kathy la dejó pasar. Cuando volvió a mirarlo, descubrió que sus ojos azules estaban fijos en sus pies desnudos. En su apresuramiento al bajar las escaleras, se había olvidado de calzarse.

Mientras untaba las tostadas de mantequilla, Kathy podía sentir su mirada pendiente de cada uno de sus movimientos. Plenamente consciente de su sensualidad, mordió el pan y le lanzó la pregunta que tanto deseaba hacerle:

—¿Dónde has estado?

De inmediato se quedó consternada por su propio atrevimiento. Thomas se sonrió.

—¿Por qué? ¿Es que estabas preocupada por mí?

—Un poco, sí. Hace una noche muy mala.

—Sí —advirtiendo su rubor, añadió con tono suave—: Fui al aeropuerto para revisar los daños que ha hecho el viento. Afortunadamente, no fueron muchos.

—Oh, no había pensado en eso —exclamó aliviada, y luego se apresuró a añadir

—: Gracias a Dios que todo está bien. Realmente estaba preocupada por ti, Thomas.

Yo… yo me alegro tanto de que estés bien…

Lo decía con un tono tan dulce y serio a la vez… Thomas exhaló un suspiro que casi fue un gemido. Cada nervio y fibra de su cuerpo se tensaron cuando la miró fijamente. Kathy era la misma seducción personificada, con aquel glorioso cabello dorado cayéndole sobre los hombros. Sus pies desnudos con las uñas pintadas eran tan inocentes y sensuales, que tenía la sensación de que podría volverse loco si no se los besaba. El propio Thomas estaba asombrado de la intensidad de su deseo.

Aquella noche había meditado mucho, para llegar a la conclusión de que no debía apresurar las cosas con Kathy. A pesar de su mutua atracción, era evidente que ella estaba intentando guardar las distancias y él respetaba esa decisión tanto como sus razones. Pero el fuego que ardía en su corazón y en su cuerpo estaba dando al traste con esa resolución.

Kathy leyó su intención en su mirada, pero no hizo ningún movimiento para escapar; su propio cuerpo temblaba de deseo. Y a

pesar de que luchaba contra esa sensación, no podía evitar deleitarse en ella.

—Thomas, no —dijo mientras él se le acercaba. Incluso a ella misma esa negativa le sonó poco convencida.

Quedó cautivada por la velada mirada de sus ojos azules. En algún rincón de su mente se sumió en la desesperación, sabiendo que no estaba preparada para aquello; el resto se dejaba llevar por su masculina demanda.

—¿Estás segura de que quieres que me detenga, Kathy? —le preguntó Thomas con voz ronca, mientras le desataba el cordón de la bata y se la abría.

Estaba tan cerca de ella que le acariciaba los labios con su aliento. Su voz, que parecía proceder de lo más profundo de su pecho, era pura persuasión. Kathy cerró los ojos para abrirlos luego, de inmediato.

—No lo sé, Thomas —respondió, mirándolo a los ojos otra vez —.

Verdaderamente no lo sé.

Thomas deslizó una mano por la tersa y cálida piel de su mejilla. A través del fino camisón que llevaba Kathy podían distinguirse los pezones endurecidos tensándose contra la tela, y tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse y no arrancarle la prenda. «¡Por el amor de Dios, Logan!», se recriminó. Pero esa amonestación no sirvió, porque fue Kathy quien se acercó a él; la pasión lo dominó, tensando su cuerpo, excitándolo hasta un nivel insoportable.

Cuando Kathy levantó el rostro hacia él en un tierno gesto de rendición, Thomas se quedó inmóvil, con su cuerpo y su mente enfrentados en un terrible conflicto. El deseo de hacerle el amor era enloquecedoramente intenso, pero por otro lado sentía una necesidad demasiado física. Y había una diferencia fundamental entre ambas sensaciones, que no quería se confundieran.

—Creo que deberías saber si quieres o no quieres que me detenga. Después de todo, somos adultos —dijo con total naturalidad, retirando la mano de su mejilla—.

Te deseo mucho. Y también quiero que el sentimiento sea recíproco. Bueno, ha sido un día largo, así que… buenas noches —y bruscamente salió de la cocina.

Kathy se quedó inmóvil, sumida en un mar de confusión.

Finalmente, un pensamiento se impuso sobre los otros haciendo que una leve sonrisa asomara a sus labios; sabía lo mucho que Thomas la deseaba. Y también sabía que él pensaba que podría haberla tomado allí mismo. Y, a pesar de eso, había terminado por alejarse de ella.

Más tarde, mientras yacía en la cama presa de una dolorosa necesidad insatisfecha, Kathy se dio cuenta de que se sentía asombrosamente bien. Había confiado en Thomas lo suficiente como para no cerrar la puerta con llave. Y ahora, ese brote de confianza florecía en todo su esplendor.

El sonido de una sierra despertó a Kathy a la mañana siguiente, y supuso que Thomas había empezado a cortar el manzano derribado por la tormenta, para despejar el camino que había bloqueado. Incrédula, miró el reloj; ¡eran más de las nueve! Mientras se desperezaba, recordó lo sucedido aquella madrugada. Habría sido tan fácil amar a Thomas… «Hacer el amor con él», se corrigió. Porque amarlo sería sencillamente desastroso.

Después de ponerse la bata, fue al cuarto de baño; una ducha con agua caliente y fría alternativamente terminó de despertarla. Ya vestida con sus vaqueros favoritos y un suéter rojo, bajó las escaleras. En la cocina encontró café recién hecho y se preparó unas tostadas antes de salir al porche. Thomas y otros tres hombres estaban haciendo leña del árbol caído, haciendo mucho ruido con las sierras.

La mirada de Kathy no pudo evitar sentirse atraída por los músculos de la espalda de Thomas, el único de ellos que trabajaba sin camisa. Se mordió el labio al recordar la punzada de celos que la había asaltado la noche anterior. «Fue algo más que una punzada», reconoció con un estremecimiento. Sería tan duro enamorarse de aquel hombre para luego perderlo…

Irguiéndose, Thomas se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo rojo.

Cuando su mirada se encontró con la de ella, Kathy levantó su taza de café a manera de saludo.

—Hola.

—Buenos días —Kathy mordió su tostada, con la vista fija en su fuerte pecho, húmedo por el sudor; pensó que tenía un aspecto maravilloso—. ¿No se suponía que ibas a tener huéspedes este fin

de semana?

—Cancelaron sus reservas debido a la tormenta. No me extraña. No creo que hubieran disfrutado mucho con esto —comentó sonriente, indicando con la mirada su sierra mecánica—. Y sé que tú tampoco…

—Es culpa de la tormenta, no tuya —se apresuró a decir Kathy y volvió a admirar su torso desnudo, advirtiendo que tenía un vello oscuro y rizado; no pudo evitar humedecerse los labios con la lengua—. ¿Vas a volar hoy? —le preguntó con tono ligero.

—No. Mañana.

—¿Tienes un piloto de reserva o algo parecido, para hacer el trabajo cuando te parezca? —Inquirió Kathy—. Bueno, claro que debes de tenerlo —ruborizada, se contestó a su propia pregunta—. Quiero decir que… no puedes cerrar la línea aérea cuando te apetezca cortar árboles!

—No, eso no se puede hacer —convino Thomas, de buen humor —. Puedo conseguir un poco de tiempo libre después de comer, si vas a salir a dar un paseo por los alrededores.

—No sé; todavía no me he hecho un plan para el día —respondió ella, algo tensa. Al ver que Thomas desviaba la mirada, se preguntó si pensaría que era una cobarde—. Ahora mismo había pensado en dar un paseo por los bosques que bordean tu prado, y hacer algunas fotos —continuó con un aire desenfadado—. Esto es, si no te importa…

—No, por supuesto que no me importa. De hecho, iré contigo. Hay un lugar que quiero enseñarte. Espera un segundo a que me ponga la camisa.

Kathy asintió, y entró en la casa para recoger su cámara; después de terminarse su café, salió a esperarlo. Thomas reapareció con dos manzanas verdes y frescas, que comieron mientras atravesaban el prado.

—Cuando era niño, solía pasear por este prado —le comentó Thomas—. Jugaba a los piratas con Debbie, una de mis hermanas. Primero escondíamos el tesoro, habitualmente uno de los antiguos collares de nuestra abuela. Luego bebíamos vasos de frío helado *grog*, la bebida clásica de los piratas. Era agua, por supuesto, pero con un poco de imaginación… —se echó a reír.

«Es irresistible», pensó Kathy. Se le inflamó el corazón al

imaginárselo de niño, corriendo por aquél césped fresco.

—¿Debbie es más joven que tú? —le preguntó distraída.

—Sí, yo soy el mayor. Debbie y Linda están casadas. Susan es médica, y no tiene mucho tiempo para pensar en el matrimonio o en tener niños.

—¿Tus padres todavía viven en Baltimore?

—Sí. En el mismo barrio, en la misma casa —Thomas se interrumpió por un momento y dijo sorpresivamente—. Háblame de tu hermana.

—Era alegre, dinámica, siempre dispuesta a probar nuevas experiencias. Era tan simpática y bromista que a veces te costaba que te tomara en serio. Pero cuando se subía a un avión, todo el mundo sabía quién era la que mandaba.

—¿Era piloto? —Thomas se detuvo, pasmado de asombro. Al ver que asentía, le preguntó—: Kathy, ¿era ella la que pilotaba ese avión?

—Sí —respondió confundida, para después añadir—: Creí que te lo había dicho.

—No, no me lo dijiste —sacudió la cabeza, estupefacto—. ¿Cómo es que se hizo piloto de avión?

—Yo le hice ese regalo de cumpleaños, cuando cumplió veintiuno —contestó Kathy con voz débil—. Estaba entusiasmada antes de que terminara su primera lección. Nunca la había visto aprender algo con tanta rapidez. Su instructor decía que tenía una especie de don. Se consiguió su propio avión, y empezó a trabajar llevando cargas, gente, lo que fuera con tal de estar allí arriba, en el cielo. Y ahora me pregunto: ¿acaso merecía la pena?

—No te tortures pensando en eso —repuso Thomas, tomándole una mano—.

Desde mi experiencia, puedo asegurarte que, para un piloto, volar es algo mágico.

Creo que una parte de mí mismo se moriría si dejara de hacerlo.

Ese último comentario resultó tremendamente impactante para Kathy, que tiró el resto de su manzana y continuó paseando.

—Supongo que Karin sentía lo mismo, también. Solía decir que la gente había nacido para volar —emitió una risa temblorosa—. Yo no soy de esos, nunca me ha gustado, para ser sincera.

—Pero lo hiciste.

—Por supuesto que sí. Cuando era necesario.

—¿No te es necesario ahora?

—Sí, algunas veces, pero yo… yo no he trabajado mucho después del accidente

—Kathy se mordió el labio—. Desde entonces, caí en picado, Thomas —le confesó—.

Depresión, letargo, falta de motivación, apatía… durante una época estuve apartada del mundo, como un animal que sólo quisiera esconderse para lamer sus heridas —

de repente levantó la barbilla y lo miró desafiante—. Pero ahora ya estoy trabajando, incluso he vuelto a aceptar encargos. Bueno, ¿qué querías enseñarme?

La conversación había terminado. «Por ahora», se dijo Thomas. Conteniendo su impaciencia, la llevó al pie de un empinado montículo. Cuando lo subieron, Kathy se quedó extasiada ante la vista que ofrecía. Al otro lado se extendía un maravilloso conjunto de flores de todos los tipos y colores.

—¡Es maravilloso! —murmuró Kathy al tiempo que sacaba su cámara, y empezó a hacer fotografías sin parar. De una manera desesperada, quería captar la esencia de ese día. Después de cambiar de objetivo concentró su atención en el paisaje, que incluía una distante isla—. ¡Maravilloso! —repetía satisfecha.

Una vez que tomó todas las fotografías que quiso, los dos permanecieron allí, disfrutando de la vista.

—Seguro que estas flores no han crecido solas —comentó Kathy —. ¿Quien diseñó el jardín? ¿Y quién hizo el trabajo?

—Yo lo diseñé y planté —al ver su expresión de sorpresa, se encogió de hombros y sonrió—. A mí me gusta.

—Creo que le gustaría a cualquiera —repuso Kathy.

Aunque en su cabeza bullía un montón de preguntas, no le hizo ninguna.

Proseguir con aquella conversación no haría más que intensificar aquella peculiar intimidad que cada palabra los inspiraba. Le lanzó una rápida mirada y vio que tenía la camisa desabrochada. ¡Cómo le gustaría deslizar las manos bajo la tela y abrazarle la cintura! Y luego, lentamente, ascender hacia su fuerte y musculosa espalda.

Rápidamente se agachó para recoger una flor, y Thomas sonrió al ver que se la colocaba detrás de una oreja.

—Kathy, me gustaría preguntarte algo —le dijo suavemente—. Algo doloroso, quizás, pero tengo una buena razón para ello. Dijiste que experimentabas las mismas sensaciones que vivió tu hermana cuando su avión se estrelló. ¿Es posible que solamente hayas imaginado lo que sintió? Quizá protegías de esa forma tus propios sentimientos.

—¡No! ¡Yo sé lo que sentí!

—¿Hasta el punto de ponerte tú misma en su lugar? —le preguntó, a pesar de sus protestas—. ¿Es ése el fundamento de tus miedos, que morirías como ella si volvieras a volar?

—Bueno, por supuesto, tengo miedo de morir —replicó con tono cortante—. La mayoría de la gente lo tiene, Thomas. ¿Qué eres, una especie de psiquiatra aficionado?

—Oh, Kathy —exclamó él, extendiendo las manos en un gesto de súplica—. ¿Y

si te dijera que no hay razón alguna para tener miedo de morir?

—Ah, ¿también eres un experto en eso? —le preguntó desafiante.

—Bueno, quizá no lo sea, pero tengo opiniones muy firmes sobre ese tema —

respondió enigmático.

—Sobre todos los temas, diría yo —replicó Kathy y, con una risa forzada, se volvió para bajar hacia el prado.

Thomas la siguió. «Déjalo», le aconsejaba su sentido de la lógica; pero no podía.

Le importaba demasiado.

—A ti no te gustan mucho las opiniones firmes, ¿no? —le preguntó cuando ella se detuvo.

—No son las opiniones firmes lo que me disgusta, sino tu tendencia a considerarte como la última autoridad que me señala siempre mis errores. Y ya me harté de eso con mi ex-marido.

—¿Has estado casada? —le preguntó Thomas, asombrado.

—Una vez. Y sí, lo quería —dijo adelantándose a su siguiente pregunta—.

Estaba tan loca por él que… —Kathy dudó, reacia a revelarle la verdadera razón de su divorcio. Era como si las infidelidades de su marido la degradasen de alguna forma—. Al principio, podía suprimir mis sentimientos y opiniones, negar mi inteligencia…

—Yo no soy así, y me disgusta la comparación que has hecho, Kathy —repuso con voz áspera Thomas.

—No, no lo eres y siento haberlo sugerido —replicó Kathy, arrepentida de inmediato—. Quizá sea demasiado susceptible con esas cosas, no lo sé —añadió suspirando—. Pero él era tremendamente dominante; no creía en la igualdad de una relación. Naturalmente alguien tenía que estar arriba, y naturalmente tenía que ser él.

Necesitaba controlar cada uno de mis actos, lo que pensaba, a dónde iba, a quién veía. Cuando terminó, me juré que nunca volvería a someter mi voluntad a ninguna otra persona. No quiero tener nada que ver con ese tipo de gente, por muy buena que sea.

—Entonces crees que yo soy uno de esos, que quiere controlarte —comentó Thomas—. Bueno, quizá un poco. Ya te dije que tuve que hacerme cargo de mis hermanas, y supongo que eso tendrá algo que ver —se pasó una mano por el cabello

—. Siento que hayas tenido una mala experiencia matrimonial, Kathy. Pero no me midas a mí con el mismo rasero, ¿vale?

—Lo intentaré —repuso Kathy, suspirando.

—Bien —Thomas le sujetó un mechón de cabeza detrás de la oreja, deleitado—.

Tengo que volver para ayudar un poco a esos chicos, pero después estaré libre.

—¿Para hacer qué?

—Para llevarte al aeropuerto. El avión debe llegar a las cuatro y nuestro próximo vuelo no saldrá hasta las cinco, el tiempo suficiente para repostar, así que podremos… bueno, sólo echarle un vistazo, nada más.

—Eres muy terco, Thomas —lo miró con los ojos brillantes de furia—.

Irritantemente terco, de hecho.

—No. Lo que pasa es que esto me importa mucho. Sé lo que dijiste y lo respeto.

Pero necesitas ayuda y yo quiero dártela.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá yo no quiera tu ayuda, y que preferiría ayudarme a mí misma? —le preguntó, levantando la barbilla con gesto desafiante.

—¿Has probado a ayudarte a ti misma?

—No del todo —respondió Kathy, ruborizándose aún más—. Pero lo estoy intentando. De cualquier forma, ¿qué te importa a ti que vuele o no vuele? No es tu problema, sino el mío.

—Yo lo estoy haciendo mío —replicó Thomas. Podía ver en su mirada la decisión de velar por su independencia, de tomar sus propias decisiones; pero no podía detenerse—. Porque me importa. Porque… quiero compartir contigo la magia de volar. Y ya ves, me preocupo por ti, Kathy. Y protejo a la gente por la que me preocupo; eso forma parte de mi carácter. Me preocupo por ti —repitió, tomándole una mano.

Esas palabras parecieron quedar suspendidas en el aire como gotas de luz, y Kathy lo miró fijamente por un momento.

—Gracias, Thomas. Pero el aeropuerto… —suspiró—. Realmente no quiero hacer eso. Por favor. No quiero.

—¿No quieres librarte de esa fobia?

—Claro que quiero —Kathy levantó la voz—. ¡Pero no quiero avergonzarte a ti y a mí misma en un lugar público!

—No habrá nadie cerca de ese avión, excepto tú y yo. Y yo no haría nada para avergonzarte, Kathy —su voz era suave, reconfortante.

—Tú no, pero yo sí. Tengo miedo, Thomas —dijo sombría—. Por mucho que deteste admitirlo, soy débil y tengo miedo. Supongo que soy una cobarde —sacudió la cabeza con gesto resignado.

—Sé que tienes miedo —repuso Thomas con el corazón encogido de emoción—.

Quizá yo también lo tendría en tu situación. Pero creo que eres mucho más fuerte de lo que crees. Y, en cualquier caso, ¿qué es la valentía? Aprovechar una oportunidad incluso aunque estés temblando de miedo. Conozco ese sentimiento, yo también he tenido mis propios terrores. Por favor, déjame ayudarte, Kathy. Por favor, comparte mi magia.

Vencida por tan tierna persuasión, Kathy suspiró resignada.

—De acuerdo, Thomas, tú ganas. Iré contigo al aeropuerto —y echó a andar hacia la casa.

En silencio, Thomas la siguió. Ahora que Kathy había cedido, lo asaltaban los temores de que, con su insistencia, pudiera volver a abrirle sus heridas. «Y tiene más heridas de las que sospechas», se dijo en silencio. «Un matrimonio con un estúpido con más músculos

que cerebro… y tú vas a arreglarlo todo, ¿verdad?» Dudando de sí mismo, pensó que tal vez había sobrestimado sus propias fuerzas. ¿Y si estaba tensando demasiado las frágiles defensas de Kathy, las defensas que tan desesperadamente necesitaba?

Pero tenía que arriesgarse, porque Kathy siempre estaba en sus pensamientos.

Sabía que no quedaría satisfecho hasta que hubiera ganado su confianza. Y eso no sería fácil, dado su fracaso matrimonial. «¿Qué otras heridas le habrá infligido aquel miserable?», se preguntó.

En ese momento la miró y se le encogió el corazón. Aquellos encantadores ojos estaban nuevamente velados por la tristeza, y tuvo que luchar contra el impulso de abrazarla. «Yo te protegeré, Kathy», se prometió con firmeza.

Capítulo Seis

El aeropuerto estaba situado al otro lado del pueblo. Durante el silencioso trayecto que hicieron en su coche, las dudas de Thomas crecían cada vez que miraba a Kathy; tenía las manos entrelazadas con fuerza sobre el regazo y miraba fijamente hacia adelante, con gesto imperturbable. ¿Sería aquélla una prueba demasiado rigurosa para ella?

—Kathy, sólo vamos a ver los aviones, eso es todo —le recordó—. Para serte sincero, me atrae la idea de enseñártelos. Además de los dos aviones de vuelo diario, tengo un pequeño jet para alquilar. Sin embargo, le tengo especial cariño al avión con el que empecé a volar, una pequeña Cessna monomotor. He pasado muchas horas a bordo de esa joya, con mis ensoñaciones.

—¿Ensoñaciones?

—Bueno, yo lo llamo así. Cuando estoy volando, todos mis cuidados y preocupaciones desaparecen como por arte de magia. ¿Quién podría preocuparse de esas cosas cuando estás contemplando el infinito? Es muy relajante —explicó.

—Para ti, quizás —repuso ella con tono indiferente—. Para la mayoría de la gente, volar es simplemente la forma más rápida de trasladarse.

—Pero no para tu hermana.

—No, no para Karin —concedió Kathy, volviendo el rostro.

Thomas aparcó el coche frente a un edificio de un solo piso de altura, y salieron.

Los pasajeros se apiñaban en aquella pequeña terminal, y el avión que esperaban se encontraba detrás, sacando una escalera de acceso. Kathy fijó la mirada en la valla que cercaba la pista mientras se acercaban al avión; sentía escalofríos en la espalda, y estaba aterrada. «Tranquila», se decía sí misma. «Ya has pasado por esto antes».

Dominándose, precedió a Thomas al subir por la escalerilla.

—Muy bonito —comentó, con un nudo en el esto-mago—. Y muy cómodo.

¿Puedo ver la cabina?

Aparentemente complacido, Thomas le enseñó el complicado

panel de control; a Kathy le sorprendía que pudiera manejar todo aquello, como siempre le había asombrado ver a Karin pilotar su avión con tanta confianza. Aspirando profundamente, pudo dominar el temblor que sacudía su cuerpo. Pero sabía que, sobre todo, era el ligero contacto de Thomas el motivo de que siguiera manteniendo la compostura; la fuerte, bronceada mano que mantenía apoyada en su hombro era de una ternura reconfortante.

—Y ahora vamos a ver a Ángel —le dijo, llevándola hacia la escalerilla.

—¿Ángel?

—Sí, Ángel. Eso es lo que ha sido para mí —le explicó Thomas con tono ligero, y la guió hacia un hangar abierto—. Bonita, ¿eh? —murmuró cuando entraron dentro.

A pesar de la penumbra que invadía el hangar, la avioneta parecía brillar con luz propia; su fuselaje refulgía como una limpia y roja manzana. Aferrándose a ese primer pensamiento, Kathy se acercó al aparato intentando ignorar la náusea que le atenazaba el estómago. De repente, escuchó el sonido de un motor; tardó varios segundos en darse cuenta de que se trataba de otro avión que se encontraba en el hangar. Se tragó el nudo que sentía en la garganta, en lucha contra la debilidad que comenzaba a sentir en las piernas.

—Es muy bonita, Thomas —comentó con voz débil.

—Desde luego —repuso convencido.

Luego la tomó del brazo y, para su enorme alivio Kathy se encontró con que la sacaba del hangar, hacia la luz del sol. Y para mayor alivio todavía, mezclado con una grata sorpresa, descubrió que la llevaba fuera del aeropuerto, de vuelta al coche, sin pronunciar una sola palabra.

—¿Ya está? —le preguntó cuando él se sentaba al volante, a su lado.

Thomas se echó a reír y le dio un tierno toquecito en la punta de la nariz.

—Te dije que sólo los echaríamos un vistazo, Kathy.

Volvieron rápidamente a la casa. Satisfecho con el resultado conseguido, Thomas estaba ansioso por continuar con la tarea de apartar el manzano del camino.

La mayor parte de las ramas caídas ya estaban cortadas y estaban siendo transportadas al patio trasero. Ya era cerca del

mediodía.

—Si quieres ayudarlos, yo podría preparar unos bocadillos para todos —le sugirió Kathy.

—¡Estupendo! En la nevera encontrarás todo lo necesario. Y dudo que a alguien se le ocurra rechazar una cerveza bien fría —le comentó con expresión relajada y feliz cuando salían del coche.

Thomas se reincorporó al trabajo mientras Kathy entraba en la casa para preparar la comida. Mientras sacaba el pan de molde de la panera, la joven se dijo que sentía el corazón henchido de felicidad; o quizá solamente se trataba de puro alivio. Había hecho lo que él le había pedido… había visto sus aviones, los había admirado, y todo ello sin padecer demasiada tensión.

Pero también había llegado al límite. Mientras cortaba el tomate con mayor fuerza de la necesaria, se dijo que terminaría maldiciendo a Thomas si la presionaba a hacer algo más. Cuando todo estuvo listo, llamó a la gente para que entrara.

Compartió con ellos la mesa, no porque tuviera realmente hambre, sino porque quería conocer a los amigos de Thomas. Más tarde, una vez que la leña fue apilada y guardada, el equipo se marchó y Thomas se puso a partir algunos troncos para la chimenea. Kathy lo observó durante un rato, fascinada por la fuerza y precisión con que asestaba cada golpe de hacha. Decidió que era un hombre al que le gustaba trabajar con las manos; los callos que tenía en ellos respaldaban esa conclusión.

Intrigada, se preguntó a qué se había dedicado en Nueva York, y por qué había cambiado el lujoso estilo de vida de la gran ciudad por aquella tranquila existencia en el campo.

El urgente deseo de saber más cosas sobre él la inquietaba; pero cuando Thomas le dio la oportunidad de satisfacer su curiosidad, se apresuró a aprovecharla.

Esa tarde, cuando ella le preguntó que le recomendara un restaurante para cenar, Thomas le respondió:

—La granja Tumbling Brook. He oído que tiene un chef estupendo. Oh —

exclamó al ver que ella se disponía a protestar—, sólo te estoy agradeciendo la comida que nos has preparado.

—En ese caso, acepto. Bueno, ¿qué vamos a cenar? ¿Puedo ayudarte?

Kathy ignoraba que preparar una comida juntos pudiera suscitar tanta intimidad. La cercanía que conseguían sin ningún contacto físico fue un placer sorprendente para ella. En unos minutos prepararon una pasta con marisco, y una sencilla ensalada de tomate y lechuga, todo ello servido con vino tinto.

Sintiéndose ligera, o más bien con la cabeza ligera debido al vino, lo ayudó a limpiar la cocina y se sentó a tomar un brandy en su compañía. Después de un corto silencio, le preguntó:

—¿Te importaría que llamara a casa para saber cómo está Nell, mi ama de llaves? Seré breve.

Thomas le entregó su teléfono inalámbrico. Con la cabeza echada hacia atrás, se quedó contemplando el techo mientras ella hacía la llamada, tan breve como le había prometido. Cuando colgó, le comentó:

—Parece que esa Nell es algo más que tu ama de llaves.

—¡Oh, sí! Fue nuestra niñera cuando éramos niñas. Luego se casó y perdimos el contacto. Pero hace unos cuatro años, nos encontramos de nuevo y… bueno, había enviudado, estaba sola en el mundo y no disfrutaba de una buena salud, así que se vino a vivir con Karin y conmigo. Fue tan buena con nosotras cuando éramos niñas, tan tierna y protectora… lo cual hizo que nuestra convivencia posterior resultase doblemente maravillosa, ya que fuimos nosotras las que pudimos cuidarla a ella —

Kathy se echó a reír—. No es que nos atreviéramos a dejarle pensar que ese era el motivo de que la acogiéramos, ¡cielos, no! Cualquiera podría haberse convencido de que necesitábamos a un ama de llaves. ¿Qué si estábamos muy ocupadas? ¡Desde luego que sí! Y Nell no está nada mayor. Sólo tiene sesenta y tres años y es muy activa en nuestra comunidad. Pero yo estoy allí por si ella me necesita.

—Me alegro de que vivas con alguien así —sonrió Thomas.

—Yo también; ella es mi única familia —Kathy bebió un sorbo de brandy—.

Ahora, yo tengo una pregunta que hacerte a ti. ¿Qué hacías en Nueva York? ¿Y por qué cambiaste de forma de vida?

—Era agente de bolsa.

—¿Famoso?

—Oh, podría decirse que sí —sonrió irónico—. En ciertos

círculos era conocido como el «Mago de Wall Street».

—¡Dios mío! ¿Qué hacías exactamente?

—Estaba especializado en encontrar pequeñas empresas de alto potencial, pero que carecían del capital necesario. Yo arriesgaba el capital… si me equivocaba perdía, y si daba en el clavo, ganaba. Afortunadamente tuve muchos más aciertos que fallos.

—Me habría encantado haberte conocido entonces —comentó Kathy con tono ligero.

—Entonces no te habría gustado —la miró a los ojos—. Yo mismo no estaba muy contento conmigo mismo.

—¿Por qué? ¿Has cambiado mucho?

—Sí.

Kathy deseó que le contara más cosas. Pero no lo hizo.

—Me gustas ahora —le confesó—. ¿Por qué dices que en aquel entonces no me habrías gustado?

—Era un hombre despreocupado e indiferente, Kathy. Despreocupado con la gente, con las relaciones, con los sentimientos y necesidades de los demás.

—Despreocupado —repitió ella bajando la mirada y haciendo una mueca. En su vida se había encontrado con demasiados hombres de ese tipo.

—Sólo me interesaba una cosa en aquel tiempo: lo que yo sentía, necesitaba, deseaba.

—¿Y qué era? —lo miró con frialdad.

—Lo que todo el mundo cree que necesita. Dinero y poder. Estaba totalmente concentrado en mí mismo. Era una forma de ceguera particularmente potente.

—Pero ahora todo eso ha cambiado. Ahora eres un hombre diferente.

—Sí, lo soy —repuso Thomas, dolido por su leve y amarga sonrisa.

—¿Qué es lo que te cambió? —Le preguntó Kathy, para añadir en seguida—. Si es demasiado personal, olvida la pregunta.

—Es personal —se levantó y se acercó a la ventana—. Demasiado personal, supongo. Raramente hablo de ello con nadie. Se trata de algo que me sucedió, algo que me hizo empezar a pensar en la vida, en su propósito, el verdadero significado del éxito.

Kathy esperó, ansiosa de que continuara.

—Entonces… —le dijo con expresión invitadora, y se interrumpió—. Una vez que empezaste a hacer todas esas reflexiones, ¿qué hiciste después? ¿Renunciaste a todo ese dinero?

—No. No soy un estúpido, Kathy —respondió secamente—. No hay nada malo en poseer dinero. Es un instrumento maravilloso si tienes en cuenta que sólo es eso, y no una razón para existir —y se encogió de hombros, como poniendo fin a ese tema

—. Kathy, ¿te has dado cuenta de lo unidos que hemos estado en estos pocos días?

—Sí —respondió ella con cautela—. Creo que hemos llegado a ser amigos. Eso es inusual… quiero decir, yo no suelo hacer amigos tan rápidamente. Me lleva un tiempo… bueno, confiar tanto en alguien, supongo.

—Sí, yo también creo que nos hemos convertido en amigos —asintió—. Y

además creo que podría llegar a enamorarme de ti.

Kathy se levantó bruscamente; tenía dificultades para respirar y negaba enérgicamente con la cabeza.

—¡No! No digas eso, Thomas, por favor. Quedémonos como amigos. Los amigos no se hacen daño entre sí. Y eso es lo que me sucedería si nosotros… créeme, sé lo que digo. ¡Enamorarte de mí sería un gran error, una pérdida de tiempo!

Claramente sorprendido por su vehemencia, Thomas la miró fijamente.

—El amor nunca es una pérdida de tiempo —replicó, muy serio —. Pero me gustaría saber por qué piensas eso.

Acorralada, y luchando contra la desolación que sentía, Kathy respondió:

—Tú deberías ser capaz de adivinar por qué.

—¿Porque tu hermana era piloto de avión y murió en un accidente?

—Sí, en efecto, eso forma parte de ello, pero mis razones son mucho más complejas.

—Lo sé. Sólo quería asegurarme de ello. Y necesito conocer esas razones, Kathy.

Estás confundida y dolida y necesito saber exactamente por qué. Y no es por curiosidad, sino porque por encima de cualquier otra cosa, quiero comprenderte.

¿Me crees?

—Es tan duro hablar de ciertas cosas —explicó la joven después de asentir—.

Como mi matrimonio, por ejemplo. Eso es lo que necesitas saber, ¿no?

—Sí. ¿En que se ganaba la vida tu marido?

—Era actor, y lo sigue siendo. Y bastante bueno —su voz iba adquiriendo un tono más seco—. Yo creía en él. Su verdadero nombre es Ryland Dixon —Kathy se levantó y se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. En la pantalla, se le conoce como Rhys Dillion. Piensa que eso le da más categoría. ¿Qué más quieres saber de ese hombre «guapo, sexy, la fantasía de cualquier mujer», por citar los últimos adjetivos con los que le menciona la prensa? ¿Qué me dejó? Pues sí. ¿Quieres saber por qué, o al menos las razones que a mí me dio? Porque no era lo suficientemente divertida. Y me negaba a representar el papel que me exigía en la cama.

—¿Te maltrataba? —le preguntó suavemente.

—En cierta forma, sí. Mira, me resulta muy difícil hablar contigo de estas cosas.

Son tan personales… —dijo Kathy suspirando, y se acercó a la ventana—. Me dijo que tenía que compartir la culpa de sus fracasos en la cama, que yo también le fallaba. Decía que yo no lo estimulaba lo suficiente. Bueno, supongo que eso es verdad… yo era demasiado provinciana para prestarme a los juegos a los que jugaba determinada gente. Así que se buscó a otra jugadora. Ni siquiera llegamos a celebrar nuestro primer aniversario.

—Eso debió de haber sido muy duro —comentó Thomas.

—Bueno… —Kathy se encogió de hombros, y de repente se volvió para mirarlo

—…sí, pero me niego a pasarlo por alto —dijo con energía—. Es una parte importante de mi pasado, maldita sea. Porque me cambió a mí, ¡y cualquier cosa que puede cambiar a una persona es algo muy importante! Me hirió su infidelidad y su personalidad dominante y controladora, pero también me arrebató mi propia autoestima. Destrozó las esperanzas y sueños que había depositado en mi matrimonio. Y, en el proceso, destruyó mi inocencia.

—Estás completamente en lo cierto —reflexionó en voz alta

Thomas—. Nunca había pensado en ello de esa forma, pero tienes razón; debió de dejarte profundas cicatrices.

—No hay nada malo en las cicatrices cuando son la prueba visible de lecciones aprendidas —repuso Kathy con tono cortante y, sentándose de nuevo, lo miró entristecida—. Lo siento, no ha sido mi intención hablarte de esa manera. Pero no soy una niña desamparada necesitada de que la rescaten. Soy muy capaz de cuidar de mí misma. Y lo haré.

—Sé que lo harás, pero me gustaría mucho ayudarte. Y quizá pueda acelerar un poco el proceso.

—No me conoces, Thomas —repuso ella después de beber un sorbo de brandy

—, y ciertamente yo no te conozco a ti… y no me digas que no es así —le advirtió—.

No creo en las fantasías.

—Mmmm —murmuró Thomas, pero pasó por alto su comentario y se levantó para rellenar las copas—. Entonces, ¿qué es lo que no sabes de mí? Porque eso es importante.

—Bueno, pues… todo. No sé lo que piensas, lo que sientes… ¡cielos! —exclamó, riendo forzada—. Probablemente seamos polos opuestos en nuestras opiniones acerca de… de casi todo.

—¿Cómo qué? Dame algún ejemplo.

—Bueno, las cosas básicas: el amor, el compromiso, el matrimonio… —se interrumpió y preguntó—: ¿Cuál es tu idea de la perfecta compañera?

—Veamos —Thomas adoptó una expresión pensativa—. ¿Qué es lo que quiero?

Pues una mujer maravillosa, sexy, sensual… eso para empezar. Por supuesto, íntegra, honesta, confiada, paciente… una mujer tierna, dulce, con un gran sentido del humor.

—¡Vaya! ¿Y existe ese dechado de virtudes?

—Se puede esperar que sí. Veamos, ¿qué más querría en una compañera? Que quisiera tener niños, que fuera hogareña y le gustaran las tareas domésticas…

—¡Estás soñando, Thomas! —exclamó Kathy, riendo—. De todas formas, eso me deja fuera. Odio las tareas del hogar; rara vez cocino y todavía no he decidido tener niños. Mi intención es seguir trabajando todo lo que pueda, lo cual significa viajar y todo eso…

así que está claro. Somos polos opuestos; nos separan diferencias irreconciliables.

—¿Irreconciliables, Kathy? —Replicó Thomas riendo, antes de acercarse a ella y deslizar las manos por sus brazos—. ¿De verdad piensas eso?

—No seas vanidoso —repuso la joven, apartándose.

—No estoy siendo vanidoso; sólo quiero asegurarme de que me deseas tanto como yo a ti. ¿Estoy equivocado?

—No. ¿Satisfecho? —le desafió ella.

—No del todo —y Thomas se apoderó de sus labios antes de que pudiera protestar.

Fue un profundo, abrasador beso, que logró fundir sus cuerpos. Kathy no sabía en qué momento se había abrazado a él; fue una secuencia natural de movimientos.

Luego, Thomas apartó los labios de la cálida dulzura de su boca para acariciarle la piel sedosa y ardiente del cuello. Su perfume parecía tejer una especie de mágico encanto en torno suyo. Era intensamente consciente de ella, de todo su cuerpo, desde la suavidad de su cabello hasta las femeninas formas de sus senos y caderas. Y sus ojos, pensaba Thomas mientras levantaba la cabeza para encontrarse con su mirada, aquellos encantadores ojos violetas… se sentía increíblemente fuerte e increíblemente débil a la vez. Con un gruñido, apoyó la frente en la de ella.

—Estaríamos tan bien juntos, Kathy, sería tan maravilloso…

—No tengo ninguna duda acerca de eso, Thomas Logan —dijo Kathy sin aliento—. Estoy segura de que estarías bien con cualquier mujer.

—No, no me refería a eso. Y creo que lo sabes. Creo que ese último comentario tuyo ha sido como una cortina de humo.

—Quizá, pero necesitaba soltarlo —Kathy emitió una risa ronca —. Si puedes hacerme sentir así con un simple beso, ¿cómo será hacer el amor?

—Mmmm, quizá ambos estallemos en llamas —le acarició el lóbulo de una oreja—. Pero estoy ansioso de probarlo. ¿Y tú?

—¿Te das cuenta —le preguntó Kathy, retrocediendo— de que ni siquiera llevo una semana aquí? Una semana, Thomas. Y hemos tenido esta íntima conversación después de sólo cinco días… ¿acaso soy yo la única que encuentra esto algo extraño?

—inquirió de nuevo, como si desafiara su tierna, inteligente sonrisa—. Realmente es increíble.

—Con cualquier otra persona, sí, Contigo no. ¿El destino? Quizá. Pero ahora mismo lo único que me importa es despertarme por la mañana y encontrarte todavía aquí —Thomas le dio unos golpecitos en la barbilla—. Voy a hacerte una advertencia, Kathy Lawrence… voy a hacer todo lo posible para asegurarme de eso —antes de que ella pudiera articular una respuesta con algo de sentido, la tomó de la mano y se dirigió hacia la puerta principal—. Hace una noche estupenda. Sentémonos fuera para contemplar la luna y charlar de algunas cosas.

—Oh, yo…yo estoy bastante cansada… —suspiró Kathy, consciente del peligro de su propuesta—. ¿De qué quieres hablar?

—Me gustaría tratar con más detalle el asunto de cómo sería hacerte el amor…

A la mañana siguiente, Kathy se despertó con una sensación de asombro.

Cuando se fue a la cama la noche anterior, había pensado que permanecería despierta hasta el amanecer, analizando lo sucedido. En vez de eso, una vez que se arropó con el edredón, intentó organizar sus pensamientos y cayó en un profundo sueño.

Esa mañana, el recuerdo de la noche pasada le resultó imposible de ignorar.

Mentalmente, censuró el beso que le había dado Thomas y se apresuró a pasar de página y analizar la advertencia que tanto la había inquietado. Luego, la había tomado de la mano para prácticamente arrastrarla fuera de la casa. ¿Y después?

Después habían estado hablando de lo que significaría que hicieran el amor, según Thomas le había dicho, y de otras cosas también.

«Nada importante, desde luego», se dijo Kathy. ¡Pero le había resultado tan fácil hablar con él! De repente, se quedó sin aliento al recordar otras cosas que Thomas le había dicho la pasada noche. «Quiero despertarme por la mañana y encontrarte todavía aquí. Y voy a hacer todo lo posible para asegurarme de eso». Esas palabras parecían derramarse sobre su corazón.

Se estremeció, recordando otra radiante mañana, en California, bañada por la luz del sol, que se elevaba como una bola de fuego

anaranjado sobre un cielo intensamente azul. De improviso se abrió una puerta profundamente oculta en su interior, y la invadió la angustia como un torrente incontenible.

—¡Oh, Karin, te echo tanto de menos! —gritó—. ¡Dios, qué daría por volver a escuchar tu voz! —Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Algunas veces me siento tan necesitada, Karin —musitó, cubriéndose la cara con las manos.

Y sollozó amargamente. Algo, una chispa de razón quizá, le hizo alzar la cabeza.

—No puedo intimar tanto con él, no puedo. Simplemente no puedo. Hay demasiado dolor en el amor, demasiado daño en el querer. Y no puedo recibir más daño. Maldita sea, ¡ya he perdido a demasiada gente! —exclamó.

Pero su corazón seguía transmitiéndole su insistente mensaje: que confiara en Thomas. Se puso su bata y se dirigió al cuarto de baño. Ya duchada y vestida con unos vaqueros y una camisa de algodón, se caló una gorra de béisbol, tomó su cámara y bajó las escaleras hacia la cocina. Thomas se encontraba de pie frente a la ventana, tomando su café con expresión pensativa.

—Buenos días, Kathy.

—Buenos días, Thomas. ¿Cómo es que te has levantado tan temprano?

—Sabía que tú lo harías.

—¿Es que tienes poderes psíquicos?

—Ojala. ¿Estás hambrienta?

—Sí —Kathy miró las apetitosas ensaladas de fruta que Thomas había preparado en dos platos—. Esto tiene un aspecto estupendo.

—No fui yo quien las hizo, sino Maddie. Por favor, siéntate. ¿Café? —Le llenó la taza y se sentó frente a ella—. ¿A dónde vas corriendo esta mañana?

—No voy corriendo a ningún lado; tengo trabajo que hacer —respondió Kathy con tono ligero—. Para empezar, quiero visitar el monte Constitución, y después tomaré el ferry para ir a esa pequeña isla que está cerca de aquí.

—¿Vas a hacer un reportaje para alguna revista?

—Sí, si me facilitas algunas cosas tales como comida y alguna ropa.

—Sin problemas —le dijo mirándola por encima del borde de su

taza—. Kathy, creo que tienes algo que decirme, así que dímelo.

—Pues sí —se aclaró la garganta—, te lo diré. Voy a pasar este fin de semana fuera, sola… lejos de ti, para ser más precisa.

—Entonces… —repuso él con expresión imperturbable—…es que te he hecho sentirte incómoda.

—Bueno, sí. Es demasiado pronto, Thomas. Vas demasiado rápido para mi gusto. No está en mi naturaleza apresurarme con estas cosas; bueno, soy una mujer que piensa con la cabeza, y no una niña atolondrada, por decirlo así.

—Tengo que ser sincero contigo… he revivido ese beso una y otra vez durante la pasada noche. Pero lo siento, Kathy, si he jugado tan duro; es una mala costumbre.

No soy una persona particularmente temerosa, así que me olvido de que los otros lo son, y de lo fuerte que puede ser ese temor.

—¿Tú no le tienes miedo a nada? —le preguntó ella, frunciendo levemente el ceño.

—Yo no he dicho eso. He dicho que no soy una persona particularmente miedosa, al menos habitual-mente. Sin embargo, a ti te encuentro bastante aterradora.

Un brillo de malicia apareció en los ojos de Kathy.

—¿Cómo lo hiciste? Me refiero a dejar de ser una persona miedosa.

—Simplemente, me sucedió.

Su enigmática respuesta excitó su curiosidad, pero Thomas ya se había levantado para servir en la mesa dos cuencos de avena y unas tostadas.

—Come —le dijo—. Estás demasiado delgada.

—Nell siempre insistía en que comiéramos avena. A mí me encantaba, pero Karin la detestaba. Así que siempre le cambiaba mi cuenco vacío por el lleno de ella, de manera que le evitaba problemas —después de empezar a comer, cambió de tema de conversación—. He estado pensando en dirigirme al centro turístico de Rosario.

—Eso es ridículo, tú no… —Thomas se interrumpió al ver que ella arqueaba una ceja—. De acuerdo, quizá no sea ridículo, pero maldita sea, no tienes necesidad de alejarte tanto…

—Creo que debo hacerlo, Thomas —repuso ella—. Sigo llorando la muerte de mi hermana, y todavía me estoy curando del fracaso

de mi matrimonio. No estoy preparada para… —hizo una mueca.

—Pero tú puedes curarte a ti misma, Kathy. ¡De acuerdo, de acuerdo, no he dicho nada! —Dijo al ver el brillo que aparecía en sus ojos—. De hecho, este fin de semana tengo algunos vuelos de noche, así que la mitad me lo pasaré fuera. Cuando tengo huéspedes, Maddie se queda aquí durante mi ausencia. Así que no estarás sola, en caso de que eso sea un problema.

—No tengo ningún problema con lo de estar sola —Kathy arqueó una ceja—. A no ser que temas que me fugue con los objetos más preciosos de tu casa.

—Te confiaría no ya mi casa, sino mi vida entera —repuso él con tono ligero—.

Entonces, ¿te quedarás?

La joven asintió, sonriendo levemente.

—Cancelaré lo de Maddie, entonces —Thomas se levantó y tomó su chaqueta

—. Me alegro de que te quedes aquí. Diviértete haciendo turismo; realmente hay mucho que ver. Merece la pena visitar la isla de San Juan. Ah, y cuando llegues a puerto Friday, pasa por el centro juvenil Nina Logan. Creo que te encantará ver lo útil que puede ser el dinero cuando se utiliza correctamente —levantó una mano—.

Ciao —le dijo, y salió de la cocina.

Ya había llegado a la puerta principal cuando Kathy le espetó con tono cortante:

—¿Siempre tienes que ser tú quien pronuncie la última palabra?

Por toda respuesta, Thomas se echó a reír y se marchó. Sabía que Kathy estaría allí cuando volviera, y eso era lo único que le importaba por el momento.

Capítulo Siete

—Kathy, ¿no habremos ido demasiado lejos? —Inquirió Patsy—. Sé que te has subido a árboles, has navegado por rápidos y vadeado ríos infestados de cocodrilos, todo para conseguir una fotografía perfecta, pero… ¿escalar una montaña entera? Tú tienes garantizado el placer del éxito, pero yo la agonía de los pies. Los míos me están matando.

—Oh, deja ya de quejarte, Patsy, dijiste que querías venir conmigo, así que aquí estamos —le espetó Kathy, aunque con voz suave y sonriendo—. De acuerdo, supongo que hemos ido demasiado lejos. Aquí hay una roca segura; descansemos un rato.

—¡Gracias al cielo por estos pequeños favores! —Patsy se sentó en la roca grande y plana y se sacó una zapatilla—. Dime, Kathy, ¿por qué estás tan apagada esta mañana? Y no te hagas la inocente conmigo… te conozco bien y sé cuándo estás tensa por algo.

—Te diré la verdad —suspirando, Kathy se sentó al otro lado de la roca—. La pasada noche, Thomas se mostró tan amable y cariñoso conmigo que me enterneció.

—¡Aja!

—Aja nada. Simplemente nos sentamos en el porche a hablar. Pero fue algo tan profundo e íntimo al mismo tiempo… pero bueno, Patsy, ¿a qué ha venido ese «¡aja!»

tan gozoso?

—Porque Thomas me gusta y yo te quiero a ti.

—Y uno más uno siempre son dos —dijo Kathy—. Mira, Pat, sé que tus intenciones son buenas; es por eso por lo que no estoy perdiendo los estribos.

—¿Ah, no? Pues entonces me has engañado muy bien.

—Obviamente te has olvidado de lo que significa que yo pierda los estribos —

repuso Kathy—. Oh, sé que jamás harías nada que pudiera hacerme daño; eres mi mejor amiga. Pero Pat, ese hombre es un extraño para mí. Un extraño encantador, pero un extraño al fin y al cabo. En cierta manera, me estás pidiendo que deposite mi confianza en alguien que no conozco.

—Yo lo conozco.

—De acuerdo, lo acepto. Pero también es piloto. Patsy, él vuela en ese pequeño ataúd de avioneta…

—Es muy bonita. Ya he montado en ella.

—¡Oh, Patsy, sabes lo que quiero decir!

—Sí, y respeto tus sentimientos. Pero si pudieras confiar lo suficiente en él para, bueno, permitirle que intentara demostrarte lo equivocada que estás acerca de volar, quizá cambiaras de opinión acerca de él, eso es todo. Apuesto a que ese es el motivo de que esté tan ansioso de ayudarte —suspirando ante el terco silencio que mantenía Kathy, Patsy se calzó la zapatilla y se sacó la otra—. De acuerdo, denúnciame si quieres por entrometerme. Y si realmente estoy en un error, me disculpo.

—No estás del todo equivocada —repuso Kathy con la mirada fija en el hermoso paisaje—. Encuentro a Thomas Logan extremadamente atractivo. Pero me he engañado a mí misma una vez más, ¿sabes? Siempre me engañaba a mí misma porque yo así lo quería. Me aferraba a lo que quería como una niña codiciosa. Ahora he aprendido a no aferrarme a esas cosas, a huir de los desengaños como de una plaga. Me engañaría a mí misma si no admitiera que estoy confundida y escéptica con respecto a Thomas. Bueno —sacudió la cabeza—. Esto es todo lo que quería decir. Aprecio las razones que tienes, pero deja de mediar en esto, por favor. Ahora, vamos a continuar con la marcha. Si sigues así, vas a alcanzar la figura de una modelo, Patsy.

La casa estaba vacía cuando Kathy volvió esa noche. Las señales de la presencia del ama de llaves eran evidentes en la limpia habitación de Kathy, pero al parecer ya se había retirado a su casa. Se quitó la ropa. Le dolían los músculos después de aquel largo paseo, visitando playas solitarias y pequeñas cuevas, y pensó que un buen baño caliente le sentaría estupendamente.

Sumergida hasta el cuello en el agua, Kathy consiguió relajarse. Aunque durante todo el día había centrado su atención en el trabajo, también había pensado mucho. Pero esa noche se sentía demasiado bien para analizarse.

Esa noche durmió bien y, a la mañana siguiente, se preparó el desayuno. No había soñado y no había tenido pesadillas; tenía apetito y estaba ansiosa de empezar ese día. Hacía mucho tiempo que no había experimentado esas necesidades tan sencillas y

básicas.

Durante un rato se sentó en la silla de Thomas, en el comedor, tomando café.

Los olores de la casa la hacían remontarse a la infancia, le evocaban borrosos recuerdos de tardes pasadas con su abuela y con Karin. Más tarde, vestida con unos vaqueros y un suéter sin mangas, paseó por el prado recogiendo flores con la idea de hacer un ramo para el salón. Luego volvió a la casa. Le sobraban flores, así que escogió algunas para hacerle un pequeño ramo a Thomas, y lo colocó sobre la mesa, al lado de su silla. A las diez ya estaba en el ferry rumbo a la isla de San Juan.

Durante horas estuvo paseando por el puerto Friday tomando notas y haciendo fotos, de camino al centro juvenil Nina Logan.

El centro estaba aislado de la calle por una arboleda, y Kathy comprendió la razón de ese aislamiento cuando entró en el patio delantero: niños de todas las edades estaban jugando en un campo deportivo muy bien equipado. Pudo ver que las instalaciones interiores, dormitorios, salones de juego y gimnasios, eran magníficas, y tomó nota de todo.

Ya eran cerca de las siete cuando volvió a la casa, y saludó rápidamente a Maddie, que ya se disponía a marcharse. Thomas todavía no había regresado, así que dejó a un lado su cámara y se sentó en el salón a hojear los periódicos del día.

Pero Thomas seguía sin aparecer. Presa de una fuerte decepción, subió a su dormitorio, sacó su ordenador portátil y se puso a transcribir sus notas. Después, sintiéndose algo melancólica, se sentó en la mecedora, al lado de la ventana.

Abrazándose las rodillas, se dijo que ya estaba echando de menos a Thomas, y mucho. Aunque le molestaba saber que lo estaba esperando, tuvo que reconocer que así era. Quería verlo. Necesitaba que la abrazara, necesitaba el contacto de sus brazos fuertes, cariñosos. Llegó el crepúsculo, y la noche no tardó en caer sobre la granja Tumbling Brook. No tenía miedo de estar sola; la casa parecía envolverla en una especie de halo benéfico, que le inspiraba seguridad. Se dijo que simplemente se sentía algo sola; eso era todo.

El viernes por la noche, Thomas regresó. Era tarde y estaba cansado.

«Demasiado cansado para sentirme tan condenadamente bien», pensó irónico. Había luces en la casa y la del porche guió sus pasos hacia la entrada; fue como si la vista del coche aparcado de Kathy le hubiera puesto de repente alas en los pies. No la había visto durante más de una semana y estaba hambriento y sediento de su presencia.

Le había resultado dura aquella prolongada ausencia. Ciertamente había estado muy ocupado volando, pero podía haber regresado antes de esa noche. Sin embargo, se lo había prometido a sí mismo. «Dale tiempo», se había recordado cuando estuvo a punto de abandonar y regresar a toda prisa a la casa.

Se había aconsejado que se tranquilizara, que no fuera tan rápido. Aquellos sentimientos de adolescente eran bastante perturbadores, si tenía que ser sincero.

Cuando entró en la casa, vio a Kathy en el salón, acurrucada frente a la chimenea.

Llevaba unos vaqueros y una blusa blanca; se había recogido el pelo en una cola de caballo y llevaba puestas unas gafas de montura roja. Y el corazón empezó a latirle acelerado, como si se hubiera vuelto loco.

—Hola, Thomas —lo saludó ella con tono ligero.

—Hola.

Kathy estaba descalza. Gozoso, Thomas se quitó la chaqueta y la colgó en una silla; hacía poco que había empezado a llover y estaba mojado, aterido de frío. Pero eso era en la superficie; por dentro, estaba ardiendo.

—Se me ocurrió hacer un fuego —explicó ella—, pero creo que no lo he hecho demasiado bien. Quizá tú puedas arreglarlo. Ah, y tengo una tetera preparada por si quieres compartir un buen té caliente conmigo.

—Sí, por supuesto. La idea del té me parece espléndida.

«Una noche lluviosa, Kathy y un buen fuego», pensó; no se habría atrevido a esperar un final más maravilloso para aquel día tan miserable. «¿Y después?», se preguntó. El amor tendría que hacer acto de presencia; tenía que ser así. Kathy se dirigió a la cocina y él se acercó al fuego para avivarlo.

La joven volvió a entrar en el salón cargada con una bandeja; después de dejarla sobre la mesa del café, se acurrucó en el sofá,

escondiendo los pies descalzos debajo de su cuerpo para entrar en calor. Delante del fuego avivado, Kathy pensó que se sentía maravillosamente bien. «Y también peligrosamente bien», añadió para sí cuando Thomas se sentó a su lado. Apartándose un poco de él, le sirvió una taza de té.

—Bueno, ¿cómo te ha ido esta semana? —le preguntó Thomas.

Después de contárselo Kathy le hizo la misma pregunta, y escuchó atentamente sus palabras. Luego sus miradas se encontraron… y estallaron en carcajadas. La tensión existente entre ellos se había aflojado. Seducida por aquella sensación de bienestar, Kathy murmuró:

—Esta habitación es maravillosa, Thomas. Y la casa también, por supuesto.

—¿Te gusta mi casa?

—Claro que sí, por supuesto. La primera vez que la vi experimenté una fuerte sensación de *déjá vu* —dijo con expresión soñadora—. No es que sea supersticiosa…

bueno, quizá lo sea, pero todo aquí parecía tan… bueno, justo como debería ser. Era perfecto. Luego me di cuenta de que me recordaba la casa de mi abuela. Tenía su misma aura, el mismo halo de amor, de risas y de lágrimas propio de aquellas casas antiguas —hizo una mueca—. ¿Tiene algún sentido lo que estoy diciendo?

—Desde luego —Thomas dejó su taza a un lado y se volvió para mirarla—.

Cuando adquirí este lugar, mis abuelos sólo se llevaron algunas piezas selectas del mobiliario. Así que me encontré con una casa llena de cosas que, en principio, no quería. Sin embargo, cuando paseaba por estas habitaciones con la vaga idea de decorarlas al estilo de mi apartamento de soltero de Nueva York, empecé a sentir lo mismo que tú… la casa era perfecta tal como estaba.

—Me alegro por ti —Kathy dejó su taza al lado de la de Thomas —. Mmmm —

murmuró mientras se desperezaba sensualmente—, es tan bonita…

Tenía los ojos medio cerrados y su mirada era cálida, acogedora, cautivadora.

La respuesta de Thomas fue totalmente lógica. Simplemente se incorporó, la ayudó a levantarse y la besó con toda la pasión de su

corazón y de su alma. Kathy experimentó un momento de dulce y a la vez terrible pánico. Luego, como si tuvieran voluntad propia, sus labios se entreabrieron a modo de sensual bienvenida; deslizó las manos por sus hombros y le acarició el cuello hasta enterrar los dedos en su pelo.

El erótico placer de aquellas sensaciones la mantuvo así, estrechamente abrazada a él.

Cuando dejaron de besarse Kathy miró intensamente su rostro, memorizando sus rasgos, sus ojos azules en los que brillaba el deseo. Y bajo su escrutinio, Thomas esbozó una sonrisa. En su interior, Kathy sentía algo que la impulsaba a dejarse llevar, dejándole el cuerpo suelto, relajado, pero a la vez en guerra consigo misma.

El deseo que latía en su cuerpo era una sensación tan encantadora, tan deliciosamente cálida… sabía que debería luchar contra eso, pero no quería hacerlo, no quería combatir la excitación que le provocaba la cercanía de Thomas. Con un súbito sentimiento de triunfo, le echó los brazos al cuello y se apretó aún más contra él.

—Mi hermana y yo solíamos hacer algo que llamábamos «crear un recuerdo» —

dijo—. No importaba el tipo de recuerdo, unas vacaciones, una excursión al parque, un chapuzón desnudas en algún remoto lago, lo que fuera. No importaba. Era simplemente algo que nunca deberíamos olvidar, algo que permaneciese con nosotras para siempre —posó la mirada en su boca, sonriendo sensual—. Creemos un recuerdo, Thomas.

—¿Eso es todo lo que seré para ti? —inquirió él, aspirando profundamente—.

¿Sólo un recuerdo de una grata experiencia sexual?

—¡No, por supuesto que no, no he querido decir eso! —exclamó poniéndole ambas manos sobre el pecho con expresión dolida y furiosa—. Sólo quería compartir algo especial contigo, ¡algo muy querido para mí!

—Lo sé, y lo aprecio. Pero yo no quiero crear un recuerdo contigo. Quiero hacer el amor contigo —la atrajo hacia sus brazos una vez más—. No sé a dónde nos va a llevar esto y tampoco me importa, sólo quiero amarte. Así… así… —y trazó con los labios un

sendero de pequeños besos en su rostro, hasta llegar a su cuello.

Cuando Thomas murmuró su nombre, los ojos violetas de Kathy revelaron toda la pasión que sentía. Sonrió. Sin decir una palabra, la levantó en brazos y la llevó a su dormitorio. Una vez allí, la dejó de pie sobre la alfombra y encendió rápidamente la luz. Lentamente, saboreando el momento, le quitó la camisa; ella no llevaba nada debajo. Luego le quitó la cinta con que se recogía el cabello y se lo dejó suelto sobre los hombros desnudos. Cuando Kathy levantó la mirada hacia él con los ojos brillantes, Thomas tomó sus senos en sus manos y se inclinó para besarle los rosados pezones.

Estremecida, la cabeza le daba vueltas; no podía pensar, y tampoco quería. Su pulso latía a un ritmo frenético, cuya primitiva música cantaba en su sangre haciéndola temblar de emoción. Thomas hundió los dedos en su melena dorada y la besó con una extraordinaria mezcla de rudeza y ternura.

Kathy recibió y correspondió a su beso con fiero ardor. Thomas, con el cuerpo tenso de expectación, la excitaba apretándola contra sí. Ella murmuró su nombre y se abrazó a él perdida, maravillosamente perdida, en la magia que juntos habían creado.

Luego él se desvistió, riendo cuando Kathy se apresuró a ayudarlo, hasta que yacieron desnudos en la cama fundidos en un solo cuerpo. Ella podía sentir su mirada fija en su cuerpo, provocándole un placer visceral; le quemaba la piel del cuello, de sus senos, de su vientre.

—Eres encantadora, maravillosa —le dijo él con voz ronca.

—Tú también —murmuró Kathy, delineando con los dedos los músculos de su pecho—. Eres hermoso.

Thomas se echó a reír y sembró su cuerpo de besos, explorándolo con pagano deleite. Luego la urgencia se apoderó de él y entró en ella sin violencia ni incomodidad alguna; todo fue gozo, alegría, maravilla. Por primera vez en su vida, Thomas comprendió el significado de dos personas confundidas en un solo cuerpo.

Kathy bostezó. En aquel momento la habitación se hallaba a oscuras. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado y tampoco le importaba. Se sentía maravillosamente cansada, saciada de amor. A su lado, Thomas se estiró perezosamente.

—Creo que mañana me quedaré en la cama —dijo después de bostezar—.

Habitualmente me levanto a las cinco para trabajar en mis jardines.

—¿De verdad? Eres como una caja de sorpresas —comentó Kathy con tono suave.

—Sólo soy un hombre sencillo, que hace todo lo que puede —repuso, haciéndola reír. Luego la besó en un hombro, maravillado de la tersura de su piel—.

¿Puedo descorrer las cortinas para que entre la luz de la luna?

—Oh, sí. Y abre la ventana también.

—La ventana ya está abierta —y se deslizó de la cama.

Cuando descorrió las cortinas, la brisa nocturna entró en la habitación llenándola del aroma de las flores, que se mezcló con el delicioso perfume del amor.

Luego volvió a la cama y se acostó a su lado.

—Mmmm, es maravilloso —murmuró Kathy.

—Sí que lo es. Bueno, y ahora a dormir.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—No puedo dormir apretujada contra alguien.

—¡Gracias a Dios! Yo tampoco —repuso Thomas levantándose rápidamente de la cama—. ¿Qué tal ahora?

—Bien. Nunca he sido capaz de dormir apretujada —bostezó—. Bueno, eso no es del todo cierto. Cuando éramos pequeñas, Karin solía dejar su cama y meterse en la mía y dormíamos las dos abrazadas. Pero todo nos daba tanto miedo entonces…

supongo que nos protegíamos mutuamente de los peligros de la noche.

—Me haces sentir pena cuando me cuentas historias como ésa —le confesó Thomas, suspirando—. Yo tenía una familia maravillosa. Yo no la valoré, por supuesto. Estaba demasiado ocupado alcanzando los objetivos que me había propuesto. Algunas veces me pregunto cómo podía soportarme la gente —rió—.

Especialmente mis hermanas. Yo me erigía en su guardián independientemente de que lo quisieran o no.

—¡Las comprendo perfectamente! —Exclamó Kathy—. Ah, hoy he estado visitando el centro Nina Logan. ¡Es un proyecto

magnífico, Thomas!

—Gracias.

Poco a poco se fueron quedando dormidos.

Para sorpresa de Kathy, el hecho de despertarse en la cama de Thomas no la inquietó tanto en un principio. Pero no podía evitar sentirse un poco incómoda. A la luz de la mañana, las cosas resultaban mucho más claras. «No debería estar aquí», pensó, pero esa advertencia no le hizo mucho efecto; se sentía tan bien…

El lado de la cama de Thomas estaba vacío, pero su aroma seguía impregnando su almohada. Abrazándose a ella, miró a su alrededor, deleitada con los recuerdos de aquella noche. Lentamente, abandonó reacia el calor de la cama. Sobre una mesa de la habitación descubrió unos retratos familiares. Thomas tenía una familia encantadora, pensó mientras contemplaba las fotografías con una leve punzada de envidia.

Mientras se dirigía al cuarto de baño, se preguntó dónde estaría Thomas. Para su sorpresa, vio su bata rosa colgada con la de él en el perchero de detrás de la puerta. Después de ponérsela, salió a buscarlo y lo encontró en la cocina, preparando un zumo de naranja. Sintiéndose de repente tímida y vacilante, se detuvo en el umbral.

—Hola —le saludó.

—Buenos días, Kathy —dijo él con una voz suave y vibrante que la hizo estremecerse de la cabeza a los pies—. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien —respondió aclarándose la garganta, y lo miró preguntándose si albergaría alguna duda o algún arrepentimiento sobre lo ocurrido la pasada noche—.

Esta situación me está resultando un poco difícil —le confesó—. Incómoda, diría yo.

¿No sientes lo mismo tú también? No, supongo que no. Eso no les pasa a los hombres.

—Sí que les pasa —replicó Thomas, limpiándose las manos—. Algunas veces, cuando es lo suficientemente importante. Mi problema particular consiste en evitar ponerte las manos encima mientras estoy preparando el desayuno. Estás deliciosa.

—Ya, apuesto a que sí —Kathy hizo una mueca escéptica—. Tenía tanta prisa por verte que ni siquiera me he lavado la cara. ¿Llevas mucho tiempo levantado?

—No mucho. Y tu cara es encantadora. Es más: exquisita —se acercó a ella y la besó en la frente, en la nariz y en los labios—. Me gusta tu bata rosa —declaró.

—Gracias. Es de Karin… era de Karin.

Thomas no replicó nada; simplemente la abrazó, reconfortándola.

—He pensado, si tú quieres, que podríamos bebernos un buen vaso de zumo fresco, y luego ir en coche a un lugar que conozco y pasear durante un rato, antes de desayunar en la panadería. Después, hay un buen número de lugares que quiero enseñarte. Es cuestión de elegir alguno. ¿Qué te parece?

—Estupendo —respondió Kathy—. Con una condición. Nada de presiones ni de conversaciones serias. Todo esto me asusta un poco, para serte sincera.

—Yo también encuentro esto un poquito atemorizante —rió Thomas—. De acuerdo, nada de presiones ni de conversaciones serias. Simplemente nos dedicaremos a conocernos el uno al otro.

—De acuerdo. Subo a ducharme.

—Yo te ayudaré —decidió Thomas después de un segundo de deliberar consigo mismo.

El paseo por los bosques resultó vigorizante para Kathy; para cuando llegaron a la pequeña panadería que conocía por Patsy, se le había abierto el apetito. Thomas pidió para los dos café con croissant, y Kathy empezó a comer de inmediato. De repente lo sorprendió mirándola sonriente y le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Me encanta la manera tan exquisita que tienes de comer.

—Fruto del aprendizaje de mi abuela Rose: «lo que tengas que hacer, hazlo con elegancia». De la señorita Pickle, nuestra profesora de cuarto grado, aprendimos a sentarnos correctamente ante una mesa.

—¿Cuándo utilizas la primera persona del plural, te refieres a la clase entera o sólo a ti? —inquirió Thomas, observándola por encima del borde de su taza.

—Me refería —explicó ruborizada— a Karin y a mí, como bien sabes.

Thomas dejó pasar ese comentario, a la espera de abordar alguna vez directamente esa simbiótica relación que aparentemente

Kathy había tenido con su hermana. Y posiblemente la tuviera todavía, aunque no fuera consciente de ello.

Después de pedir otras dos tazas de café, volvieron al coche.

Pasaron por pequeñas granjas y atravesaron verdes campos salpicados de flores, con el mar como telón de fondo.

—Es un lugar realmente encantador —reflexionó Kathy en voz alta—. ¿Cómo es en invierno?

—Frío, aislado por la niebla. Tranquilo y sorprendentemente cálido otras veces.

Tienes que adaptarte —explicó—. Pero si estás contento aquí, adaptarse es fácil.

Thomas abandonó la carretera y siguió por un camino que terminaba en una puerta cerrada con un gran letrero que decía No Pasar. Disponía de una llave.

—¿Cómo es que tienes una llave? —le preguntó ella cuando salían del coche.

—Porque este pedazo de tierra me pertenece. Lo compré el otro día.

Abrió la puerta. Kathy entró, y se detuvo para mirar a su alrededor. A corta distancia podían verse las aguas del estrecho, brillando a luz de la mañana; oscuros abetos rodeaban aquella especie de refugio. Pero lo que más atrajo su atención fueron las piedras de la playa: pequeñas, gruesas, redondas, ovaladas, negras moteadas de blanco y blancas moteadas de negro, todas pulimentadas por la erosión del agua.

Eran irresistibles y, con un júbilo infantil, Kathy empezó a recoger algunas.

—¡Son perfectas! —exclamó—. ¡Este es un lugar único, Thomas! estoy tan contenta de que hayas decidido comprarlo…

—¿Puedes imaginar el tiempo que ha tardado el mar en pulir y dar forma a estas piedras? —Le preguntó él, sentándose a su lado—. Puedes escoger tres.

—Cinco.

—De acuerdo, cinco —rió Thomas—. ¿Practicas el esquí?

—Sí.

—¡Estupendo! Tengo una casa en Tahoe, quizá podamos ir un día. Hacer esquí, tomar chocolate caliente, preparar fogatas…

—Eso suena divertido —sonrió Kathy—. A Karin y a mí nos

encantaba el esquí.

Pasar una semana o dos en Aspen era algo que hacíamos cada año, y nosotras…

—¿Nunca hacías algo sola, Kathy?

Aquella brusca pregunta la puso nerviosa.

—Yo… no sé lo que quieres decir.

—¿Alguna vez hacías algo por ti misma? Siempre hablas de «nosotras», no de ti.

—Por supuesto que he hecho cosas sola —replicó—. Por citarte una, me casé

—«y mira lo desastroso que fue», le dijo una voz interior. La confusión se mezcló con la incomodidad—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Creo que algunas veces —respondió Thomas, escogiendo las palabras con cuidado— mencionas a Karin como interponiendo una barrera entre nosotros. No digo que lo hagas de manera intencionada; supongo que es algo de lo que no eres consciente.

—Eso es ridículo —replicó asombrada—. Yo simplemente estaba intentando…

compartir contigo lo maravillosa que era Karin.

Thomas cambió de táctica, refugiándose en su sentido del humor.

—¡Dios mío, ver lo maravillosa que tú eres ya es suficiente para deslumbrarme!

Kathy lo miró pensativa por un momento, y después se echó a reír.

—Intentaré evitarlo, Thomas —repuso y, levantándose, se sacudió los vaqueros

—. ¿Te parece que sigamos adelante con la excursión?

Capítulo Ocho

Thomas permanecía de pie frente a la ventana. Aquel día que había parecido tan prometedor, se había vuelto húmedo y gris por la tarde. Kathy se encontraba en su habitación trabajando con el ordenador portátil, con un casi visible de *No Molestar* colgado del cuello. Estaba solo y se sentía desatendido. De repente, escuchó el sonido de unos pasos en las escaleras. Kathy entró en la habitación.

—¿Ya has acabado? —le preguntó él.

—Sí. He trascrito las notas, las he imprimido y están listas para el correo. A propósito, esa tienda de fotografía que me recomendaste hizo un excelente trabajo al revelar mis fotos. El artículo está por pulir, pero quería que mi editor lo leyese antes de publicarlo. Siempre me hace alguna buena sugerencia.

Thomas sólo pudo asentir. Kathy llevaba puesto un peto de tela vaquera, y se soltó los tirantes mientras cruzaba la habitación. Luego se quitó la prenda y quedó delante de él vestida solamente con una camiseta y su ropa interior de satén rojo.

—Estos han sido —dijo, echándole los brazos al cuello— los dos días más deliciosos de mi vida. Gracias, Thomas.

—¡Hueles tan bien! —enterrando el rostro en su cabello, la apretó contra sí aspirando su perfume.

Como si no pudiera contenerse, le quitó la camiseta; su sostén también era de satén rojo. Sus caricias la llenaron de un exquisito placer y, deseando dar tanto como recibir, Kathy le desabrochó la camisa. Sus pantalones eran un estorbo, y Thomas se los quitó rápidamente antes de sembrarle el cuello de besos.

—Es maravilloso —murmuró ella.

—Sí que lo es —asintió él—. Cada vez que te hago el amor, me quedo más y más maravillado. Y necesito saber… que tú sientes lo mismo que yo.

Kathy sintió una punzada de incomodidad ante la intensidad de sus palabras.

Pero él ya la arrastraba a la alfombra que estaba extendida delante de la chimenea y sus preocupaciones se evaporaron. Thomas le acariciaba la piel con los labios, al tiempo que sus manos, fuertes y seguras, parecían moldear su cuerpo. Con la voz

ronca, Kathy pronunció su nombre y fue hundiéndose cada vez más profundamente en aquel dulce ardor, hasta convertirse en una pura llama.

—¿Tienes sueño? —le preguntó él.

—Mucho —respondió Kathy, demostrándolo con un largo bostezo.

Se encontraban en la cama, flotando en una nube eufórica que sólo recientemente había tocado tierra otra vez. A Thomas todavía le picaba la piel a causa del contacto con la alfombra. Después, había llevado a Kathy en brazos hasta la cama, y había vuelto a hacerle el amor. De repente, se rió en voz alta y la abrazó, para luego pronunciar en un impulso:

—Te amo, Kathy.

—¡No! —exclamó ella, tensándose—. Por favor, Thomas, no. Ya me siento bastante vulnerable así, tal como estoy. No me hagas arrepentirme —y añadió alzando la voz—: No puedo enamorarme de ti.

—Demasiado tarde —replicó él con despreocupada confianza—. Creo que ya lo estás. De hecho, cuanto más pienso en ello, más convencido estoy. De hecho, mi querida Kathy, creo que estás loca por mí.

—Y yo creo que tú estás completamente loco —le espetó, pero él detectó una involuntaria sonrisa en su voz.

—Deberías avergonzarte, Kathy. Millones de personas dedican sus vidas a buscar el amor y nunca lo encuentran.

—La única cosa que estoy buscando ahora mismo es dormir.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —exclamó él, despeinándola cariñosamente—.

Buenas noches, Kathy. Felices sueños.

«Te amo, Kathy», repetía maravillado y en silencio Thomas. Era extraño que en ese momento viera tan claro lo que antes se había negado con tanto empeño a reconocer. Ansiaba que ella le dijera que lo amaba. Pero el amor, ahora lo sabía, no era algo condicional sino un regalo entregado libremente. Aunque entregado con la esperanza de reciprocidad, el tipo de amor que Thomas quería carecía completamente de obligación o condición alguna.

«Si yo pudiera estar a la altura de ese ideal…», pensó Thomas, acercando el rostro al cabello de Kathy. Seguía siendo humano, y

además vanidoso. Y la vanidad, admitió con ironía, exigía la correspondencia en el amor. Pero lo que tenía ahora mismo era sublime.

De repente advirtió que el sueño de Kathy se estaba volviendo inquieto; de vez en cuando, algunos sonidos inarticulados escapaban de sus labios. Y cuando se incorporó bruscamente, gritando desconsolada, Thomas se dio cuenta de que lo había estado esperando. La abrazó con firmeza, reconfortándola.

—Sshhh, Kathy, todo está bien, amor mío, todo está bien —repetía sin cesar, sabiendo demasiado bien que en el fondo no era así. Se sentía terriblemente incapaz de combatir sus terrores nocturnos.

—Lo siento, Thomas —musitó ella, recuperándose.

—Yo también lo siento. ¿Otra pesadilla?

—¡Nunca me abandona, nunca me abandonará! —exclamó desconsoladamente.

—Oh, cariño, claro que sí.

—¡No, no!

Se liberó de su abrazo y fue hacia la ventana, desnuda, frágil, conmovedoramente vulnerable a la luz de la luna. Thomas se reunió con ella.

—¡Oh, Thomas! —lo empujó gritando, llorando furiosa—. Por eso no puedo amarte, ¿es que no te das cuenta? He perdido a todas las personas que he querido, mis padres, mi abuela, mi hermana, ¡todos! ¡Todos me han sido arrebatados! No, Thomas, no me toques —se abrazó—. No puedo soportar más pérdidas —y añadió alzando la voz—: ¡No puedo, maldita sea, no puedo!

Enmudecido por su angustia, Thomas le acarició los hombros; sabía lo que tenía que hacer. Reconoció que estaba asustado. Era un hombre fuerte, y podía soportar cualquier cosa, excepto su desprecio y su desdén. Pero el amor lo había vuelto más decidido que nunca a quebrar sus defensas. Kathy se estremeció, y él tomó la sábana de la cama y la envolvió en ella.

—No vas a perder a nadie, Kathy —empezó a decir.

—Oh, deja los tópicos de una vez —lo interrumpió, con la voz desgarrada por la emoción—. Ya he escuchado todo eso antes. ¡No me ayudó entonces y no me ayudará ahora!

Thomas dudó, pero luego se afirmó en su decisión.

—Kathy, quiero decirte algo. Quería decírtelo antes, pero no estaba seguro de cómo reaccionarías. Sin embargo, creo que podría servirte de ayuda ahora.

—¿De qué se trata? —le preguntó, confundida.

—No hay ninguna razón para que le tengas miedo a la muerte. Esto no es ningún tópico, Kathy, es una experiencia personal. Yo sé lo que es eso. Lo conozco.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo sabes?

—Quiero decir que yo estuve muerto, Kathy. Tuve un accidente de coche mortal.

Pálida, Kathy tuvo que sentarse al lado de la ventana, mirándolo con unos ojos como platos.

—Thomas, me estás asustando —musitó.

—No es esa mi intención —aspiró profundamente—. Tuve lo que se llama una

«experiencia cercana a la muerte». ¿Conoces ese término?

—He leído algo sobre eso. Es un tema muy controvertido, si no recuerdo mal.

—Mucho —concedió él, irónico—. Raras veces se lo menciono a alguien. Pero a mí me sucedió, hace unos cuatro años. Mi coche chocó contra una barrera, cayó por un profundo barranco y estalló en llamas antes de llegar al fondo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Kathy, llevándose una mano a los labios.

—Pero fui rescatado del coche —se apresuró a continuar Thomas—. Recuerdo con claridad haber observado la escena como si estuviera fuera de mi cuerpo. Kathy, yo vi mi cuerpo volando por el aire y cayendo en la maleza, destrozado, pero con un interés no mayor que el que habría demostrado por un refugio temporal que hubiera dejado atrás. No tenía miedo. Estaba en paz. En una paz absoluta —la miró intensamente—. ¡Luego me sumergí en la más fantástica luz que hayas visto, Kathy!

¡Y allí había gente esperándome para darme la bienvenida, todos radiantes, todos brillando con una increíble luz! —le falló la voz mientras intentaba describir lo que había experimentado, temiendo que no le creyera.

Kathy se movía incómoda en su silla, y Thomas leyó en sus ojos la pregunta que se estaba haciendo a sí misma. ¿Realmente él creía

en aquello?

—¿Qué sucedió después? —le preguntó ella.

Thomas adoptó una expresión de alivio. No veía interés en su rostro, pero al menos le estaba haciendo caso.

—Luego… de repente me encontré en un jardín, el jardín más maravilloso que he visto en mi vida, con flores tan brillantes y coloridas… —sacudió la cabeza mientras intentaba describirlo—. Tan encantador, tan exquisitamente encantador…

—concluyó suspirando—. Yo quise permanecer allí para siempre.

—Pero volviste.

—Volví. No quería, pero alguien me convenció de que debía hacerlo. Kathy, no podrás dar crédito al poder de transformación que esa experiencia ejerció sobre mí —

le espetó—. Volvió mi vida cabeza abajo, cambió completamente mis valores, mis prioridades… te dije que yo no te habría gustado en aquel entonces, y te dije la verdad. ¡Era un verdadero mercenario, tan obsesionado por las cosas materiales! —

aspiró profundamente intentando tranquilizarse—. ¿Y bien? ¿Algún comentario?

—Pudiste haberlo soñado todo, Thomas —dijo ella con tono suave.

—No lo sé —repuso él, sacudiendo la cabeza—. Cuando volví a la escena del accidente, allí había ambulancias y personal sanitario… y oí cómo me daban por muerto, Kathy. Pero recuperé la consciencia en el hospital.

—Y yo me alegro muchísimo por ello, Thomas —Kathy se levantó, envuelta en la sábana como una diosa griega.

«Una diosa llorosa», pensó Thomas. Fue hacia ella, y en esa ocasión, se dejó abrazar.

—No sé qué más decirte —le confesó, y escondió la cabeza en su pecho, emocionada.

—No tienes que decir nada —la besó en el pelo—. Tenía el propósito de compartir todo esto contigo. Creo que es posible que Karin tuviera la misma experiencia, que ella sintiera la misma paz que yo.

Karin se quedó tensa, rígida.

—Quieres decir que ella… que ella podría haberse…

—Ahorrado el terrible dolor que tú te imaginas. Sí, eso es exactamente lo que quería decirte.

—Pero no hay ninguna prueba científica de la «experiencia cercana a la muerte»

—replicó Kathy con tono suave y expresión anhelante.

—No —concedió él—. Pero sólo porque no pueda ser reproducida en un laboratorio no quiere decir que no suceda. Personalmente, yo creo que sucedió. ¡Fue tan condenadamente impresionante, Kathy…! No es posible describirlo con palabras.

—Pero yo todavía echo tanto de menos a Karin… —sollozó Kathy tras un momento de reflexión.

—Lo sé —murmuró él—. Eso es realmente el dolor, la sensación de pérdida de alguien, que al irse, ha dejado un horrible vacío en nuestra vida —la levantó en brazos y la llevó a la cama; luego se sentó a su lado—. Entonces, ¿te ha ayudado algo de esto? ¿O crees que estoy chiflado? —le preguntó, esperando sin aliento su respuesta.

Kathy se mordió el labio; no sabía qué pensar. Pero no tenía ninguna duda de la firmeza de su convicción.

—No creo que estés chiflado. Y aunque no esté plenamente convencida, tu experiencia fue real y no fue ninguna ilusión —dijo cuidadosamente—. No dudo de la validez que tiene para ti. Tú crees que fue real y eso es lo que importa —le acarició tiernamente una mejilla—. Sé que te ha resultado duro compartir conmigo tu historia, y te lo agradezco. Me ha dado mucho que pensar.

Thomas se limitó a sonreír. Había muchas más cosas que quería decirle, pero ella lo miraba a través de sus pestañas, entreabriendo los labios con gesto invitador.

Y presa de un súbito deseo, la besó. Kathy respondió con la misma avidez. Hicieron el amor dulce, apasionadamente, con un infinito y salvaje abandono. Después, Thomas la abrazó hasta que se quedó dormida.

—¿Y ese sombrero? —le preguntó Thomas a Kathy cuando se reunió con él para desayunar a la mañana siguiente.

—Es por el estado lamentable de mi pelo.

—Nada que yo haya hecho, supongo —sonrió malicioso mientras le servía el café.

—Ciertamente no me has ayudado mucho —musitó.

Flexionando los dedos, suspiró—. Estoy hecha un desastre, un completo desastre. Mira estas uñas. Necesito una manicura, un corte de pelo…

—Puede que te sorprenda, pero tenemos de todo eso en la isla —replicó Thomas alegremente.

—¿Crees que una mujer puede ir a cualquier peluquería? —le preguntó, mirándolo fijamente con falsa expresión seria. Luego, ignorando su respuesta tomó su taza de café con las dos manos y aspiró su aroma—. Ah, haces un estupendo café.

—¿Y también hago bien el amor?

—Adecuado. ¡Aj, Thomas, este café está ardiendo!

Thomas se echó a reír con todas sus fuerzas. Era tan feliz… porque sabía que Kathy lo amaba; esa era la fuente de su alegría. Desde luego ella todavía no se atrevía a admitirlo; temía amarlo, temía el daño que, según creía, casi con toda certeza podría causarle. Y quizá él también podría resultar herido, pensó Thomas. Era un desafío que aceptaba sin pensar. ¿Pero podría aceptarlo ella?

Kathy se levantó para servirse otra taza. Tenía planes para ese día; quería ir a la oficina de correos y luego pasar al otro lado del estrecho. Reacio, Thomas renunció a la idea de pasar el tiempo solo con ella. Aunque quería hablar de su relación, decidió esperar a que fuera ella quien sacara el tema. Pero no lo hizo. A fuerza de voluntad, tuvo que reprimir el impulso de acorralarla. «Tranquilo, Logan», se advirtió. A una mujer como Kathy le llevaría tiempo abrirse al amor, y él tenía que concederle ese tiempo.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —le preguntó ella.

—En ti —respondió apesadumbrado, y la besó.

—Thomas… Thomas, ya estamos vestidos y preparados para irnos —dijo Kathy sin aliento—. No tenemos tiempo…

—Siempre hay tiempo —replicó él, reclamando de nuevo sus labios, besándola sin cesar.

La pasión que juntos habían creado era increíble, pensó por un instante antes de que todo pensamiento racional desapareciera de su mente. Triunfante, la levantó en brazos y la subió a su habitación.

Aunque habían perdido el ferry y tuvieron que esperar al siguiente, Kathy consiguió ver los paisajes que quería. Dejaron el encantador puerto de Ariacortes para dirigirse a Desolation Pass,

una zona famosa por sus espectaculares vistas.

Gastó varios carretes de fotos y le hizo muchas a Thomas, que por su parte también ofrecía una vista maravillosa, según concluyó Kathy.

Después de una rápida comida volvieron a tomar el ferry, saltando de isla a isla. Ya era la última hora de la tarde cuando volvieron a la casa. En el mismo momento en que entraron, Thomas capturó su atención con una atractiva propuesta.

—Pareces cansada. ¿Qué te parece si tomamos una cena ligera? ¿Unas galletas, queso y vino?

Kathy parecía encantada con la idea.

—Mientras tomamos un baño caliente —añadió él—. Comida, sensualidad y una estimulante conversación. ¿Qué opinas?

—Suena delicioso. Tú ve a buscar toallas y las copas de vino, yo me encargo del resto. Vamos —dijo con tono imperioso cuando él protestó—. Te has ganado una sesión de mimos por lo bien que te has portado hoy.

Thomas ya estaba sumergido hasta la barbilla en el agua cuando Kathy se reunió con él. Tenía la cabeza apoyada en el borde de la bañera, con los ojos medio cerrados. Ella se había puesto su bata. Embelesado, Thomas la observó discretamente cuando dejaba a un lado la bandeja y se quitaba la bata, para quedar ante él vestida con otro de sus escandalosos conjuntos de ropa interior, de satén negro.

Cuando Kathy se sumergió en la bañera frente a él, Thomas sirvió el vino y le puso una copa en la mano.

—Gracias. Um, esto es exquisito —suspiró ella—. Acerca de tu «experiencia cercana a la muerte», Thomas… supongo que te traería muchos problemas.

—Al principio, desde luego. Sobre todo a causa de la reacción de las pocas personas a quienes se lo conté. En el mejor de los casos decían que era un mal sueño, y en el peor, una aberración mental que podría incluso requerir tratamiento psiquiátrico —dijo irónicamente.

—¿Oh, Thomas, podrías culparlos entonces? —Lo recriminó Kathy—. Acababas de salir de un terrible accidente, y tienes que reconocer que es una historia bastante rara.

—Y también la más intensa experiencia que he tenido —repuso él—. Durante un tiempo casi me volví loco en el intento por cuadrar

lo que yo pensaba con lo que pensaban los otros. Integrar algo como aquello en tu vida normal no es una tarea fácil, Kathy. Cuando vine aquí, estaba muy confuso. Después decidí confiar en mí mismo, hacer algunas investigaciones, leer algunos libros. Luego oí hablar de la Asociación Internacional de Experiencias Cercanas a la muerte. Me incorporé a uno de los grupos de apoyo que tienen en el país… —Thomas se detuvo. Confiar a otra persona algo tan profundamente personal le hacía sentirse atrozmente vulnerable. Y

se obligó a relajarse—. Lo que aprendí es que simplemente fui una de las numerosas personas, incluyendo niños pequeños, que han vivido esa experiencia.

—¿Niños pequeños? ¿De verdad? —le preguntó ella, abriendo mucho los ojos.

—Sí. ¿Pero qué tiene de extraño eso? Los niños también resucitaron. Hay varios libros que tratan ese tema.

Kathy asintió reflexivamente, y bebió un sorbo de vino. Percibiendo su desinterés por seguir con ese tema, Thomas sonrió al sentir los dedos de los pies de Kathy deslizándose por su muslo, cada vez más arriba, y se echó a reír cuando el contacto llegó a ser más íntimo. Por un momento se deleitó con aquella sensación; pero tenía algo más que decirle antes de sumergirse en aquel placer.

—Odio estropear esto, pero te pido un minuto más de seriedad. Lo necesito.

Kathy, sé que querías mucho a tu hermana. Pero un dolor exagerado, la incapacidad de seguir adelante y sobrellevar una desgracia, puede llegar a ser una carga excesiva también para quien te ama mucho —su voz adoptó un tono de urgencia—. Deja de aferrarte a ella, Kathy. Déjala ir, déjala con su paz.

Kathy lo miró fijamente, sombría. Con un excesivo cuidado, dejó su copa en el borde de la bañera.

—Eso es tan cruel, Thomas, tan cruel… —le tembló la voz—. Decirme eso a mí, acusarme de sentir un dolor exagerado, de aferrarme a… ¡Dios! ¿Y tú dices que me amas? —se incorporó bruscamente—. Pues hazme el favor de no amarme, ¿vale?

—No podría dejar de amarte ni aunque lo quisiera. Y no estoy siendo deliberadamente cruel conmigo; lo sabes perfectamente —replicó bruscamente.

Conmovido por su dolor, abrió los brazos—. Ven aquí, cariño,

déjame abrazarte mientras intento explicártelo.

—¡No quiero ninguna explicación! —gritó y, volviéndose, se dispuso a salir de la bañera.

Thomas la agarró de la cintura y la atrajo hacia sí bruscamente, de forma que salpicaron agua por doquier y ambos se empaparon. Kathy se aferró a sus hombros para sostenerse, y él se limitó a abrazarla en silencio.

De vez en cuando, ella se limpiaba los ojos; Thomas sospechaba que no era por el agua que le corría por el rostro. Eran lágrimas, y el remordimiento hizo presa en él.

La atrajo con más fuerza contra su regazo y la besó con pasión.

—Kathy, sé que todavía estás trastornada por el dolor de la muerte de Karin…

el dolor es algo natural. Pero dentro de unos límites, cariño. Una vez que se cruzan ciertas fronteras llega a ser perjudicial, tanto para ti como para el recuerdo de tu hermana.

—No sé qué responder a eso —repuso ella, cubriéndose el rostro con las manos

—. ¡No sé qué es lo que quieres de mí, Thomas! —gritó.

—Quiero que abras los ojos y veas. Karin se ha ido, Kathy. Tú no. Tú estás aquí, estás viva. No eres media persona, no eres la otra parte de Karin. Tú eres tú. Fuerte, inteligente, viva en el más rico sentido de la palabra. Y la vida es algo precioso, Kathy. Te engañarás a ti misma si no vives cada minuto de esta vida en toda su intensidad.

—Thomas el oráculo —murmuró irónica, suspirando profundamente.

—Thomas el hombre —presionó los labios contra su cabello húmedo—, que está haciendo todo lo posible para buscarle un sentido a todo esto. Pero antes creo que todavía necesitas desahogarte. Así que vamos, háblame.

—¿De qué?

—De Karin y de ti —contestó firmemente—. Cuéntamelo todo acerca de las dos, empezando por el principio.

Capítulo Nueve

Los vientos de la isla Oreas tenían cierto sabor a sidra, decidió Kathy mientras disfrutaba del clima caprichoso. Las primeras gotas de lluvia resbalaron por su rostro y le refrescaron agradablemente los brazos desnudos. Cuando arreció el chaparrón, buscó refugio en el cenador. Con la cámara en la mano, se sentó haciéndose un ovillo en el banco circular. Se encontraba abierta y accesible.

—En vez de cerrada como una almeja —dijo, riéndose de sí misma.

Cuando Thomas le había preguntado si sentía alguna diferencia en su estado de ánimo después de su conversación, realmente no había sabido qué responder. A pesar de su resistencia interior, había sido sincera con él. Quería creer en las conclusiones de la intensa experiencia de Thomas y aplicarlas al caso de Karin, pero por otro lado sabía que las circunstancias de su muerte se imponían sobre cualquier convicción personal.

De cualquier forma, sabía que un cambio se había producido en ella. El atroz dolor que había sentido por Karin se había atenuado un tanto. Le parecía natural, como el frescor que acompañaba a una tormenta de verano. Cualquiera que fuera la causa, se sentía agradecida por ese respiro.

La lluvia cesó. Kathy cerró los ojos, recreándose en su soledad. La necesitaba.

Su relación con Thomas se había intensificado mucho durante los últimos días, reconoció sintiendo un delicioso estremecimiento. Como era habitual en ella, se sentía escindida con respecto a ese hecho; por una parte gozaba de aquella intimidad, y por otra, campanas de alarma sonaban en su cerebro ante su presencia.

«Thomas», pensó. Involuntariamente sus labios esbozaron una sonrisa.

Verdaderamente lo amaba; como él le había dicho, no tenía elección respecto a eso.

Todavía se sentía incómoda al oírle hablar de amor; por eso se reía y lo llamaba

«romántico incorregible». Pero en realidad, estaba experimentando sentimientos sorprendentes: júbilo, excitación,

pasión y el más dulce de todos, una extraña sensación de contento. «Todos muy frágiles», se recordó en el momento en que vio a Thomas dirigiéndose a su encuentro.

—¿Molesto?

—No, entra —lo invitó. Le agradaba su delicadeza y descripción. Cuando le dijo que necesitaba un poco de espacio, él pareció comprenderlo perfectamente. Al menos no se había dolido de su necesidad de estar sola—. ¿Has terminado con tus papeleos? —le preguntó a Thomas mientras se sentaba en el banco, a su lado.

—En su mayor parte sí —se estiró perezosamente, y le pasó un brazo por los hombros—. ¿Tú has hecho algo?

—He hecho más fotos. A pesar de la lluvia la luz era fabulosa, con un brillo muy especial. Quería incluir este sector de la isla en mi libro —le comentó—. Si es que al final hago un libro, claro está.

—Eso es nuevo para mí —observó Thomas—. ¿En qué tipo de libro estás pensando?

—En uno de esos maravillosos libros llenos de color, de gran calidad, que guardas para siempre, con atractivas fotos de paisajes de Norteamérica y de sus gentes. Sonríe —le dijo, enfocándolo de repente con la cámara.

—Vas a desperdiciar la película, Kathy —replicó él, haciendo una mueca.

—Qué va —levantándose, empezó a hacerle fotos mientras él reía y protestaba a la vez.

Al fin Thomas se levantó y la abrazó por la cintura, atrayéndola hacia sí.

—Compórtate —le ordenó divertido, y la besó hasta dejarla sin aliento.

Justo en ese momento brilló el sol, atravesando las nubes con sus rayos dorados.

—¿Lista para la exploración? —Le preguntó Thomas—. He pensado que podríamos recorrer mis bosques. Te encantará… abetos gigantes, helechos que te llegan hasta la cintura. Y mucha fauna salvaje, también.

—Espero que sea inofensiva —repuso Kathy.

Thomas se echó a reír y le despeinó cariñosamente el cabello. Para él, habían pasado como un sueño los días y las noches mágicos que habían compartido. Nunca había querido tanto ni tan

profundamente a ninguna otra mujer. Y ella también le quería; estaba seguro de ello.

Sin, embargo, él la quería para siempre. ¿Cuánto lo querría ella? No lo sabía, y tuvo que reconocer que quizá se estuviera engañando a sí mismo. Seguir adelante sin saber exactamente lo que sentía Kathy no era la cosa más inteligente que había hecho en su vida. «Bueno, pero tampoco la más estúpida», decidió mientras tomaba a Kathy de la mano. Ciertamente ella todavía no le había hablado de amor, ni siquiera en sus momentos más apasionados. Pero él era consciente de que el proceso seguía su curso. Kathy se estaba abriendo como una flor, y Thomas sabía que sólo era una cuestión de tiempo que llegara a admitir esa verdad y luego se la revelara a él.

Al final de aquel ajetreado día, Kathy se encontraba más que deseosa de relajarse en la cocina disfrutando de una cena ligera en compañía de Thomas. Más tarde volvieron a relajarse tomando un baño caliente, un episodio amoroso que terminó en el dormitorio.

Nunca había imaginado que una pasión pudiera unir a dos personas tan estrechamente, de una forma tan hermosa y espléndida, pensó Kathy, soñolienta. «Y

tan peligrosamente adictiva», añadió en silencio.

En esa ocasión el juego había dado paso al amor; se habían divertido. En la experiencia anterior de Kathy, el sexo siempre había sido algo serio, no una diversión. La piel le ardía con sus caricias. «Todas estas sensaciones son maravillosas, pero puramente físicas», llegó a pensar Kathy en cierto momento, para reconfortarse.

Porque no había ningún peligro en el placer físico, ninguna posibilidad de salir herida. Todavía se sentía a salvo.

Apoyó una mano sobre el pecho de Thomas. Estaba dormido. Satisfecha, se acurrucó contra él y la fue venciendo el sueño… fue entonces cuando comenzó la pesadilla. En esa ocasión, Kathy no gritó ni hizo ningún tipo de ruido. Se encontraba atrapada en un terrible trance, demasiado paralizada por el horror para mover un solo músculo. Tenía que parar el sueño, ¡pararlo ya, antes de que fuera demasiado tarde! Su lucha por salir a la consciencia era como caminar por un profundo cenagal; cada paso le costaba un terrible esfuerzo. Algo la estaba siguiendo y ella tenía que huir; enfrentarlo

significaría el fin de todo.

Luego ese algo se cernió sobre ella. Y Kathy no pudo hacer nada para evitarlo.

¡Nada! Se incorporó bruscamente en la cama, ahogando el grito antes de que se le escapara de la garganta. Se dio cuenta de que le temblaba todo el cuerpo. Temerosa de despertar a Thomas, salió de su habitación y subió a la suya. Encendió la lámpara y se sentó en la cama. Seguía temblando, todavía impresionada por la intensidad de su pesadilla. Estremecida, se hizo un ovillo, una familiar posición que, sin embargo, esa noche no le ofrecía ningún consuelo.

La desolación hizo presa en ella cuando la pesadilla se repitió. Volvió a vivir la misma aterradora escena: el accidente de avión, sus desesperados intentos por alcanzarlo antes de que estallara en llamas, la horrible conciencia de que nuevamente fracasaría…

Sólo una cosa había cambiado en su sueño. En esa ocasión, el piloto era Thomas.

—¿Kathy? —Thomas la sacudió ligeramente—. Kathy, ¿estás bien?

—Thomas, ¿qué…? ¡Oh! —Exclamó, despertándose—. Sí, estoy bien…

—Has vuelto a tener otra pesadilla —se sentó en la cama, acariciándole el cabello.

—Sí —admitió, suspirando profundamente, disfrutando de la caricia de su mano en la mejilla.

—¿La misma?

—Tan mala como siempre —la leve vacilación de Kathy resultó imperceptible para Thomas—. Mmmm, tienes buen aspecto —le dijo sonriente al ver que llevaba el pecho desnudo.

Cuando él correspondió a su sonrisa, Kathy se sintió impulsada a hacerle espacio en su cama. «¡Oh, Kathy! ¿Qué vas a hacer?», se preguntó. Ella misma respondió a esa pregunta acurrucándose en sus brazos y cerrando los ojos a la dura realidad.

—Vuélvete a dormir —murmuró él—. Sólo son las cinco y media. No debería haberte molestado, pero estaba preocupado. Despertarme para descubrir que no estabas en mi cama no es la mejor manera de empezar el día.

Por omisión, Kathy sabía que le había mentido. Había querido confiar en él, pero luego había dudado supersticiosamente; quizá si

le contaba el sueño, podría atraer la mala suerte… ¡de manera que su pesadilla fuera un mal augurio! O tal vez fuera simplemente el residuo de su miedo forzado a aflorar a la superficie, reconoció cansada. Como quiera que fuese, el riesgo era demasiado grande. No podía decirle que en esa ocasión no era su hermana, sino él mismo quien había perecido en el incendio del avión, mientras que ella «no había podido hacer nada para evitarlo».

Un repentino pensamiento la hizo estremecerse. Por pura fuerza de voluntad se quedó perfectamente inmóvil, fingiendo adormilarse. Pero era como si su corazón se hubiera detenido, para luego acelerarse frenéticamente mientras alcanzaba la terrible conciencia de que sí podía hacer algo para evitarlo. Podía acabar con aquello.

Aquel pensamiento ejercía el mismo efecto sobre ella que el ácido sobre su piel.

Al principio rechazó el dolor que le producía pero luego, adoptando una expresión decidida, lo aceptó. ¿Qué opciones tenía? La posibilidad de perder a Thomas de aquella forma le resultaba intolerable. Sabía que la destrozaría.

«Además, ¿qué bien podrías hacerle a él?», se preguntó. «Necesita una mujer fuerte con quien compartir su vida, y no una criatura temerosa que ni siquiera pueda compartir sus mayores alegrías. Terminarías haciéndole un favor». Kathy cerró los ojos para contener las lágrimas, preguntándose por qué el amor tenía que doler tanto.

Se quedó sin aliento al tomar conciencia de lo que acababa de admitir: amaba a Thomas Logan. Demasiado, demasiado pronto, pero lo amaba de todas formas. Y

siendo así, ¿cómo iba a separarse de él?

Los siguientes dos días fueron un exquisito tormento para Kathy. Decidida a no hacerle más daño del necesario, se mostró tierna y cariñosa. Pero una especie de barrera se había elevado entre ellos en la forma de un sutil distanciamiento.

Thomas lo sabía; no se dejaba engañar por su risa ni por su deliciosa voluntad de abandono cuando hacían el amor. Le estaba escamoteando el aspecto más importante de ella misma, cerrando su acceso de muchas pequeñas maneras. La frustración y la furia empezaron a crecer dentro de él, una pequeña brasa que no tardó en convertirse en un incendio. Intentó apagarla, pero no pudo.

Acostumbrado a actuar rápida y decisivamente para solucionar los problemas, le resultaba extremadamente difícil soportarlos. Intentó descubrir la razón de aquel retraimiento emocional diciendo con un fingido tono de diversión:

—¡Esto es un poco atemorizante! Lo que sentimos el uno por el otro… hace que quieras retraerte y decir: «Hey, ¿estoy seguro de que sé lo que estoy haciendo?», incluso aunque estés seguro al cien por cien.

—Yo diría que estoy al cincuenta por ciento segura —rió ella.

—Lo siento, pero no le encuentro la gracia a esa frase —Thomas dejó de sonreír

—. De hecho, me parece muy problemática. Yo sé exactamente lo que siento por ti.

¿Qué es lo que te confunde, qué es lo que te hace dudar tanto con respecto a mí? Sé que estás preocupada, Kathy. Maldita sea, lo sé. ¿Entonces qué es? ¿Qué ha pasado?

—Por supuesto que estoy preocupada, ¿cómo no podría estarlo? Eres un tipo estupendo, Thomas, pero… ahora mismo me siento muy confundida. Tengo muchas cosas en la cabeza, tú me has dado tantas cosas en qué pensar…

—¿Cómo qué? —le preguntó, observándola detenidamente.

—Oh, ya lo sabes —cada vez más consciente del temblor de sus piernas, tuvo que apoyarse en la mesa del comedor—. No quiero hablar más de esto, ¿de acuerdo?

—¡No, no estoy de acuerdo! —La frustración que sentía Thomas estalló de una vez—. Maldita sea, Kathy, háblame, dime qué problema tienes. Tan pronto estamos bien y somos felices, como de repente te encierras bajo una capa de hielo. He intentado romperla, lo he intentado con todas mis fuerzas, hasta hacerme daño, pero tú continúas rechazándome, guardando una distancia. Después de la forma en que me sinceré contigo, desnudando literalmente mi alma… ¿tienes alguna idea de lo mucho que implica esa confianza? Pero deseaba tanto ayudarte a superar tus terrores… —se pasó una mano por el rostro—. ¡Al menos dime por qué me rechazas de esa manera!

—Thomas —a Kathy se le había encogido dolorosamente el corazón—, lo siento, no tenía ninguna intención de hacerte daño…

—Entonces deja de hacerlo. ¡Deja de huir!

—No estoy huyendo. Yo… —luchaba en su interior la furia y la desesperación, y acabó ganando la primera—. Te dije lo que sentía acerca del amor, ¡te lo dije una y otra vez! ¡Pero tú no me escuchaste, nunca escuchaste nada que no quisieras oír! —

Temblando, le sostuvo la mirada—. Estás demasiado acostumbrado a hacer de jefe, a hacerte cargo de todo, a hacer las cosas a tu manera. Bueno, pues no siempre te vas a salir con la tuya, Thomas. No eres el jefe aquí. Mis opiniones, mis sentimientos… ¡son tan válidos como los tuyos!

Thomas retrocedió, como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Acaso por un momento he sugerido yo que no lo fueran? —Preguntó con amargura; como no contestó nada, añadió—: Aunque quizás estés en lo cierto acerca de que no te escucho.

—Quizá haya llegado la hora de que empieces a hacerlo, Thomas.

—Quizá —repuso cerrando los puños, mirándola con los ojos brillantes—. Y

quizá también haya llegado la hora de dejar de sentir tanto y empezar a pensar más

—girando sobre sus talones, salió a toda prisa de la habitación.

Kathy tuvo que agarrarse a la mesa para evitar correr tras él. Sólo cuando lo oyó arrancar su coche se llevó las manos al rostro, bañado en lágrimas.

—¡Oh, querido! Perdóname —musitó.

Le hacían daño en la garganta las cosas que había querido decirle. Llamar a Patsy fue casi un acto reflejo.

—Patsy, de verdad, necesito hablar contigo. ¿Puedo verte?

—¡Oh, Kathy, por supuesto que sí! —le aseguró Patsy con tono reconfortante.

Patsy la estaba esperando en el minúsculo porche de su casa cuando Kathy apareció.

—Como en los viejos tiempos —le dijo en el momento de abrazarla—. Entra, querida. Siéntate; voy a preparar un té.

Las viejas y familiares expresiones de su amiga hicieron reír a Kathy, a pesar de su dolor. Sentada frente a ella en un rincón de la cocina, bebió un sorbo de té y le confesó:

—Quiero a Thomas.

—¡Oh! —exclamó, sobresaltada—. ¿Qué sucedió?

—Que en un principio no quería enamorarme, y cuando lo hice fui feliz hasta que… —Kathy aspiró profundamente—. De repente tuve aquella pesadilla otra vez, sólo que esta vez era Thomas quien moría abrasado en el avión… y no pude soportarlo, Patsy, ¡simplemente no pude!

Prudentemente, Patsy guardó silencio.

—Así que después intenté retraerme. Lo hice bien, fingí que todo estaba bien mientras trataba de encontrar una manera de cortar sin hacerle daño.

—Pero él se dio cuenta.

—Sí. Tuvimos una discusión y se marchó de la casa —Kathy se esforzó por no llorar—. La historia ha terminado.

—¡Oh, por supuesto que no! Simplemente dile lo que me acabas de contar. Él lo comprenderá, cariño.

—No puedo decírselo. ¡No puedo! —Estalló en sollozos—. ¿Cómo puedo decirle que vi su accidente de avión? ¿Cómo puedo siquiera sugerirle la idea?

—Creo que me he perdido algo —Patsy la miró, confusa—. ¿Por qué no se lo dices? ¡Oh! ¿Quieres decir que temes que sufra ese accidente sólo porque tú…? No sabía que eras tan supersticiosa, Kathy.

—Habitualmente no, pero con esto sí que lo soy. Patsy, tú me dijiste que creías que los sueños eran mensajes. Bueno, ¿y si es verdad, y si este sueño era un mensaje?

¡Un mal augurio, incluso! Habrás oído hablar de profecías que provocan por sí mismas las desgracias… ¡Podría incluso traerle mala suerte por estar a su lado, por el amor de Dios!

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Es incluso posible que yo… Patsy, he empezado a pensar que estoy maldita, que traigo mala suerte a la gente que quiero.

—¿Entonces por qué has venido a buscarme? —le preguntó Patsy con tono razonable—. ¿O es que no me quieres?

—Por supuesto que te quiero —Kathy escondió el rostro entre las manos—.

Quizá me esté engañando con todo esto, no lo sé —añadió cansada—. ¿Pero y si no es así? Después de todas esas cosas extrañas que me ha contado Thomas, ¿quién puede decir lo que tiene sentido y lo que no? O podría llegar a ser una realidad, si yo

lo permitiera. ¿Pero cómo puedo correr conscientemente ese riesgo? No puedo, y tú lo sabes. Lo único que… —comentó con la mirada perdida en un punto inexistente—.

Patsy, ¿de dónde voy a sacar la fuerza necesaria para hacer esto?

Kathy volvió a las nueve de la noche y Thomas no se encontraba en la casa.

Como todavía había luz decidió pasear por sus campos, con la intención de desahogarse un poco. Luego, presa de una intensa nostalgia, yació despierta en su cama, pensando sin cesar en Thomas.

—¿Cómo puedo abandonarlo? —se preguntó en un murmullo, abrazada a la almohada, asaltada por una fiera y rabiosa necesidad. Quería llorar y no podía.

Las primeras luces del alba iluminaron su habitación antes de que consiguiera cerrar los ojos. Acababa de quedarse dormida cuando la despertaron unos fuertes golpes en la puerta; fatigada y soñolienta, se incorporó en la cama.

—¿Kathy? ¿Estás despierta? —preguntó Thomas, llamando de nuevo.

—Voy —dijo Kathy, inquieta por la urgencia de su tono, antes de apresurarse a abrir la puerta—. ¿Thomas? ¿Sucede algo malo?

—Hay un mensaje para ti en mi contestador; es del doctor Vanee.

—¿Stewart me ha llamado aquí? ¿Por qué…? —preguntó sin comprender.

—Kathy, es acerca de Nell. Su corazón, cariño. Lamento haber tenido que despertarte así… —explicó Thomas, sintiendo un profundo dolor al advertir su repentina palidez.

—¡Oh, no, no, también Nell! —musitó Kathy.

Demasiado tarde Thomas se dio cuenta de la interpretación que ella había hecho de sus palabras, y la sostuvo en sus brazos.

—¡No, cariño, no ha muerto! Dios, lo siento, Kathy, está enferma, ha sufrido un ataque cardíaco, pero está viva. Se encuentra bajo cuidados intensivos, en el hospital, y la están atendiendo bien según dijo el doctor Vanee. Él ya se ha ido del hospital, pero puedes llamarlo a su casa. Voy a buscar el contestador para que puedas escuchar su mensaje.

Después de dejarla sentada en la mecedora, Thomas bajó

corriendo las escaleras. Kathy se retorció las manos, que le temblaban; el corazón le latía frenético y respiraba aceleradamente. Incapaz de permanecer sentada por más tiempo, se dirigió a su armario y sacó sus maletas con la intención de abandonar California de inmediato.

Thomas volvió y rebobinó en seguida el mensaje grabado en el contestador; las palabras del doctor Vanee poco hicieron para tranquilizarla. Luego él marcó el número que había dejado el médico, porque a Kathy le temblaban demasiado las manos para hacerlo.

—Gracias —dijo mientras tomaba el auricular—. ¡Hola, Stewart! ¿Qué ha sucedido? ¿Está muy mal…? ¿Va a recuperarse? —Se relajó un poco al escuchar su respuesta—. Ha sufrido un infarto de miocardio, pero el pronóstico es bueno; se recuperará —le informó a Thomas después de colgar el teléfono, repitiendo las tranquilizadoras palabras que le había dicho el médico.

—Kathy, me alegro tanto… —comentó Thomas con voz ronca, y se sentó en el borde de la cama.

—¡Yo también! —suspiró—. Se encuentra bien, pero sigue bajo observación.

Stewart piensa que su vida ya no corre peligro, gracias a Dios. Pero debo estar con ella… ¡oh, Thomas! Nell no tiene familia, no tiene a nadie. Está completamente sola en la habitación del hospital.

—A mí me parece que Stewart está allí, con ella. Aparentemente, es algo más que tu médico de cabecera —observó él.

—Sí, somos amigos —explicó distraídamente Kathy—. Tengo que hacer el equipaje, vestirme, salir de aquí. ¿Qué hora es? ¿Y a qué hora sale el próximo ferry?

—A las ocho treinta y cinco —Thomas se interrumpió para aclararse la garganta mientras contemplaba a Kathy, que ya estaba haciendo el equipaje—. Me doy cuenta de que quieres reunirte con Nell lo antes posible, así que te sugiero…

—Iré en mi coche, Thomas —le espetó, sabiendo lo que iba a decirle—. Supongo que te parecerá estúpido, dada la situación, pero ya tengo bastantes preocupaciones como para retarme a mí misma subiéndome a un avión.

—Nada de lo que hagas o digas me parece estúpido —replicó él —. Pero el camino es largo; en coche tardarás días, mientras que en avión sólo es cuestión de unas horas. Y ya estás bastante alterada.

—Me recuperaré. Nell no se encuentra en peligro inmediato y sabe que me reuniré con ella lo más rápido que pueda —evitando su mirada, terminó diciendo—: Gracias por la oferta, pero iré en mi coche.

Suspirando, Thomas se pasó una mano por el pelo mientras reflexionaba sobre su negativa. El furor que había sentido durante todo el día anterior había terminado por desaparecer durante la noche. Todavía estaba molesto por la forma en que había perdido la paciencia y, lo que era todavía peor, no estaba seguro de que no pudiera volver a sucederle otra vez. Con los años, había llegado a adquirir una gran habilidad en controlar sus sentimientos y raramente había perdido los estribos.

Pero nunca antes se había sentido tan abrumado por la emoción. Simplemente no podía permitir que Kathy saliera de su vida; porque «sin ella ya no tendría una vida». Kathy era la diferencia entre una gris helada de invierno y un cálido y soleado día de verano.

«¿Qué puedo hacer ahora?», se preguntó, pensando irónicamente que no podía encerrarla en el ático y mantenerla allí para siempre. «Respeta sus deseos. Recuerda que sus sentimientos y opiniones, a pesar de lo que puedas pensar de ellos, son tan válidos como los tuyos», le respondió una voz que parecía surgir de su propio corazón.

Ella ya se lo había dejado suficientemente claro, se recordó sombrío. Kathy seguía haciendo su equipaje con rapidez y Thomas tuvo que cerrar los puños para refrenar la necesidad de abrazarla, estrecharla contra su cuerpo, amarla y hacerse cargo de la situación… «Maldita sea, Thomas; ¡tienes que respetar sus decisiones estés o no de acuerdo con ellas!», se amonestó nuevamente. La frustración que sentía era tan intensa que se vio obligado a hacer algo, cualquier cosa…

—Prepararé café con tostadas. No puedes salir sin desayunar.

Kathy le lanzó una rápida y distraída sonrisa y Thomas se volvió para salir de la habitación con el contestador debajo del brazo. Había grabados otros mensajes, pero no los había escuchado después de descubrir el del doctor Vanee. «Stewart», se corrigió con

amargo humor. Ahora estaba celoso de un hombre al que ni siquiera conocía.

Después de preparar el café metió el pan en la tostadora y se dispuso a escuchar los otros mensajes. Y al cabo de un momento estaba subiendo de nuevo las escaleras de dos en dos.

—¡Kathy! —la llamó antes de siquiera tocar a su puerta.

—¿Qué pasa, Thomas? —lo miró ansiosa, abriendo casi de inmediato.

—No tiene que ver con Nell —se apresuró a decirle—. Tengo otro mensaje en mi contestador… el ferry ha chocado contra el muelle esta mañana y ha sufrido una avería de consideración. Cariño, lo siento, pero la única manera que tienes de abandonar la isla es tomando un avión.

Capítulo Diez

La primera reacción de Kathy fue una carcajada de incredulidad.

—¡Estás de broma! ¿No, Thomas? —Cuando vio que la miraba fijamente, sombrío, alzó la voz—. Thomas, por favor, no estarás hablando en serio, ¿verdad?

—Ojala no, pero sí, te estoy hablando en serio, Kathy. Acabo de llamar y me han confirmado el mensaje. La versión oficial dice que el ferry estará reparado al mediodía. Pero después de consultar la opinión de un amigo muy informado, apostaría a que no.

—No, no me lo puedo creer. Maldita sea, esto también… también… —se retorció las manos en un gesto de frustración—. ¡Son demasiadas coincidencias!

—No son coincidencias, Kathy —le corrigió él con tono suave.

—¡Todavía no son las nueve! —Exclamó mientras paseaba nerviosa por la habitación, consultando su reloj—. ¿Y se supone que me voy a quedar aquí hasta mediodía, esperando a que arreglen el ferry?

Thomas se encogió de hombros, con las manos en los bolsillos.

—Eso parece. Lo siento, Kathy.

—Oh, Thomas, no tienes por qué sentirlo, no es culpa tuya —aspiró profundamente, pasándose nerviosa las manos por el cabello —. No puedo quedarme sentada aquí, voy a verlo por mí misma.

—Yo te llevaré.

—Gracias, Thomas. Me visto en seguida; nos reuniremos abajo.

Él asintió y, con expresión impasible, salió de la habitación. Sin embargo, un inquietante pensamiento asaltaba su mente: «No hace mucho tiempo, no habrías tenido que salir de su habitación mientras se vestía». Se preguntó si seguiría enfadada por la discusión que habían tenido la pasada noche. Suponía que sí; unas disculpas sinceras podrían superar aquella brecha. Sin embargo, la distancia que ahora existía entre ellos era, más que una brecha, un abismo.

Minutos más tarde, vestida con unos vaqueros y una camisa rosa, Kathy se reunió con él. Subieron al coche de Thomas. Cuando llegaron al puerto, vieron una larga fila de coches esperando el servicio de ferry.

—Fíjate en la cantidad de gente que está atrapada aquí —comentó él.

—Sí —«pero ellos pueden subirse a un avión», añadió para sí; derrotada, suspiró y dijo con voz apagada—: Volvamos.

Sin decir una palabra, Thomas condujo de vuelta a la casa. Doliéndole cada vez más la cabeza, Kathy subió a su habitación, tomó un par de aspirinas y siguió haciendo el equipaje. Cuando terminó, se sentó a esperar, resignada. Estaba demasiado impresionada y dolida para seguir llorando; se sentía impotente, fuera de todo control.

No podía seguir sentada, tan quieta. Se levantó y empezó a pasear nerviosa por la habitación, soltando maldiciones de vez en cuando. Nada podía ayudarla; nada podía tranquilizar su impaciencia. En ocasiones oía a Thomas moviéndose en el piso de abajo. Escuchó cerrarse la puerta trasera y por la ventana vio a Thomas, que salía para tirar la basura. La necesidad de llamarlo la abrumó; desesperadamente, ansiaba el consuelo de su abrazo.

Quizá él podría aliviar ese terrible sentimiento de culpa con que cargaba, pensó anhelante. Luego sacudió la cabeza, diciéndose que no se merecía ese alivio. No había podido ayudar a su hermana. Y ahora, cuando Nell tanto la necesitaba, ¿dónde estaba ella?

—¡Atrapada en una isla porque soy incapaz de subirme a un avión! —exclamó.

Sin embargo, luego se dijo que no conseguía nada culpándose a sí misma.

Además, ¿no le había dicho Stewart que Nell no se encontraba en inminente peligro?

A no ser, por supuesto, que no hubiera sido del todo sincero con ella. Al darse cuenta de que podría alterarse, quizá había atenuado la verdad…

—¡Oh, no seas estúpida! ¡Stewart nunca te mentiría!

Irritada, marcó el número del despacho del doctor Vanee, y éste le confirmó lo que antes le había dicho.

—Kathy, si insistes en conducir hasta aquí en vez de tomar un avión…

—También tengo mi coche en la isla, Stewart —repuso con tensión—, ¡y no puedo llevármelo más que en un ferry que funcione!

—Te dejaré el número de mi busca para que puedas ponerte en contacto conmigo —continuó, imperturbable.

Arrepintiéndose de inmediato, Kathy le dio las gracias y colgó el teléfono.

Luego, a pesar de las protestas de Maddie, limpió el cuarto de baño hasta que casi le arrancó brillo. Al mediodía, Thomas preparó la comida.

Para satisfacer a Thomas, Kathy se esforzó por comer. Y para satisfacerla a ella, Thomas mantuvo a duras penas la boca cerrada. Ya había hecho bastante daño expresando con demasiada libertad sus propias opiniones. «Y tú tenías una opinión sobre todo», se recordó con aspereza. Después de mordisquear la tortilla, Kathy tuvo que renunciar.

—La comida es deliciosa, Thomas; me gustaría hacerle los honores pero… —

sacudió la cabeza—. Llamé al médico otra vez. Me dijo lo mismo de esta mañana…

que no me preocupara. Pero sigo preguntándome si no me estará ocultando algo.

—¿Por qué habría de hacer eso? —le preguntó Thomas con naturalidad.

—Bueno, él sabe cuánto me preocupo… Oh, probablemente no esté pensando con claridad, pero me siento tan impotente… como si todo el mundo me hubiese sido nuevamente arrebatado y no pudiera hacer ni una maldita cosa para evitarlo. ¡Dios, cómo odio esa sensación!

—Es un sensación terrible —asintió Thomas.

Kathy lo miró esbozando levemente una mueca.

—¿También tienes una respuesta para eso?

—Sucede que sí la tengo —sabía que tenía que decírselo—. No podemos controlar todo lo que sucede en nuestro mundo, desde luego. Pero sí podemos controlar la forma en que reaccionamos ante él.

—Desgraciadamente, eso que a ti te sirve, no siempre vale para los demás —

replicó ella con tono ligero, pero matizado por un cierto desdén.

—Tampoco me funciona siempre a mí —repuso él—. Kathy, siento lo de la pasada noche…

—Oh, Thomas, por favor, no me debes ninguna disculpa —se apresuró a protestar ella.

—Bueno, seguro que se las debo a alguien —dijo con voz áspera —. Porque ahora sé lo que es y lo que no es el amor —su mirada se oscureció—. El amor no es posesión ni exigencia y, ciertamente, no es condicional. Tú no me debes nada, Kathy.

Mi amor es un regalo entregado libremente. Si espero algo más, es mi problema. Y si tú lo aceptas o no, eso no afecta a ese regalo.

—Acepto tus disculpas —dijo al fin Kathy después de un breve y tenso silencio, y se levantó de la mesa pensando que cualquier cosa que dijera sólo conseguiría empeorar las cosas—. Bueno, perdóname pero tengo que llamar al hospital.

—Yo llamaré a la oficina del ferry.

La fugaz y jovial sonrisa que acompañó a su propuesta conmovió profundamente a Kathy.

—Gracias —repuso, conteniéndose. Luego se llevó a su habitación una taza de café bien cargado.

En el departamento de Cuidados Intensivos no daban información telefónica acerca de los pacientes. Resignada, Kathy se sentó cerca de la ventana; un momento más tarde, se levantó bruscamente y se abalanzó sobre el teléfono. Se había olvidado de llamar a Patsy.

Su amiga le expresó toda su simpatía y comprensión, pero aunque Kathy le estaba profundamente agradecida, al final de su conversación se quedó peor que nunca. Dolida y deprimida se quedó sentada, absorta en sus pensamientos.

—¿Kathy? —Thomas llamó con los nudillos a la puerta, que estaba abierta, sobresaltándola.

La joven se conmovió al ver su sombría expresión.

—Traigo malas noticias —con voz firme, le informó que las reparaciones en el puerto y en el barco llevarían otro día, quizá más.

—¡Oh, Thomas! —exclamó alterada—. El día se está terminando, todavía sigo en esta maldita isla y ahora me dices que no podré salir hasta mañana o incluso… —

se levantó de la silla y lo agarró de un brazo—. ¡Tengo que ver a Nell! ¡Ella me necesita! Sólo me tiene a mí, ¿no te das cuenta? ¡Oh, por favor, ayúdame!

—Kathy, sólo hay una manera de que pueda ayudarte, y tú lo sabes.

—Lo sé —repuso mirándolo con los ojos brillantes de lágrimas, como si acabara de encontrar una solución—. ¡Dejaré el coche aquí y tomaré un barco hasta la costa!

Podré alquilar un coche en Anacortes, ¿verdad? —lo agarró de un brazo, suplicante

—. Oh, por favor, Thomas, ¿podrás encontrarme un barco?

Con un suspiro, Thomas le tomó las manos y se las llevó a su pecho.

—Un barco, quizá, ¿pero un coche? Kathy, hace varias horas que se averió el ferry; dudo que haya un coche por alquilar en toda la zona. Sé lo desesperada que estás por reunirte con Nell pero, por el momento, la única manera que tienes es tomando un avión. Mira, si pudieras confiar en mí al menos lo suficiente para que te llevara a Seattle, allí podrías alquilar un coche.

Estremecida por las implicaciones de sus palabras, Kathy exclamó:

—Pero si confío en ti, Thomas… ¡Confío en ti!

Él sonrió, como negando discretamente la veracidad de aquella declaración. Fue entonces cuando lentamente, haciendo un visible esfuerzo, Kathy tomó una decisión.

—De acuerdo, volaré contigo a Seattle. Al menos, lo intentaré.

—¡Estupendo! Te ayudaré; todo saldrá bien —Thomas la abrazó —. Mira, podríamos salir de inmediato para Seattle. Mi avión se encuentra hoy en el hangar.

Llegaremos en unas horas, en vez de tardar varios días.

—¿Me acompañarías… durante todo el camino? —le preguntó sorprendida.

—Seguro, claro que podría acompañarte. Eso tiene mucho más sentido que hicieras un largo viaje en coche tú sola —respondió con tono práctico.

—¿Por qué eres tan condenadamente lógico? —inquirió ella—. Oh, Dios… —

suspiró, acobardada por la perspectiva de tener que pasar horas en su avioneta—.

Tengo tanto miedo, Thomas… más del que tú te imaginas. Es muy posible que me ponga en ridículo, te avergüence a ti, a mí…

—Hey, me arriesgaré si tú quieres —delicadamente, Thomas le dio unos golpecitos en la barbilla—. Yo estaré bien a tu lado, Kathy, cada segundo, durante todo el viaje.

—¿Tienes alguna idea de lo importante que es eso para mí? Por mucho que quiera estar con Nell, creo que solamente podría hacer esto… contigo, Thomas —dijo con ternura—. Las cosas que me has contado, la forma en que sientes determinadas cosas que a mí tanto me atemorizan… —sacudió la cabeza—. Evidentemente, me has influido mucho más de lo que creía —se quedó reconfortada por su cálida sonrisa, y afirmó—: Tú dijiste que se necesitaba algo tan profundo como una «experiencia cercana a la muerte» para cambiar radicalmente tu forma de vivir, pero yo sólo te he necesitado a ti para eso. Mi valentía, si es que tengo alguna, procede de ti, Thomas.

—No estás siendo justa contigo misma. Por lo que sé, eres una de las mujeres más valientes que he tenido el privilegio de conocer —repuso él—. Déjame hacer unas llamadas, trazar una ruta de vuelo, preparar el avión y elaborar el programa.

Sólo tardaré una hora; después estaremos en camino.

Para cuando llegaron al aeropuerto, el miedo de Kathy resultaba palpable pero, al mismo tiempo, estaba ansiosa de partir. «Una contradicción imposible», pensó desesperada. Haciendo uso de todos sus recursos, mantuvo la compostura a pesar de los nervios. Pálida, tragando saliva para contener las náuseas, subió a la avioneta.

—¿Todo bien, cariño? —le preguntó Thomas.

Kathy asintió. Pero cuando él puso en marcha el motor saltó en su asiento, temblando, sintiendo náuseas. Presa del terror, mantuvo los puños cerrados mientras el avión corría por la pista hasta que, al fin, alzó el vuelo.

Aquello era demasiado para Kathy; discretamente, Thomas le puso en el regazo una bolsa para el mareo. La joven luchó desesperadamente para no usarla, un pequeño éxito al que se aferró con todas sus fuerzas, pero cuando la avioneta viró bruscamente hacia la derecha, el pánico se apoderó de ella. Mareada, ahogándose, se aferró a los brazos del asiento.

—¡No, por favor, por favor, no puedo, Thomas, no puedo! —gritó.

Su voz era débil, aguda, aterrada; Thomas se volvió rápidamente

para mirarla y la expresión que vio en su rostro confirmó sus temores. Estaba asombrosamente pálida y sus labios habían adquirido un leve tinte azulado. Estaba a punto de sufrir un ataque.

—¡Kathy, controla tu respiración! —le ordenó—. ¿Kathy? ¡Kathy! Escucha, escúchame ahora. Mira las luces del tablero de instrumentos. Concéntrate en las luces. Respira lentamente… lentamente, suavemente. ¡Vamos, Kathy, respira! —le dijo con brusquedad—. Eso está mejor, así —con una mano le agarraba firmemente los dos puños—. Así, lenta y suavemente… aspiraciones profundas, ¿recuerdas? Tal como te dije en el aeropuerto. Aspira profundamente… retén el aire contando hasta tres… y suéltalo, así, muy bien.

Imposible de ignorar, la voz de Thomas penetraba en su miedo paralizante.

Mentalmente Kathy empezó a repetir sus instrucciones, respirando tal y como él le decía mientras se aferraba a su mano cálida y fuerte. Poco a poco se fueron desacelerando los latidos de su corazón y la náusea comenzó a desaparecer.

—Háblame —le dijo ella cuando recuperó el habla—. Háblame de tu infancia.

—Era un niño como todos. Me gustaba pescar y bañarme, y hacer rabiar a las niñas —respondió con tono ligero y lleno de esperanza. A pesar de la reacción inicial de Kathy, lo estaba haciendo mejor de lo que había esperado. Con voz tranquila y melodiosa, continuó describiéndole los sucesos de su feliz infancia.

Kathy lo escuchaba en silencio. A pesar de la atención que mostraba, le dolía todo el cuerpo de la extrema tensión a la que se había visto sometida y sentía en la boca el sabor del miedo, pero se las había arreglado para dominarse. Arrullada por su voz, cerró los ojos e intentó relajar los músculos. Cerca de una hora más tarde atravesaron una tormenta. Kathy empezó a respirar aceleradamente de nuevo, aterrada.

—No pasa nada, Kathy, sólo un poco de viento y lluvia. No hay nada de qué preocuparse.

A pesar de sus palabras, Kathy tuvo que apretar los dientes para no gritar cuando entraron en una nube particularmente amenazadora. Al cabo de unos segundos, para su sorpresa, no sintió pánico. Pero no pudo evitar un gemido cuando el avión tomó un

bache de aire.

—En unos minutos saldremos de esto, cariño —le dijo él—. ¿Estás bien?

—¿Qué si estoy bien? —Kathy emitió una risa ahogada—. Estoy sentada aquí, a tu lado, en el peor escenario que haya podido imaginar, ¡y me preguntas si estoy bien!

—¡Por supuesto que lo estás! Te lo dije, eres una mujer fuerte. Ya he advertido en ti otras características como la valentía, la honestidad, la inteligencia…

—Estás loco. Ahora mismo tengo un susto de muerte… —replicó lacónica—. Y

si tuviera algo de inteligencia, ahora mismo no me encontraría en esta situación, en primer lugar. Me encontraría a bordo de un avión grande, ¡y no en este juguete! ¿Y

qué diablos te hace pensar que soy valiente?

—Oh, Kathy, ¿por qué eres tan dura contigo misma?

—Porque siempre intento aplicarme esa cita tan sabia que dice: «Conócete a ti misma».

—Entonces estás fracasando —repuso él—. Kathy, ¿tienes alguna idea de lo mucho que vales? Dios mío, has soportado un montón de traumas y aquí estás, luchando, esforzándote por labrar tu propia vida.

La respuesta de Kathy fue interrumpida por otra sacudida del avión.

—No tenía otra elección.

Thomas se puso a discutir ese punto mientras ella cerraba los ojos y rezaba. Las turbulencias empezaron a ceder; de repente, y de manera increíble, el vuelo empezó a resultar tan suave como la seda. Al abrir los ojos, Kathy se quedó admirada cuando salieron de las nubes para emerger a un cielo de un inmaculado color azul.

—Oh, Dios mío —musitó.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó Thomas.

—Sí, perfectamente —respondió—. Estoy bien porque estoy a tu lado. ¡Oh, Thomas, has sido tan bueno conmigo!

—El sentimiento es mutuo, Kathy —repuso, pero de inmediato su expresión se endureció—. Pero entonces… ¿por qué te has distanciado de mí? Estábamos tan unidos… nunca antes había estado tan unido a nadie. Para mí, fue como pura magia.

¿Qué fue para ti?

—Magia también —respondió sencillamente.

—¿Entonces por qué lo rechazaste?

—Tenía una buena razón —se defendió Kathy. Al ver su intensa y expectante mirada, añadió—: Oh, de acuerdo, te lo diré. La otra mañana, cuando me encontraste durmiendo en mi cama, te dije que había vuelto a tener otra pesadilla. Era verdad. Lo que no te dije era con quién había soñado. Soñé contigo, Thomas. En mi sueño era tu avión el que se estrellaba y estallaba en llamas. ¡Fue horrible! —se estremeció—.

Sencillamente horrible.

—¿Y no pudiste decírmelo? ¿Por qué diablos no me lo dijiste?

—Porque yo… temía que eso pudiera traerte mala suerte.

—¿Mala suerte? ¿Pensabas que tú podrías causarme un accidente? ¡Oh, Kathy!

—Exclamó riendo, aliviado, y le tomó las manos—. Siento herir tu ego, amor mío, pero no tienes esos poderes —rió de nuevo.

—Oh, Thomas —empezó a decir ella después de un largo y reflexivo silencio—.

Todo lo que sé es que cuando pierdes a alguien, te duele que seas tú el único que sigue vivo.

—¿Entonces cuál es tu solución? ¿Meterte en un agujero y esconderte de la vida, para que no sufras ningún daño?

—Dímelo tú, ya que eres el único que tiene todas las respuestas.

—De acuerdo. Pienso que tienes que arriesgarte. Da miedo, desde luego. Pero la respuesta al miedo es algo mucho más poderoso: el amor. Amar con todo tu ser.

Puede que no haga desaparecer el miedo, pero te dará la fuerza para superarlo.

—Una buena respuesta, predicador —Kathy dejó de sonreír—. Pero sólo en la teoría. En la realidad… no puedo soportar el pensamiento de perderte, Thomas —

dijo muy suavemente—. Significas tanto para mí que yo… no podría pasar por todo aquello otra vez.

A Thomas le dio un vuelco el corazón. La rápida respuesta que tenía preparada murió en sus labios cuando aplicó sus propias palabras a sus sentimientos. ¿Cómo podría soportar él perder a Kathy? ¿Cómo podría rellenar tan desolador vacío en su vida?

—Con toda sinceridad —le dijo con voz ronca—, yo no sé cómo podría vivir sin ti, Kathy. Siempre intento llevar a la práctica lo que predico, pero lo único que sé es que te amo. Y para mí, merece la pena correr riesgos, pagar algún precio, por el privilegio de pasar el resto de mi vida contigo. Que eso pueda ser mucho o poco tiempo, no me importa. Aquí arriba, abajo, donde quiera que esté, te quiero conmigo.

—¡Oh, Thomas! —exclamó Kathy, gozosa; a su lado, todo le parecía posible—.

Yo también te amo, cariño… como ya bien sabes. Supongo que nunca he sido muy buena en esconderlo. ¡Y sí, quiero vivir contigo! Pero no he cambiado mucho, sigo siendo un desastre, sigo estando llena de miedos. El peor de todos, por supuesto, es el miedo de amar y de perder al ser amado. Puede que no sea sensato, pero tampoco tiene por qué serlo. Es así. Mi fobia a volar estaba mezclada con eso; sólo el hecho de que alguien que amaba estuviera enferma, asustada y terriblemente sola me ha obligado a subirme a este avión. Y el hecho de que sea tu avión, por supuesto.

Necesito tiempo, Thomas, tiempo para desenredar mi confusión. De otra forma,

¿cómo podría alcanzar un compromiso duradero contigo? —Inclinó la cabeza—.

Porque eso es lo que esperas, un compromiso duradero, ¿no?

—Un compromiso para siempre —le confirmó Thomas, suspirando profundamente—. Kathy, como ya habrás podido figurarte, no soy un hombre muy paciente cuando las cosas no salen como yo espero. Nunca lo he sido. Lo que quiero decirte es que te amo, y que te daré todo el tiempo que necesites.

Se afirmó en su decisión; le daría todo lo que necesitara, fuera cual fuera el precio que tuviese que pagar. Esperaba con todo su corazón que pudiera guardar esa promesa.

—Entonces de acuerdo. ¿Quieres que me quede algún tiempo en San Diego, esperándote? Incluso también podría venir a buscarte en avión para llevarte de vuelta. Cuando estés lista para volver, por supuesto.

—¡Oh, Thomas! —exclamó riendo Kathy y le acarició la mejilla—. No, no quiero que te quedes esperándome; ahora mismo tengo que dedicar toda mi atención a Nell.

Y tampoco tienes que volver a por mí. Volver a Oreas es mi problema, no el tuyo.

—Pero yo quiero que sea mi problema —repuso él con vehemencia.

—Ya sabes que eso no resolvería nada. Habrá veces en que tenga que enfrentarme sola a estos problemas, Thomas —suspiró con melancolía mientras le confesaba—: Y no estoy segura de que pueda. De hecho, no estoy segura de nada, excepto que te quiero.

—¿Y no es eso suficiente?

—Eso, amor mío, es lo que tengo que averiguar por mí misma —repuso Kathy sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

—¿Es necesario que salgas con este tiempo? —le preguntó Kathy a Nell, que en ese momento recogía su bolso y una bolsa grande de equipaje.

El brillo que apareció en los ojos oscuros de Nell parecía transmitirle el siguiente mensaje: «¡Deja de mimarme, Kathy!».

—Si sólo ha pasado un mes desde que saliste del hospital. Al menos llévate el impermeable y el paraguas; va a llover.

—Podría, pero dudo que me derritiera si me mojarse un poco. Kathy, querida, por favor piensa en lo que estuvimos hablando durante el desayuno —le pidió Nell con tono cortante.

Luego le dio un beso en la mejilla, tomó el paraguas y salió del piso con gesto decidido.

Con una expresión de ternura, Kathy sacudió la cabeza mientras la mujer despreciaba el uso del ascensor y decidía bajar las escaleras. Nell se había convertido en una entusiasta de la salud física, y en poco tiempo había conseguido adelgazar bastante. Cuando era posible optaba por andar antes que conducir, y tres veces por semana asistía a clases de aeróbic. Y como se recordaba Kathy cada vez que se preocupaba por las nuevas costumbres de Nell, contaba con la aprobación y el respaldo del médico.

Después de servirse otra taza de café, se puso a pasear por las silenciosas habitaciones en busca de algo que no tenía nombre. Su apartamento era amplio y luminoso, con algunos detalles de lujo; contaba con una terraza e incluso con una chimenea de ladrillo. Ya tenía un comprador para él, pero se resistía a firmar los papeles de la venta, presa de la nostalgia.

Lenta, reflexivamente, observó las dos sillones donde solían

sentarse su hermana y ella a ver la televisión mientras comían palomitas de maíz; el rincón donde solían poner el árbol de Navidad; el pasillo con las fotografías enmarcadas…

«Tantos preciosos recuerdos», pensó mientras abría la puerta del dormitorio de su hermana; todavía el armario y los estantes contenían ropa suya.

Varias cajas vacías se hallaban repartidas por el suelo, listas para ser llenadas con las pertenencias de Karin. Mes y medio atrás no habría sido capaz de enfrentarse con esa tarea; ahora sí. Decidida, empezó a trabajar metódicamente, doblando y guardando la ropa que iba a donar a beneficencia. Cuando terminó con el armario, siguió con los cajones de la cómoda.

Se preguntó qué estaría haciendo Thomas en ese mismo momento. No lo había visto desde que le dio el beso de despedida en el aeropuerto, y desde entonces habían pasado cinco largas semanas. ¡Cómo lo echaba de menos! Thomas, paciente, seguía esperando a que ella tomara una decisión. ¿Pero cuánto tiempo podría esperar? Le había dicho que le daría el tiempo necesario, y confiaba en él. Pero de cualquier forma, todo el mundo tenía un límite.

Había muchas buenas razones para no hacer planes de volver a Oreas, pensó Kathy. Pero en esa ocasión le parecía que cojeaba su explicación preferida.

«Bueno, ¿qué es lo que te sigues guardando? ¿Cuál es el problema principal?

Aparte de Nell, ¿cuál es?», se preguntaba.

Por supuesto, Nell era un problema muy grande. A Kathy nunca le había entrado en la cabeza que su ama de llaves pudiera no querer abandonar San Diego.

Pero Nell, según parecía, era una mujer ocupada. «Tengo mi vida aquí, Kathy.

Ahora, ¿por qué no te vas tú a conseguirte una?», le había dicho esa misma mañana.

Recordando, Kathy se preguntó: ¿Cómo puedo volver a irme y abandonarla? ¿Y

si sufre otro ataque cardíaco? De madrugada, sin nadie que la ayude… ¿Y si se cae y se rompe una cadera? Estará sola, ¿quién va a ayudarla? Tuvo que sonreír ante el dramático panorama que

estaba imaginando. Pero estaba preocupada. Nunca se lo perdonaría si le ocurría algo a Nell…

Sonrió al imaginar lo que le habría respondido Thomas: «¿Más culpas, Kathy?

¿Por qué te detienes aquí, por qué no te responsabilizas ya del mundo entero?».

Quizá estuviera en lo cierto. Ciertamente había dado en el blanco acerca de la relación dependiente que ella había mantenido con su hermana; de manera inconsciente, Kathy se había considerado media persona sin Karin. Incluso con ella, como Thomas tan acertadamente había apuntado, también se había considerado media persona.

Kathy reconoció que su relación con su marido no había sido muy diferente; nunca había sido su igual, nunca había conservado una personalidad propia. Pero eso estaba cambiando. Últimamente se sentía más equilibrada, más en armonía consigo misma.

Incluso menos crítica consigo misma, reconoció. Todavía no había admitido sus miedos… ¡era una lucha tan solitaria! Pero era la única que tenía que ganar para tener derecho a reclamar su propia vida, pensó con decisión. Una vida con Thomas; en eso pensaba cuando las tinieblas amenazaban con abrumarla. Pero en aquella mañana gris y sombría, todo le parecía desprovisto de luz, de sol.

Ya estaba llorando otra vez. De repente, ya no le importaron sus miedos. En aquel preciso momento, en aquella habitación tan familiar y tan llena de recuerdos, sólo Thomas importaba. Nadie más podría llenar nunca aquel doloroso vacío. Nadie.

Lo necesitaba fiera, apasionada, gozosamente. Se incorporó para dirigirse apresurada a su dormitorio; a cada paso que daba, su necesidad se hacía más intensa.

Para cuando levantó el auricular, ya había tomado una decisión. Viviría con Thomas Logan tanto tiempo como le permitiese el destino.

«Bienvenidos a Seattle», anunció la amable azafata. Eufórica, Kathy se perdió el resto de su discurso. ¡Al fin estaba allí! El avión ya había aterrizado y podía por fin relajarse. No había esperado que el viaje le resultara cómodo, y no lo había sido. El terror, las náuseas, el pánico incipiente se habían coaligado para constituir un

enemigo contra el que había tenido que luchar momento a momento. La había ayudado el recurso a los ejercicios de respiración que Thomas le había enseñado, pero no mucho. Había procurado distraerse al máximo viendo una película y charlando con sus compañeros de viaje. Por último, había combatido su miedo evocando recuerdos de Thomas: la forma maravillosa en que le había hecho el amor, la dulzura de su sonrisa, su fortaleza…

Cuando al fin el avión se detuvo, suspiró aliviada. La expectación le corría por la sangre, intoxicándola. ¡Thomas estaría esperándola en la puerta!

Lo había llamado la noche anterior:

—¡Vuelvo a casa, Thomas!

—¡Sabía que lo harías, lo sabía! —había exclamado él—. Todo saldrá bien, amor mío. No te sucederá nada malo durante el vuelo. Créeme, no…

Al final Kathy había tenido confianza en él y allí estaba ahora, buscándolo ansiosa con la mirada hasta que lo descubrió. Casi de inmediato se encontró entre sus brazos y, durante unos mágicos minutos, fue como si el resto del mundo desapareciera. Sólo existía Thomas. Apoyó la cabeza en su hombro con un largo, dulce suspiro.

—Te quiero, Thomas Logan —murmuró.

—Te quiero, Kathy Lawrence —repuso él con voz ronca.

Desde el principio, Thomas había estado seguro de que Kathy volvería con él.

Sin embargo, había tenido que luchar contra todos sus instintos y dejarla partir antes de que se reunieran de nuevo. Era lo más duro que había hecho en su vida, pero volvería a hacerlo mil veces; para protegerla, tenía que aceptar su libertad.

—¡Lo hice, Thomas! —exclamó gozosa—. ¡Oh, Dios, lo hice! Subí sola a ese avión…

—Y has vuelto a casa —le dijo él con voz profunda.

Kathy lo miró inquisitivamente y Thomas, inmerso en su mirada, se olvidó incluso de respirar. Luego esbozó una cálida sonrisa.

—He vuelto a casa —asintió.

—Al lugar al que perteneces.

—No vayas ahora a ponerte gallito —le advirtió Kathy, sonriendo—. ¿Sabes?

Todavía no me han cortado las alas.

Y riendo, abandonaron el aeropuerto.

FIN